# Orsai

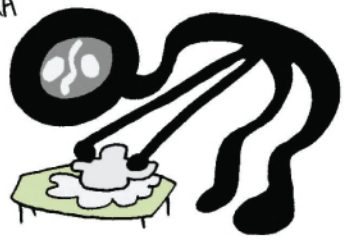
Trabajamos en enero, publicamos en febrero | año 2012 | número 5

No contiene publicidad

# ¡INÉDITOS!

SALVADORA LE HA DADO DE MAMAR A 90 HUERFANITOS (NOVENTA); TRAS QUEDAR ELLA MISMA HUÉRFANA DE SU PEQUEÑO HIJO SI PUDIERA, SALVADORA LE DARÍA SU LECHE TIBIA A LOS PERRITOS SIN MAMÁ. NADIE SABE SU APELLIDO.

REMO FANACOA LYNCH, HEREDERO DE FAMILIA PUDIENTE Y CON CIERTA PROSAPIA, FUE BANQUERO Y NO LO SOPORTÓ. FUE EMPRESARIO Y NO LO SOPORTÓ. FUE POLÍTICO Y NO PUDO MÁS. FUE PUBLICITARIO Y NO PUDO AGUANTAR. LO METIERON A ADMINISTRAR SUS CAMPOS, Y LOS ENTREGÓ A SUS DUEÑOS ORIGINARIOS. Y SE CASÓ CON UNA CHICA MUY SIMPLE, UNA JOVEN CON UN BEBÉ. Y AHORA REMO VIVE DEL PAN QUE HACE CADA DÍA, EL MÁS RICO Y BARATO QUE PUEDE CADA DÍA.



EL JUEZ ARISTÓBULO DEL JUGO IMPARTE LA LEY CON ESCASA MODERACIÓN: SIEMPRE FAVORECE A LA VERDAD, Y A LOS MÁS DESFAVORECIDOS. NUNCA SE EQUIVOCÓ, Y HASTA LOS AFECTADOS POR SUS DECISIONES TERMINARON CONFORMES, DADA LA ACTITUD CONCILIATORIA DE LOS FALLOS. CADA ACTO DE SU VIDA ESTÁ REGIDO POR LA JUSTICIA. COME LO JUSTO, VACACIONA LO JUSTO, SU GUARDARROPAS TIENE LO JUSTO.

LUMILAGRA CUENTA CUENTOS EN LAS RESIDENCIAS PARA ANCIANOS. VA TRAYENDO Y LLEVANDO HISTORIAS DE VIDAS DE UN GERIÁTRICO AL OTRO, Y CUANDO LE TOCA ALGUIEN EN SU LECHO FINAL, LUMILAGRA AVERIGUA LA PROPIA VIDA DEL MORIBUNDO Y SE LA CUENTA EMBELLECIDA, NOBLE, PARA QUE EL VIEJO/A SE VAYA EN PAZ, CON LA SONRISA DE ELLA COMO ÚLTIMA VISIÓN.

LE PASARON TODAS A CIRILO CORLOC MIRANDA HOY ES UN ANCIANO QUE HA SOBRELLEVADO ORFANDAD, POBREZA, TRAICIÓN, HUMILLACIONES, ABANDONO, ESTAFAS, CUERNOS, CORRALITO, TORTURA. SU DESESPERACIÓN SIN ASPAVIENTOS LO LLEVÓ A LOS QUE QUIEREN. PERO NO GUARDÓ NINGÚN RESENTIMIENTO. ES MÁS, NO PARA DE DECIRLES A SUS NIETOS Y TODO PEQUEÑO QUE SE CRUCE, QUE LA VIDA ES HERMOSA, Y LES INSUFLA EL VALOR DE RESPIRAR EL AIRE DE CADA MINUTO, NO PIDE NADA Y LO DA TODO. ¡HASTA SU DENTADURA Y SU RIÑÓN, SI ALGUIEN LOS NECESITARE!

ESMERALDA WARRIOR DISFRUTA DE AMAR, Y NO EXIGE AMOR. SABE QUE DAR AMOR ES RECOMPENSA MAYOR QUE RECIBIRLO, Y ASÍ ANDA POR ESTA VIDA, GENEROSA, EN ESTADO CASI DE GRACIA, SALVO CUANDO LE DUELE LA MUELA.

Sigue en la pág. 131

## EDITORIAL **Buen viaje**

La tarde que empezamos esto no sabíamos hacer nada. Me acuerdo muy bien. Chiri y yo estábamos en el patio de casa. Yo había escrito en el blog que haríamos una revista con autores admirados; ahora había que empezar. ¿Pero cómo se empieza? ¿A quién se llama? ¿De qué manera contactan dos flamantes editores inexpertos con un narrador célebre para invitarlo a escribir en una revista que no existe? Hicimos una lista de diez escritores muy encumbrados e inaccesibles y nos pusimos a buscar el mail de sus representantes. Sospechamos que había que empezar así. Mandamos diez mails idénticos, dejando unas pocas señas y un número de teléfono. Uno de los agentes literarios respondió al día siguiente. Cuando atendí, en el exacto momento en que dije hola, supe que no estaba preparado para sus preguntas. El representante quiso saber de qué medio requeríamos a "su" autor. Le dije que éramos una revista que todavía no había salido al mercado. El representante preguntó "¿de qué grupo?". Le dije que éramos un grupo de mercedinos. El representante se impacientó. Intenté ponerme serio, pero Chiri me hacía caras para hacerme reír. Le dije que planeábamos hacer una revista literaria sin publicidad. "¿Es una broma?", oí en el teléfono. No, es en serio. "Pero a ver, ¿quién los financia?", preguntó el representante. Le expliqué algo vagamente, con titubeos, y le pedí por favor que me diera el teléfono del escritor admirado (yo estaba seguro de que él sí entendería). El representante me dijo que el autor admirado estaba de viaje y que además no solía responder él mismo las propuestas, que para eso había un filtro, y me aseguró que se encargaría de transmitirle la información. No fue una charla amable; un poco por culpa de mi inexperiencia. Pasó esa semana, y otra. Nadie se puso en contacto con nosotros.

No fue un inicio muy prometedor, pero salimos adelante. Publicamos el primer número de Orsai, después tres ediciones más, la revista empezó a circular, pusimos una pizzería en España, después un bar en Argentina, inauguramos la editorial y a finales de noviembre la gente de TEDx Río de la Plata me invitó a dar una charla para explicar el proyecto. Fui a Buenos Aires, di la charla y volví a casa. La conferencia fue subida a Youtube y tuvo gran repercusión. Mucha gente que no conocía Orsai supo de qué se trataba. Los primeros días de 2012 recibí un mail de aquel escritor admirado. Me decía que había visto la charla en internet, que no podía entender cómo desconocía un proyecto tan afín a sus ideas, que le parecía maravilloso, que quería participar. Estuve a punto de contarle la anécdota con su representante, pero preferí no hacerlo. ¿Para qué? Le dije que ya casi habíamos cerrado el número cinco, pero que estaríamos encantados de tenerlo en alguna edición del año, porque sentíamos una inmensa admiración por él. Con muchos otros autores muy queridos —que sí están en esta edición— nos pasó lo mismo. Contactaron ellos. "Quiero participar", dijeron. Ustedes notarán, cuando empiecen a leer la nueva revista, que algo cambió de repente. Y no se trata únicamente de que ahora somos bimestrales, ni que el objeto se parece más a una revista y menos a un libro. Algo cambió en la esencia. Ya no viajamos a ciegas, ni con rumbo incierto. La Orsai de este año se mueve con energía renovada.

Autores, lectores: bienvenidos otra vez.

Estamos en el mismo barco.

Hernán Casciari

# Sumario

**PÁG. 6 / Entrevista a Peter Jenner**
Diálogo con una de las glorias vivas de la música del siglo pasado, en la actualidad referente indiscutible de la filosofía del copyleft.

**PÁG. 11 / Cartas dibujadas**
Liniers escribe cartas en forma de viñetas. En esta edición, nos deja espiar viejas epístolas a sus padres y a sus mejores amigos.

**PÁG. 16 / La foto pensada**
Andreu Buenafuente nos cuenta la historia de una foto que sacó en un cementerio de Nueva Orleans. O mejor, nos habla de la muerte.

**PÁG. 19 / María Kodama: viuda se nace**
La periodista Ana Prieto arma un perfil intenso y documentado sobre María Kodama, la heredera universal de Jorge Luis Borges.

**PÁG. 32 / Crónicas del Fin del Mundo**
En algún momento de 2012 el planeta se irá a la mierda. La periodista Gabriela Wiener nos habla de su apocalipsis doméstico.

**PÁG. 35 / Carlos Nine, 2 x 4**
Uno de los mayores dibujantes argentinos retrata el mundo del tango de la primera mitad del siglo veinte. Viñetas poderosas, cortes y quebradas.

**PÁG. 40 / Secretos de amor...**
En cinco lecciones prácticas divididas en tres actos magistrales, Melania Stucchi aborda los enigmas del amor en el celuloide.

**PÁG. 48 / Los mejores momentos del cine**
El cineasta Nacho Vigalondo observa con lupa las mejores escenas de sus películas favoritas. Empieza con «Videodrome», de David Cronemberg.

**PÁG. 51 / La historieta imposible**
Juan Sáenz Valiente dibuja una historia delirante, surgida de la cabeza de Alfredo Casero. Cada dos meses la dupla repetirá el desafío.

**PÁG. 58 / Un amor que continuará**
Bernardo Erlich dibuja y escribe sobre una de sus mayores pasiones. Las series de televisión, de Bonanza a Cuevana.

**PÁG. 64 / Steve Jobs en el cielo**
José A. Pérez se transfigura en médium para realizar entrevistas a muertos recientes. En este número, el fundador de Apple habla desde la nube.

CARTAS DIBUJADAS
Liniers
PÁG. 11

SECRETOS DE AMOR EN COMEDIAS ROMÁNTICAS
Melania Stucchi / Alejandra Lunik
PÁG. 40

LA FOTO PENSADA
Andreu Buenafuente
PÁG. 16

LOS MEJORES MOMENTOS DE LA HISTORIA DEL CINE
Nacho Vigalondo
PÁG.48

LA HISTORIETA IMPOSIBLE
Juan Sáenz Valiente / Alfredo Casero
PÁG. 51

MARÍA KODAMA: VIUDA SE NACE
Ana Prieto
PÁG. 19

UN AMOR QUE CONTINUARÁ
Bernardo Erlich
PÁG. 58

CÓMO CONSEGUIR PORRO EN RIO
Franco Pastura
PÁG. 72

VOLVER A LA GUERRA
Gonzalo Garcés
PÁG. 80

EL CUENTO LARGO
Keith Lee Morris / Matías Tolsá
PÁG. 84

EL GRAN SURUBÍ
Pedro Mairal / Jorge González
PÁG. 100

CORREO DE LECTORES
Hernán Casciari
PÁG. 124

DOSIS BIMESTRALES
Alberto Montt
PÁG. 128

INÉDITOS
Rep
PÁG. 2 - 131

AFICHES
Eduardo Salles
VARIAS PÁGINAS


**PÁG. 67 / No tengo blog**
El humorista gráfico Manel Fontdevila nunca tuvo un blog. Si un día lo tuviera, se parecería mucho a su nueva columna de Orsai.

**PÁG. 72 / Cómo conseguir porro en Rio**
Ninguna revista de viajes enseña lo más importante de las vacaciones: dónde está el porro, cuánto vale, cómo se pide. Aquí, la solución.

**PÁG. 80 / Volver a la guerra**
¿Es posible abordar el problema de la pareja moderna? Gonzalo Garcés inicia un recorrido por seis mitos actuales con la intención de derribarlos.

**PÁG. 84 / El cuento largo**
Un joven testigo sentado frente al jurado. «Testimonio», de Keith Lee Morris, se lee de una sentada y no se olvida.

**PÁG. 100 / El Gran Surubí**
Durante 2012 Pedro Mairal relatará una historia alucinada desde la cárcel del soneto. Ilustra el enorme Jorge González.

**PÁG. 110 / Cruz / Diablo**
El folletín más tierra adentro de Orsai, en la pluma de Leonardo Oyola y con dibujos del artista plástico Hueso Ricciardulli.

**PÁG. 114 / La laguna**
El primer episodio del folletín de Carolina Aguirre parece una pesadilla imposible. Ilustra el maestro Gusti.

**PÁG. 121 / Jeremías Cientofante**
Un hombre quiere escribir una novela, y se pasará el año lidiando con editores inescrupulosos. Una historieta del increíble Gustavo Sala.

**PÁG. 124 / Correo de lectores**
Cartas, insultos, diatribas y sugerencias al Editor Responsable de esta revista. Y las respuestas indecentes del funcionario.

**PÁG. 128 / Dosis bimestrales**
Nadie como Alberto Montt para señalar las bajezas más miserables del hombre moderno, sus contradicciones y dislates.

**PÁGINAS 2 y 131 / Inéditos**
Como lo hizo Borges en «Los Justos», Miguel Rep señala con su pluma a los que están cambiando el mundo.

**VARIAS PÁGINAS / Afiches**
Hermosísimos afiches anti-pubicitarios del artista mexicano Eduardo Salles. Un lujo que recorre toda la edición.

# PETER JENNER

## "NO PUEDES LUCHAR CONTRA EL PROGRESO"

Por **Héctor Llanos**

*desde Copenhague*

**Descubrió a Pink Floyd. Se llenó de dinero. Conoce la industria discográfica desde adentro. Hoy, a punto de cumplir setenta años, es el mayor referente de la filosofía copyleft. No hay crisis en la música, dice, sino en el *negocio* de la música.**

Peter Jenner todavía es joven. Acaba de graduarse en Económicas en Cambridge y dicta clases en la prestigiosa London School of Economics. Nadie duda de sus capacidades, ni del futuro impresionante que al muchacho le espera en la Bolsa de Londres.

Pero no.

Hay algo muy poderoso rugiendo allá afuera: la locura del Soho londinense, un lugar repleto de pubs y de bares abiertos toda la noche. Y de música. Un mundo completamente nuevo para el veinteañero Peter, en el que las palabras *acción* y *valores* significan otra cosa. Pero eso no es todo: corren los años sesenta, y a la vuelta de la esquina, en un lugar conocido como Marquee Club, toca un muchacho llamado Syd Barret.

Entre cigarrillos y tragos de cerveza, Peter Jenner queda prendado para siempre del errático y magnético líder de lo que, algunos años después, serían los Pink Floyd. Adiós *Dow Jones*. Nunca más *Top Down*, *Botton Up*. El pichón de tiburón financiero se desajusta el nudo de la corbata, se quita el traje para siempre. Acaba de encontrar su lugar en el mundo.

Por entonces, los embrionarios Pink Floyd coquetean con el Rythm and Blues. Jenner no tarda en convertirse en el mánager de la banda, a la que maneja durante sus primeros años. Contribuye, y mucho, a la hora de crear y afianzar la leyenda de uno de los grupos más singulares y extraordinarios de todos los tiempos. Más tarde también pasarían por sus manos bandas y artistas como The Clash, T-Rex, Ian Dury o Billy Bragg, galardones más que suficientes para asegurarle una vitrina en el museo de la historia del rock.

Pero, otra vez, *no*. Jenner se resiste a vivir de viejas glorias, entregado a sacar lustres a trofeos polvorientos. Ahora tiene sesenta y ocho años, preside el International Music Manager's Forum y es miembro de la Featured Artist Coalition, además de mantener una estrecha colaboración con el famoso festival de músicas del mundo, WOMEX, en el que lleva participando diez años. Pero sobre todo es una de las voces más autorizadas del mundo a la hora de abordar el delicado tema de los derechos de autor en internet.

Con nosotros, Peter Jenner, un caballero inglés que intenta plantear soluciones a los nuevos retos de una industria que, en sus palabras, ha perdido el alma.

Peter Jenner, 2011.

**—Usted es un superviviente en una industria que está en crisis. ¿Cómo ve la situación en estos momentos?**

—No hay una crisis en la música ni en los amantes de la música, solo en el negocio de la música grabada. De las empresas que gestionaban las diligencias con las que se transportaban las cosas en el Wild West, solo una sobrevivió con la llegada del tren. Y esa fue Wells Fargo, porque supo adaptarse a un nuevo ambiente. Transportaba oro, así que se convirtió en un banco. La tecnología digital es increíblemente rupturista para el negocio tradicional de la música. Estas compañías discográficas que llevan veinte años gestionando el mismo entramado de veinte mil trabajadores terminan por actuar a la defensiva. Tienen miedo a que les pase lo mismo que le pasó, por ejemplo, a la industria de las máquinas de escribir.

**—Pero incluso en los lugares donde el agua es de alta calidad se sigue vendiendo agua mineral embotellada. ¿Qué es lo que falla entonces?**

—Lo más cercano a saber adaptarse ha sido iTunes: tiene imagen suficiente para conectar con la gente joven y así consigue hacerles llegar de un modo u otro canciones, que es de lo que se trata. Aunque el precio de ese producto a su vez plantea otros problemas. Son muchos los retos a los que se enfrenta esta industria y yo, a pesar de ser mánager, entiendo las necesidades de los artistas y he de decir que ellos han encontrado un modo de hacer llegar sus creaciones al público con estrategias de negocio que funcionan (aunque también es cierto que los servicios digitales que proveen su trabajo, nunca antes habían lidiado con el arte y no lo tratan con la empatía suficiente). Por tanto es un problema para ellos y también para el resto de la industria, que tiene que reconstruirse.

Y por si fuera poco, lidiar con los diferentes entornos legales de cada país con respecto a los derechos de autor. ¡Es de locos!

**—Lo cierto es que el consumidor de música tampoco es el que era…**

—Cuando era joven tenía toneladas de discos, pero tener cien discos en casa ya era una locura. Ahora ves a niños con miles de canciones metidas en un iPod, que además consiguen gratis… Simplemente ha cambiado el modo en que la gente se relaciona con la música grabada, y lo ha hecho de un modo drástico. Además, algunos usan la música para amenizar la espera de un ascensor y para otros significa su vida entera. Tenemos que adaptarnos también a todo ese distinto rango de nece-

sidades. Se acabó lanzar el mismo producto una y otra vez. Hay que tomarse la molestia de ofrecer propuestas distintas, a personas distintas que están a un nivel distinto. Así estarán felices de pagar por ello, como siguen pagando por los conciertos.

**—Si nos referimos a despertar interés, sigue habiendo algunas —pocas— estrellas de masas en la música.**

—Chopin, Liszt, se convirtieron en estrellas de la música cuando llegó el telégrafo. Luego llegó la radio, y luego la televisión, que hizo a los artistas internacionales. Con internet se podrían hacer cosas increíbles. Que un artista como Lady Gaga venda doce millones de discos en un entorno como el de internet, donde un video exitoso de Youtube consigue cientos de millones de visitas, no es mucho, aunque el marketing diga lo contrario. Ahora mismo la gente que compra música está en realidad comprando artefactos. ¿Cuándo la música se convirtió en un artefacto? Están muy bien esas reediciones de lujo con libro incorporado, imágenes inéditas, etcétera. Si hay tiempo, esfuerzo y talento detrás de esto, la gente pagará por ello y todo el mundo estará contento, pero eso no ocurre de cualquier manera ni en todos los casos.

**—¿Cómo hacía usted negocio con la música, entonces?**

—Nunca fui bueno haciendo dinero, me sentía más inclinado a buscar la diversión o la autorrealización a la hora de hacer las cosas. Sabía reconocer dónde se encontraba el dinero, pero no tenía ese instinto animal para correr hacia los billetes apartando a todos los demás de mi camino. Aunque sabía cómo hacerlo, en cuanto a que entendía las reglas del juego, no estaba hecho para pelearme por una libra de más o de menos cuando cerraba acuerdos. No era capaz de pasarme mucho tiempo peleando por cerrar un trato por trece libras en vez de doce, cuando en realidad para hacer dinero no debería parar hasta conseguir las quince libras. Lo cierto es que así es como debía hacerse, pero no podía evitar que me preocuparan otras cosas. Cuando nos encerrábamos en un estudio con Pink Floyd, los mejores ingenieros de sonido y las mejores máquinas… eso no lo puede hacer cualquiera con una Mac. Con acuarelas no se puede hacer la Capilla Sixtina.

**—Se plantea el eterno dilema de la cantidad o la calidad.**

—La idea es hacer todo lo más rápido y lo más simple posible, sin descuidar la calidad de las cosas; eso siempre lo he tenido muy claro. En este caso sería aproximarse a las compañías telefónicas que están enriqueciéndose con el tránsito de contenidos y llegar a un acuerdo para que compartieran parte de esos beneficios con los creadores, que a su vez les pondrían las cosas más fáciles. La Motown solo tiene un cinco por ciento de su catálogo disponible en servicios legales. El usuario que quiera descargar su música no tiene elección, tiene que hacerlo de un modo ilegal. Y eso ocurre con uno de los sellos más exitosos de la historia…

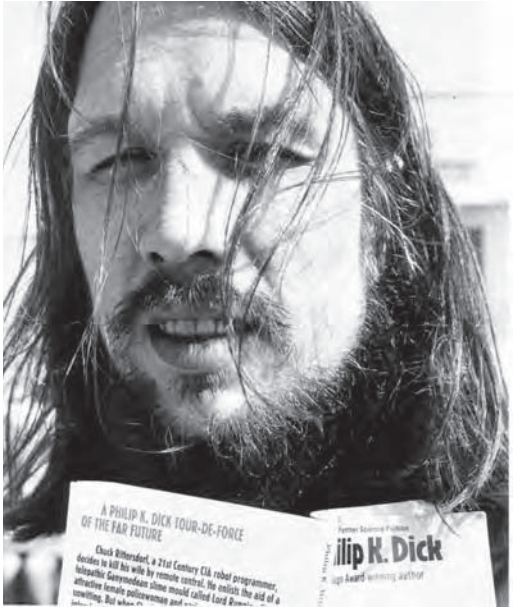
**—Aún existe la posibilidad de comprar el disco o el vinilo.**

—En mi juventud, en los sesenta, comprabas un disco, lo escuchabas varias veces, invitabas a tus amigos a casa a que descubrieran tu nueva joya, intercambiabas… Era como un ritual. Pero ahora todo lo tienes a un clic y pasas de una cosa a otra en apenas segundos. Es una relación más casual la que se tiene ahora, aunque la música siga siendo importante. No está tan relacionado con la pasión coleccionista ni el oyente se involucra tanto. Un disco es en estos días solo un elemento más para definir la identidad en plena fiebre de las redes sociales. La gente siente la necesidad de mostrar continuamente su personalidad deseada a través de los periódicos que lee o las revistas o las canciones que escucha... Es como si compráramos pantalones, ¿qué tipo de pantalón eres? Y así envías un mensaje a la gente.

Del mismo modo pasaba con los ejecutivos financieros. No recuerdo haberme sentido jamás identificado con ellos. Todos estaban deseosos de llevar traje para demostrar que eran respetables, que eran tipos duros de los de toda la vida...

**—¿Fue ese inconformismo el que le llevó entonces a convertirse en mánager de rock?**

—Fue un accidente. Siempre fui un fanático de la música, de los discos. En mi formación en la London School of Economics descubrí cómo la gente se relaciona con el dinero, lo que por lo general no tiene que ver con el dinero en sí. Era muy ingenuo pensar lo contrario, había algo más. Siempre he estado interesado en investigar los espacios intermedios. Especialmente en los años sesenta, porque los acontecimientos de esa época hacían que te centraras en otras cosas que iban más allá del dinero, como la seguridad, el estado social, la búsqueda de oportunidades... Entonces creía —y sigo creyendo— que la política, la sociología, la psicología influyen en las decisiones económicas, y estaba intrigado por el funcionamiento real de la economía.




Peter Jenner, 1969.

**—Entonces fue una sana curiosidad lo que le desvió del camino...**

—Mi carrera estaba centrada en no salirse de ciertos patrones establecidos y yo quería saber cómo funcionaban realmente las reglas del mercado. Y en eso me ayudaron mucho los (Pink) Floyd. Yo pensaba que tenía que haber explicaciones mucho más sofisticadas a las que mostraban mis libros de texto. Estaba intrigado y en esos momentos quise convertirme en un "observdor participativo". A mi aburrimiento en la vida académica y laboral se unió mi pasión por la música: quería saber los trucos del mago, y para eso tienes que convertirte en uno de ellos. No quise acotarme a un área específica de la industria musical. Por eso me involucraba por un año con discográficas y luego pasaba al lado de los periodistas y más tarde estaba otro tiempo con artistas o pertenecía al gremio de los representantes... Así lidiaba con todo el mundo, incluso con el propio público, que es algo que le falta hacer a las cabezas pensantes del negocio.

**—Tomó decisiones arriesgadas, como permanecer del lado de Syd Barret cuando Pink Floyd ya le había buscado un sustituto… ¿Qué pasó en ese encuentro con la banda?**

—No creo haber tomado decisiones arriesgadas... En el momento eran las más obvias y razonables. Ante la complicada situación de Syd, los miembros del grupo restantes se sentaron y me dijeron: "No crees que seamos capaces de hacerlo sin él". Yo contesté: "Es verdad, no creo que podamos hacerlo sin él". Así que entre todos convenimos que era mejor separarnos en dos. Siempre pensé que Syd iba a mejorar. Tenía completa fe en ello.

**—No parece que haya arrepentimiento en sus palabras…**

—Admiro lo que han logrado los Pink Floyd desde entonces, pero me atrevo a afirmar sin miedo a caer en el cliché que lo que han hecho es construir un sonido de un modo muy solvente, mientras que lo que hacían con Syd era expresar... Roger (Waters) era un arquitecto, empeñado en construir cosas, pero Syd era un artista, empeñado en expresarlas. Las drogas liberaron sus demonios, algo que fue muy bueno para su inspiración pero nocivo para todo lo demás.

Escuchar "Scream Thy Last Scream" o "Jugband Blues" es como asistir al proceso de locura de una persona, como lo haría el mejor libro o la mejor obra pictórica…

Cuando regresamos al estudio para grabar en solitario fue una experiencia muy frustrante y triste. Había destellos de genialidad en una melodía, la parte de una letra… pero no era capaz de retenerlos, se le escapaban irremisiblemente.

**—Además de perder al amigo estaba perdiendo su apuesta personal.**

—Era doloroso. Sigo sin poder escuchar esos discos. Además, como te he dicho, nunca he sido un gran hombre de negocios. Necesito creer que el artista que está a mi lado está haciendo algo único. Comprometerme con él. No me interesa repetir o reinventar fórmulas para conseguir un éxito individual detrás de otro. Prefiero idear formas para resolver problemas más estructurales, como ahora mismo el de la transición digital.

Por ejemplo, una lámpara cuyo coste de fabricación es menos de una libra, se vende por más de cincuenta libras simplemente por su patente… Eso es lo que hace dinero y sobre ese concepto hay que trabajar también en la música.

**—Los Clash intentaban vender siempre sus álbumes al mismo precio, fueran dobles o triples…**

—*London Calling* (1979) fue un gran álbum con dieciséis cortes, así que añadimos alguna canción más y lo hicimos un álbum doble. Funcionó. El siguiente paso fue editar un disco triple —*Sandinista* (1980)—. No porque hubiesen creado buenas canciones suficientes como para ello, solo querían hacer algo aún más grande. Les comenté que si seleccionaban las mejores doce canciones sería un álbum maravilloso y no sería tan caro para el público, pero eran autoindulgentes… Querían solo jugar a ser rockstars. Lo que ocurrió al final es que no podían escapar de su contrato con Sony-Columbia porque sus decisiones les habían llevado a perder mucho dinero. Querían tener la mejor iluminación en sus espectáculos en directo sin subir el precio de la entrada. No era rentable. A nadie le importaría pagar una libra extra por un buen show…

Al final, en contra de mi consejo, hicieron todo lo que la compañía de discos les pidió con tal de llevar a cabo sus disparatadas ideas, y considero que ese fue el principio del fin para ellos. Sufrieron demasiada presión, se les fue la mano con las drogas y sobre todo se traicionaron a sí mismos, actuando por ejemplo en estadios, algo que tantas veces me habían jurado que jamás querrían hacer. Todo por culpa del ego…

**—A todo ello hay que sumarle la libertad del oyente actual, que no tiene por qué ser fiel a una banda y puede descargar sus canciones cuando le venga en gana. ¿Dónde está la solución ante eso?**

—Mi número de la suerte en estos momentos es el sesenta. Voy a poner un ejemplo hipotético y sencillo. Hay sesenta millones de habitantes en Reino Unido, por tanto hay más o menos sesenta millones de contratos relacionados con distribuidores digitales y con todos ellos pueden descargar música (ya sea ADSL, teléfono móvil, iPads, etcétera). Si se incrementara una sola libra a cada uno de esos contratos en concepto de copyright para artistas, nadie notaría la diferencia y supondría sesenta millones de libras al mes, o lo que es lo mismo, setecientos veinte millones de libras al año generadas para la industria musical. ¡Es una cifra que no reporta ahora mismo la venta de discos en el Reino Unido! Tendrían que cerrarse unos flecos, pero de esa forma no importaría en absoluto que las ventas de discos físicos descendieran.

**—Hay países donde las empresas telefónicas se niegan a esa medida.**

—Una de esas dos industrias está destruyendo a la otra y despreciando un trabajo legítimo: el de los músicos. Si, por ejemplo, un veinte por ciento de los contenidos que estás ofreciendo es música, esa fracción de la valía de tu servicio y de tus beneficios debe ir destinada a esa industria. Las autoridades también están despreciando el trabajo intelectual si no obligan a que medidas como esta se apliquen.

**—¿Y qué parte de culpa tienen las discográficas en esta situación?**

—El error de las discográficas es que al principio no quisieron entablar un diálogo, intentaron directamente cargarse el nuevo sistema de distribución porque afectaba al suyo. No les interesaba que otro se inmiscuyera en su negocio. De nuevo fueron muy inflexibles, litigaron contra Napster e intentaron sin éxito parar un proceso inevitable... Pero no puedes luchar contra el progreso, contra la llegada del tren. No lucharon contra la distribución ilegal, lucharon contra el avance tecnológico. Tengo una fe inmensa en lo racional y sé que al final se van a dar cuenta de que se comportan de un modo poco inteligente. También tienen que asumir de una vez que ahora tendrán que cobrar dos donde antes cobraban diez, lo cual no es descabellado, teniendo en cuenta que los costes de copia y distribución se han reducido al mínimo. Además, como decíamos antes, ahora deben trabajar para un mercado que está muy fragmentado, su fórmula única ya no es válida. También hay que entender que su estatismo se debe a que, en cierto modo, desean proteger los puestos de trabajo de millones de personas, gente que ahora participa de una cadena de distribución que se ha quedado obsoleta.

**—Al final parece que el consumidor es la víctima.**

—Jamás pensé que la gente fuera a pagar un extra por ver el fútbol televisado de pago, pero lo hizo, al igual que pagarán un poco más por verlo en HD, en 3D o como sea… y los estadios siguen llenándose. Sorprendentemente, la gente no se cansa nunca del fútbol, por lo que tampoco lo hará de la música. Solo hay que encontrar la forma de que quieran pagar por ella de nuevo. La música se relaciona con la gente muchas veces como lo hacen las religiones.

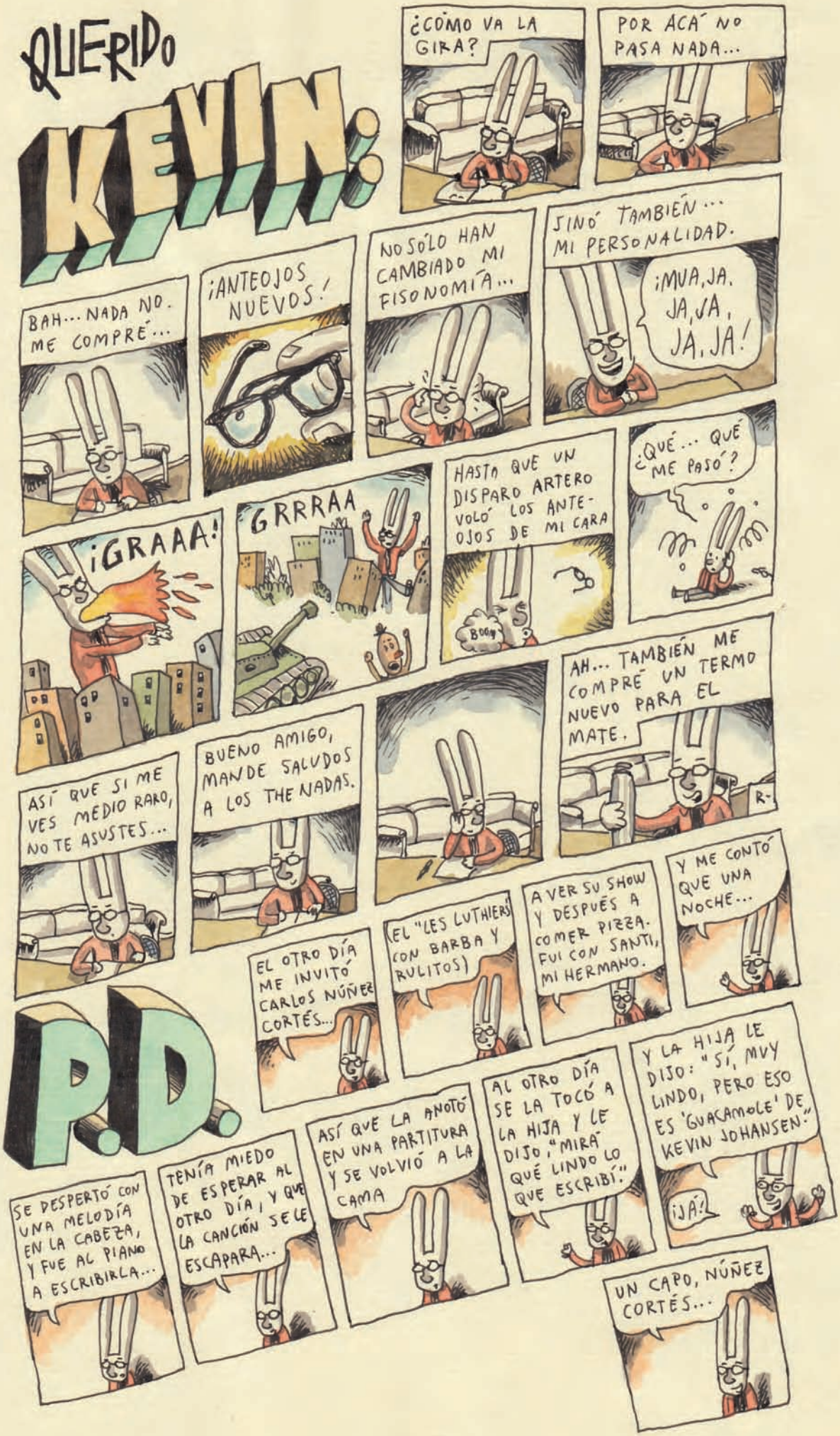
**—Hace un rato se vanagloriaba de no haber tomado la decisión obvia en muchos momentos de su vida, pero ahora exige raciocinio a discográficas, gobiernos y compañías de comunicación…**

—Ambas son necesarias. Hay que intentar hacer las cosas porque se cree en ellas en la medida de lo posible. Cuando digo que tengo fe, me refiero a que se van a dar cuenta, de un modo genuino, de lo que se necesita para llegar a un punto común. Además, personalmente, me gusta tener cierto optimismo… A veces las fantasías se cumplen. Una vez soñé que los Pink Floyd iban a llegar a ser una de las bandas más grandes después de The Beatles, y así fue.

**Héctor Llanos Martínez** (Valladolid, 1981). Periodista. Vive en Berlín y colabora con "Esquire", "Yorokobu", "Dazed & Confused Digital", "H Magazine", "Neo 2", "Calle 20" y otros medios gráficos alternativos amantes de la cultura pop.

Edición: **Diego Salazar**
@disalch

Fotografías:
**Gentileza Peter Jenner**


QUERIDO KEVIN:
¿CÓMO VA LA GIRA?
POR ACÁ NO PASA NADA...
BAH... NADA NO. ME COMPRÉ...
¡ANTEOJOS NUEVOS!
NO SÓLO HAN CAMBIADO MI FISONOMÍA...
SINÓ TAMBIÉN... MI PERSONALIDAD.
¡MUA, JA. JA, JA, JA, JA!
¡GRAAA!
GRRRAA
HASTA QUE UN DISPARO ARTERO VOLÓ LOS ANTEOJOS DE MI CARA
BOOM
¿QUÉ... QUÉ ME PASÓ?
AH... TAMBIÉN ME COMPRÉ UN TERMO NUEVO PARA EL MATE.
R-
ASÍ QUE SI ME VES MEDIO RARO, NO TE ASUSTES...
BUENO AMIGO, MANDE SALUDOS A LOS THE NADAS.
EL OTRO DÍA ME INVITÓ CARLOS NÚÑEZ CORTÉS...
(EL "LES LUTHIERS" CON BARBA Y RULITOS)
A VER SU SHOW Y DESPUÉS A COMER PIZZA. FUI CON SANTI, MI HERMANO.
Y ME CONTÓ QUE UNA NOCHE...
P.D.
SE DESPERTÓ CON UNA MELODÍA EN LA CABEZA, Y FUE AL PIANO A ESCRIBIRLA...
TENÍA MIEDO DE ESPERAR AL OTRO DÍA, Y QUE LA CANCIÓN SE LE ESCAPARA...
ASÍ QUE LA ANOTÓ EN UNA PARTITURA Y SE VOLVIÓ A LA CAMA
AL OTRO DÍA SE LA TOCÓ A LA HIJA Y LE DIJO, "MIRÁ QUÉ LINDO LO QUE ESCRIBÍ".
Y LA HIJA LE DIJO: "SÍ, MUY LINDO, PERO ESO ES 'GUACAMOLE' DE KEVIN JOHANSEN".
¡JÁ!
UN CAPO, NÚÑEZ CORTÉS...

# QUERIDA Nora:

R

QUERIDA MÓNICA

HOLA AMIGA, ¿CÓMO ANDA TODO?

EL OTRO DÍA ANDUVO POR ACÁ MIGUEL BRIEVA

¡HOLA LINIERS!

VINO A CASA Y CHARLAMOS DE TODO UN POCO

VENGO DE BOLIVIA

ME REGALÓ SUS LIBROS.

¡GRACIAS!

PERO ÉL YA TENÍA LOS MÍOS, ASÍ QUE NO LE PUDE REGALAR NADA

QUÉ DESASTRE

POR SUERTE AL OTRO DÍA IBA A HACER UN RECITAL CON KEVIN JOHANSEN ASÍ QUE LO INVITÉ

GRACIAS TÍO

Y DESPUÉS COMIMOS UNA PATA DE CORDERO QUE HABÍA PREPARADO ANGIE

EL DÍA DEL RECITAL, LO VI UN RATO ANTES DE QUE EMPIECE

QUÉ BUENO QUE VINISTE.

¡POR SUPUESTO!

LO QUE HAGO EN EL RECITAL ES DIBUJAR EN UNA COMPUTADORA Y ESTO VA PROYECTADO EN UNA PANTALLA ATRÁS DE LA BANDA

OTRO DÍA FUI A UNA MUESTRA DE HISTORIETA ESPAÑOLA/ARG.

EN EL CENTRO CULTURAL ESPAÑA

MIGUEL TUVO QUE HACER UNA PRESENTACIÓN

Y DESPUÉS TOMAMOS VINO Y CHARLAMOS ENTRE HISTORIETISTAS. LA PRÓXIMA VEZ QUE VAYA A MADRID, LLAMO A MI NUEVO AMIGO

P.D.

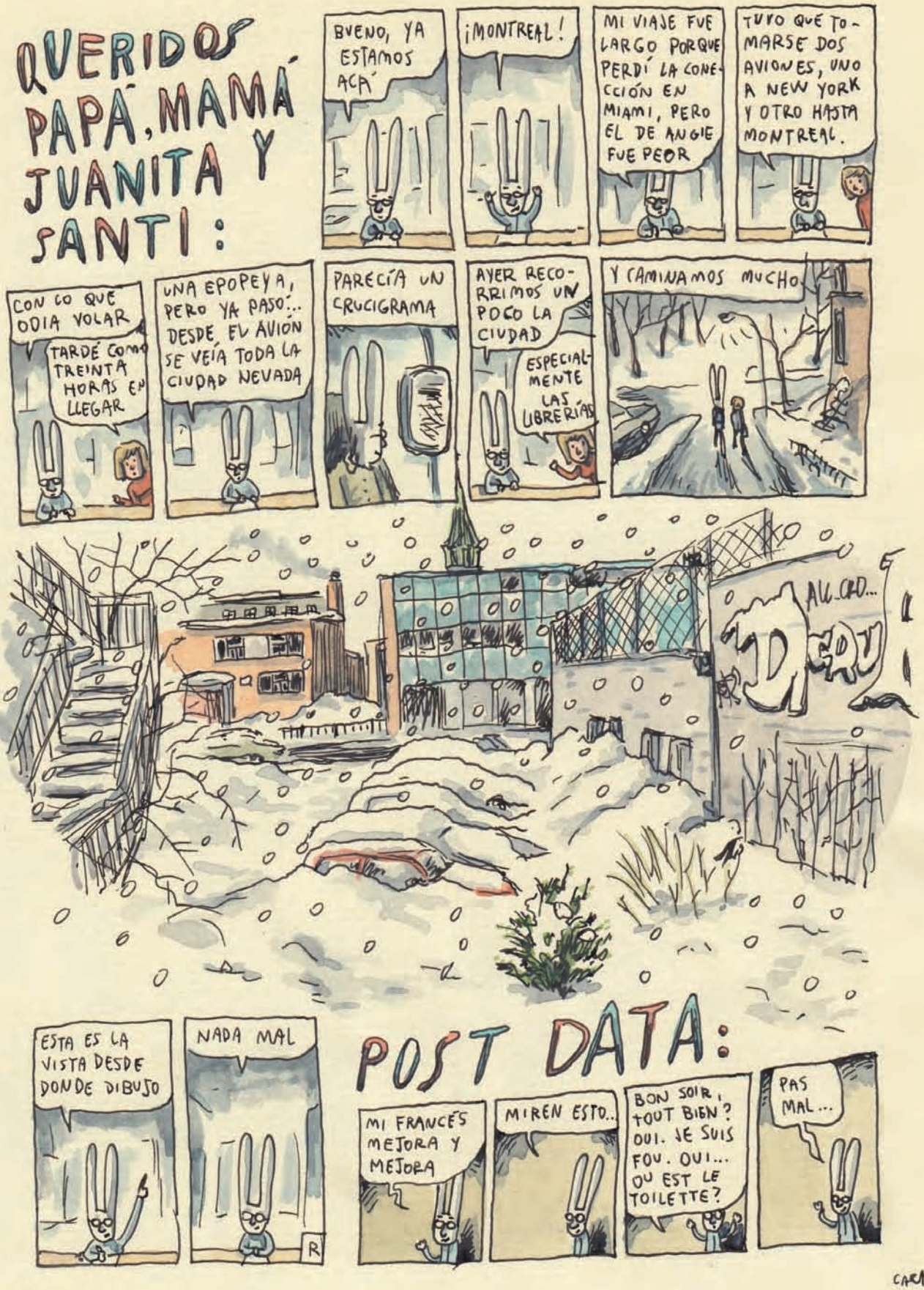
EL SEÑOR DE ARRIBA ES DE UNA POSTAL DE 1923.

NO TIENE NADA QUE VER, PERO ME GUSTÓ LA FOTO.

CHAU MOÑICA.

# Querida MAITENA:

# Post DATA:




CARTA A MI FAMILIA - 5 MAR 07

Por **Andreu Buenafuente**

# MORIRSE

**En su primer día de trabajo como fotógrafo itinerante de Orsai, Andreu Buenafuente nos cuenta la historia de una foto (esta de arriba) que sacó a finales de diciembre en un cementerio de Nueva Orleans. Es su mejor excusa para hablarnos de la muerte.**

Me siento atraído por los cementerios, no sé por qué. Hay un montón de cosas que me gustan y no sé por qué. A los cementerios los veo como escenografías a menudo descuidadas, gastadas, con las huellas de la intemperie en todos los rincones. Me gusta recorrer sus calles estrechas con mi cámara de fotos a cuestas. Ahí están las portadas de miles de biografías que nadie escribirá. Hay olvidos, muertes de otro siglo, desapariciones dolorosas, lujo cretino y estúpidamente faraónico, pero también mucha humildad. Hay fotos de color sepia, flores de plástico, estatuas de ángeles, panteones blindados con capillas polvorientas... He visitado cementerios humildes y abandonados en mitad de la montaña. Todos están rodeados, incomprensiblemente, por un pequeño muro.

¿Quién va a escaparse de ahí?

"Ahora está muriendo gente que antes no lo hacía", decía mi padre. Y es verdad: morirse ya no es lo que era. Mi padre también murió, pero en vida era un fanático de los entierros. Un hombre genial, divertido, entrañablemente inmaduro, fruto de la posguerra española y con unas raíces latinas que marcaban a fuego su personalidad. Unas raíces y unos valores que le obligaban a respetar, a venerar y también a cachondearse (con humor negro) de esa ceremonia luctuosa y catártica que es la muerte. A poder ser, la muerte de otro. Porque siempre los que mueren son los otros. Cuando lo haces tú pierde toda la gracia. No puedes contarlo porque no vuelves, y una cosa que no puede contarse no merece la pena ser vivida, ni ser muerta, que para el caso es lo mismo.

Un músico catalán, canalla, descreído, incorrecto y vividor, estuvo en coma una semana. Al recuperar la conciencia dijo:

—Oigan, he estado allí y no hay nada.

Sensacional. "No hay nada." Se cargó de un plumazo siglos y siglos de disquisiciones sobre el más allá. Cómodamente allí, en su cama, desmontó en una frase el principio fundacional de las religiones, que vendría a ser este: "aguante usted esta vida jodida y sacrificada porque luego le espera un paraíso eterno".

Y la gente —alguna— se lo cree o hace como que se lo cree. Y así empujan el carrito de su propia existencia mientras van sorteando sinsabores, buscando emociones, encajando golpes bajos y argumentando sus renuncias. No pasa nada porque hay otra vida. Como un videojuego cósmico en el que participan millones de jugadores. Siete mil millones de jugadores. La partida es larga, no hay nada que temer. Hay que reconocer que, como idea, es buena. Muy buena. Lástima que no tengamos el menor indicio serio de que sea cierto. No: la película *Ghost* nunca fue un indicio.

A pesar de todo, la idea de un más allá sigue vigente. Evoluciona, se transforma, se adapta; pero el concepto sigue siendo el mismo y es rentable a todas luces. El gobierno español, por ejemplo, financia mensualmente con mucho dinero a la iglesia católica. Normal, la iglesia tiene muchos gastos. Pero en ningún caso las ayudas incluyen una subvención para los entierros, más allá de la misa in memoriam. El entierro te lo pagas tú, y vives el regateo más ingrato de tu vida.

—¿Cuánto vale la corona de flores pequeña? —llegarás a preguntar alguna vez.

Sí, ese serás tú, negociando las honras fúnebres, poniéndole precio a tu dolor. Cuanto más intenso el dolor, mayor el presupuesto. Esto es así. Todo el mundo lo ha vivido ya o lo vivirá algún día, y todo el mundo quiere olvidarlo de inmediato.

Mi padre iba a todos los entierros. Solíamos discutir por eso porque, no contento con asistir él mismo, quería que yo le acompañara. Quería sembrar en mí la semilla de ese duelo participativo y social, esa comunicación de la tristeza a los allegados.

—No quiero ir, *papa*. No me gusta, no estoy bien ahí, prefiero dar el pésame más tarde o llamarles por teléfono.

—No es lo mismo —contestaba.

Luego, muy serio y bien vestido, nos comunicaba que iba a ir al sepelio él solo:

—Allá vosotros —decía antes de irse.

En casa solían recordarse aquellos tiempos en los que la gente moría en su domicilio, en su cama y, acto seguido, se organizaba el velatorio. Se trataba de algo incuestionable, de obligado cumplimiento. Los hombres acudían por la noche con toda la madrugada por delante, la familia preparaba algo de comer y también bastante alcohol. Coñac, anís..., ese tipo de licor que no bebes con vaso largo ni con unos hielos, pero que sigue siendo alcohol. A sorbitos, serios y cariacontecidos, los asistentes empezaban a recordar al finado, buscando o rebuscando sus méritos. Hasta que, al cabo de unos horas, todo subía de tono. Llegaban las primeras risotadas, salían al balcón o al patio para explayarse a gusto y fumar. Se fumaba mucho. Antes se fumaba mucho y mal. Los velatorios se nublaban con el humo del tabaco negro, amargo

y pegajoso. Los ceniceros se llenaban, humeantes como altares paganos. Ahí es donde entraba en juego mi padre, que sacaba su arsenal de chistes para deleite de una audiencia entregada.

—¡Más anís!

Así que esta era la escena: el muerto con su yacer marmóreo en la cama matrimonial y, unos metros más allá, los amigotes partiéndose de la risa.

¿La vida? Pues sí. Ni más, ni menos.

Todo eso ha desaparecido, se ha difuminado. Sobre todo en las grandes ciudades, con sus tanatorios estandarizados dedicados al siempre pujante negocio del "último adiós". Suelen ser edificios de corte soviético, con amplios ventanales y generosos pasillos. Aeropuertos sin aviones, como el de Castellón en España. (¿Y si, en realidad, en lugar de una gran estafa, el aeropuerto de Castellón fuera un centro de velatorios preparado para el fin del mundo? No hay que olvidar que el día del fin del mundo va a morir mucha gente.)

A veces los tanatorios son tan grandes que te ves obligado a consultar un directorio para saber a dónde encaminar tu pena.

Llegan los taxis al tanatorio, baja la gente en el papel de "qué mal rato vamos a pasar", suelen llevar gafas de sol aunque esté nublado, algunos siguen hablando por teléfono.

—Oye, te dejo unos minutos que ahora no puedo hablar.

Se saludan los asistentes, se dan palmadas en la espalda, algún rudo abrazo entre hombres, se zanjan rencillas (no es cierto, luego volverá la rabia de vivir) y se escucha ese comentario tranquilizador: "Estaba ya muy mal. Últimamente estaba muy mal...".

Más tarde los más íntimos se encaminan al cementerio donde asistirán, visiblemente consternados, al entierro propiamente dicho. Ya nadie sabe qué cara poner. Duele el semblante de tanta rigidez. Viene un albañil, o vienen dos, saludan y dan el pésame, colocan el ataúd en el nicho y luego proceden a colocar la lápida. Sin prisa, pero sin pausa. El albañil de cementerio es el oficio con mayor presión, todo el mundo mira fijamente su trabajo: un poco de cemento por allí, el sonido de la espátula arañando el silencio, unos golpecitos con el mango por allá, clac, clac... Normalmente hace viento, pasa algún ave que vuela sin esfuerzo, se escucha una ambulancia en la carretera cercana y todo acaba con un "pues ya está".

Toda una vida puede resumirse con un "ya está", con un "ya descansa tranquilo".

¿Descansar, tranquilo? Yo diría, más bien, que te desconectan. Off. Punto final. Te aparcan para siempre. Como esos coches que se lleva la grúa y nadie pasa a recoger jamás. En Barcelona hay un depósito de esos, en la Ronda del Litoral. Puede verse desde la carretera. Los coches están cubiertos de polvo. Un polvo gris y denso que los uniforma y los humilla. No son de nadie. Siempre los he visto como una metáfora de la muerte. Yo vivía por esa zona hace años. Solía tomar mi cortado por las mañanas delante de un cruce que cogía de paso hacia el cementerio de Montjuic. Cada día, en aquel cruce, en aquel semáforo, se detenían las caravanas de los coches fúnebres. Relucientes y cargados de coronas de flores. Cada día. De alguna manera me acostumbré a ello. Era una muerte mañanera y elegante. Mi padre, cuando se cruzaba con un coche fúnebre, siempre utilizaba la misma broma:

—Mira, ahí va uno que ha dejado de fumar.

He estado en el cementerio de la Recoleta, en Buenos Aires; en el de Deià en Mallorca, ante la tumba sencilla de Robert Graves. Allí alguien escribió "Robert Graves" con el dedo, en el cemento fresco. Siempre hay poemas. Siempre hay restos de papel mojado.

El último cementerio que me conmovió fue el de Nueva Orleans. El más viejo, el que está cerca de Tremè. Sale en las guías turísticas y allí uno se topa con grupos de visitantes, y algún nativo con credencial hace bromas y cuenta todo a su manera. Disparé esta fotografía con mi cámara Rolley analógica. Una cámara de otro siglo para un cementerio de otro siglo. Luego seguí el antiguo ritual: llevé mis fotos a revelar y tuve que esperar unos diez días.

Al abrir el sobre volvieron a sobrecogerme las imágenes: las piedras silenciosas, el paso de los años, los cascotes olvidados. Y las cruces enfocadas al cielo, como buscando la conexión que ya no llegará nunca.

**Andreu Buenafuente** (Tarragona, 1965). Humorista, presentador y productor de televisión. Es el fundador de la productora audiovisual El Terrat, desde donde ha creado multitud de formatos televisivos. Aficionado a la fotografía y al dibujo (ha publicado viñetas en "The New Yorker"), esta es la primera vez que colabora con la revista Orsai. @buenafuente

Foto de apertura: **Andreu Buenafuente**

# MARÍA KODAMA, VIUDA SE NACE

Por **Ana Prieto**

*desde Buenos Aires*

# María Kodama, viuda se nace

**Los barrabravas de Jorge Luis, los que tienen la Obra Poética en el baño, los que le ponen música de cancha al soneto Everness, nunca vieron con buenos ojos a la viuda. Si Borges es fútbol, Kodama es la FIFA. Por eso, cuando le golpeamos la puerta no creímos que nos fuera a abrir. Pero nos abrió.**

Imaginemos a una María Kodama de cinco años escuchando a su maestra particular de inglés recitarle "Two English Poems" de Jorge Luis Borges.

*I offer you lean streets, desperate sunsets, the moon of ragged suburbs.*

*I offer you the bitterness of a man who has looked long and long at the lonely moon…*

Visualicemos a esa niña de pómulos pecosos y pelo lacio haciendo foco en los labios de su tutora. Imaginémosla entendiendo "moon"; quizás haya entendido también "long". Veámosla dándose finalmente por vencida de toda comprensión, y en cambio maravillándose por la sutil cadencia de esas palabras extrañas.

Sobre todo imaginemos que mientras la maestra lee, la niña identifica para siempre el nombre de quien iba a ser su único marido.

Llega el fin de semana y con él, Yosaburo. Se había separado de su mujer, la profesora de piano María Antonia Schweitzer, cuando María Kodama, la hija de ambos, tenía solo tres años. Esa ruptura fundó el primer trauma de su vida; en adelante diría que el casamiento es el divorcio y renegaría del matrimonio hasta cumplir los cuarenta y ocho.

Yosaburo Kodama había nacido en Japón en 1904 y fue criado por su abuela. Químico de profesión, al morir su única pariente viajó a la Argentina a hacerse una tardía América. María Antonia lo conoció en una reunión a poco de su llegada a Buenos Aires. No vio en él a un inmigrante extraviado sino a un "príncipe exótico de tierras lejanas" y se enamoró a primera vista. Ella era muy joven. Imaginemos que él en cambio tenía edad suficiente como para ser su padre.

Yosaburo pasa a buscar a María por la casa de su exmujer y la lleva al Museo de Arte Decorativo y al Museo de Bellas Artes. Exploran galerías y exposiciones. El señor Kodama transmite su sensibilidad artística; enseña a su hija a mirar. Un día María le pregunta qué es la belleza. Él reserva su respuesta para el fin de semana siguiente. Le regala un libro de arte con una lámina de la escultura helénica "La victoria de Samotracia".

—Pero no tiene cabeza —dice la niña.

—¿Quién le dijo a usted que la belleza está en una cabeza? —contesta Yosaburo—. Mire los pliegues de la túnica; esos pliegues están agitados por la brisa del mar. Detener la brisa del mar en el movimiento de los pliegues de esa túnica para la eternidad, esa es la belleza.

El diálogo, según escribió María Kodama en 1995, ocurrió cuando ella tenía cuatro años. Aún no había escuchado los "Two English Poems"; eso pasaría en 1942, por el tiempo en que Borges publicaba en el diario argentino *La Nación*, "Funes, el memorioso". Allí el narrador admite que no tiene derecho a pronunciar el "verbo sagrado" que es "recordar"; solo el joven uruguayo Ireneo Funes, avasallado por su memoria prodigiosa y total, lo había tenido.

Más de tres décadas después, en 1975, Borges le diría a su amigo Adolfo Bioy Casares: "Espero que dentro de cien años los hombres hayan perdido la superstición de considerar que todo hecho cuya veracidad ha sido comprobada es precioso".

Entre la huella del recuerdo como verbo sagrado y la huella de la veracidad como superstición preciosa, se construye este perfil de la señora María Kodama, viuda y heredera universal del escritor argentino Jorge Luis Borges.

El catorce de mayo de 1986, la tapa del diario *Clarín* desplegaba una gran caricatura de Hermenegildo Sábat sobre un epígrafe de trazo grueso: "Borges se casó con María Kodama". En la ilustración el escritor aparece sentado y apoyándose en su famoso bastón, cuya empuñadura ha sido reemplazada por la cabeza lacia de su flamante esposa.

La noticia, que podría haber pasado como una curiosidad o una última excentricidad para quienes no conocían personalmente a Borges, fue en cambio un bombazo para sus familiares y amigos. Ninguno conocía tales planes. El escritor Adolfo Bioy Casares había escuchado ya algún rumor, como anotó en su diario el primero de mayo de 1986: "Noticias contradictorias sobre Borges. Dudas sobre si se casó".

María Kodama y Jorge Luis Borges habían abandonado la Argentina con rumbo a Italia el veintiocho de noviembre de 1985. No era el primer viaje que emprendían juntos. María acompañó al escritor a casi todos los destinos internacionales que lo requerían desde 1975.

—No, no —aclara Kodama en la sede de la Fundación Internacional Jorge Luis Borges, donde me recibe—. Desde antes, secretamente.

—¿Secretamente? —pregunto— ¿Cómo es esa parte?

—Esa parte será cuando yo la escriba —contesta, apacible.

—Bueno, públicamente empezó a viajar con él desde 1975.

—Públicamente desde 1973, cuando Leonor, su madre, enfermó.

Algunos estaban al tanto de esa partida a Italia, como el librero Alberto Casares, que el día anterior había inaugurado una exposición de primeras ediciones de Borges en su local. También lo sabían su mucama, Epifanía Uveda, y Bioy Casares. Pero a su hermana Norah, con quien almorzó el mismo día del viaje, Borges no le contó nada.

Según ha relatado María Kodama a la prensa varias veces, fue él quien quiso ir a Ginebra cuando terminó su "gira" italiana. Ella pensó que deseaba despedirse de la ciudad que amaba tanto desde su juventud, consciente de que el cáncer de hígado que le habían diagnosticado hacía poco no le daría otra oportunidad para volver. A fines de diciembre de 1985, se hospedaron en el ginebrino Hotel l'Arbalète; él en la habitación 308 y ella en la 309. Una vez instalados, Borges resolvió quedarse.

Le han pedido una y otra vez a Kodama que detalle esa decisión. "Traté de convencerlo del regreso", dijo al periódico mexicano *La Jornada*. "Que podíamos volver en un avión sanitario, pero lo había afectado mucho aquel escándalo periodístico durante la enfermedad y la muerte del doctor Ricardo Balbín, en 1981, a quien fotografiaron cuando estaba en terapia intensiva, y esas fotos aparecieron en carteles empapelando la ciudad (…) Borges me dijo que no quería que su agonía fuera transformada en un espectáculo y su último suspiro vendido luego en un casete. Que quería morir conmigo, la persona que él quería, a su lado. También me dijo que quería morir normalmente, en su casa, como sus antepasados. Pero todo esto no quiere decir que no quisiera mucho a Buenos Aires."

En una entrevista de 2011, quizás harta ya de esa pregunta, que presume malintencionada, agregó: "Su deseo fue morir allá debido a la falta de respeto de los argentinos".

Corre el año 1949. Imaginemos a un amigo de Yosaburo Kodama pidiéndole permiso a María Antonia para llevar a su hija, de doce años, a una conferencia de Borges. Como a la niña le gustaba leer y escribir y ya avistaba un futuro en la carrera de Letras, pensó que, siquiera una vez en la vida, tenía que escuchar al gran Borges.

Corre el año 1953, quizás 1954. Veamos a una María adolescente, encontrándolo en una librería de la peatonal Florida de Buenos Aires, y acercándose a saludarlo:

—Perdón, yo lo conocí cuando era chica…

—¿Ah sí? ¿Y usted es grande? ¿En qué trabaja? —quiso saber Borges.

—No, estoy en el secundario, en cuarto año.

—¿Él podía verla? —pregunto, irrumpiendo en el recuerdo.

—Él veía luz y sombra. Pero por la voz se dio cuenta de que yo era chica —dice María.

—¿Y no quiere estudiar anglosajón conmigo? —le propuso Borges.

—Sí —contestó ella en un impulso. Y luego tuvo que admitir que no sabía qué era eso.

—Es inglés antiguo —dijo Borges.

—Y para tratar de parecer "brillante" —prosigue Kodama—, yo le dije: "ah, Shakespeare", y él me contestó: "no, mucho más antiguo, siglo diez".

—Pero eso debe ser muy difícil —dijo la muchacha.

—Pero yo también tengo que estudiarlo, vamos a compartir la dificultad —la tranquilizó Borges.

Y desde entonces, ha contado María, "la vida fue tejiendo una historia maravillosa".

El veintiséis de abril de 1986 en el registro civil de la localidad de Rojas Silva, cerca del paso fronterizo entre Paraguay y Argentina por la norteña provincia de Formosa, se celebró una inusual ceremonia. Un señor Alberto Ramón Téllez, y su mujer, Irene Rojas, hicieron las veces de Borges y Kodama. O al menos eso quedó asentado en un acta matrimonial que tiene varias imprecisiones.

En aquella época el casamiento por poderes fuera del país era una práctica común, como describió la propia María a la revista argentina *Gente* en 1991: "Mi casamiento fue como toda la legión de casamientos registrados en el exterior cuando en Argentina no había ley de divorcio". Y es que Jorge Luis Borges estaba separado pero no divorciado de su primera mujer, Elsa Astete. Esos casamientos eran formalidades socialmente aceptadas pero no tenían validez legal. Tal vez por eso importa poco que en el acta de matrimonio de Borges y Kodama él figure con ochenta y siete años cuando tenía en realidad ochenta y seis, y ella aparezca nacida en 1941, cuando había nacido en 1937. María ha contado que el enlace debía permanecer en la intimidad: "El matrimonio era una cosa secreta entre él y yo para darle el gusto", dijo a *La Jornada*. Pero llegó a la prensa y ella lo atribuyó a la "falta de ética de la profesional que dio la noticia".

Esa profesional, que asegura haber mantenido siempre la más absoluta reserva, es la prestigiosa abogada porteña Martina Antonini, a quien el nuevo apoderado de Borges, Osvaldo Vidaurre, había dejado el poder de casamiento a fines de 1985. Antonini recibió el sobre cerrado, ningún detalle acerca de quiénes eran los novios, e instrucciones de guardarlo hasta nuevo aviso. Según el biógrafo Edwin Williamson, ese nuevo aviso llegó el dieciocho de marzo de 1986, cuando, en Ginebra, María habría dado finalmente el sí a las insistencias matrimoniales del escritor.

—¿Borges le pidió a usted matrimonio?

—Infinitas veces —contesta María.

—¿Recuerda cuándo empezó?

—No.

En su libro, Williamson dice que fue Jean Pierre Bernès, editor de las *Obras Completas* de Borges en la célebre Bibliothèque de la Pléiade, quien terminó de convencerla. Desde Audenge, en Francia, Bernès niega esa versión: "mais non!", exclama por teléfono. María Kodama lo niega con más énfasis: "Bernès no tiene nada que ver con Borges".

Quién sabe de dónde sacaría Williamson el dato. Es otro editor, el italiano Franco Maria Ricci, responsable, junto con Borges, de la colección de literatura fantástica "La Biblioteca de Babel", quien se adjudicó el definitivo papel de celestina: "Cuando Borges estaba ya muy enfermo en Ginebra convencí a Kodama de que se casara con él. Recuerdo que solía tomarme las manos y decirme: 'Franco, convencéla a María de que se case conmigo; yo quiero morir sabiendo que María es mi mujer'".

—Leí esa declaración en *La Nación*. ¿Así fue? —pregunto a Kodama.

—Claro, claro, es una historia muy compleja. Me dijo: "María, estás con él desde chica; eso es lo único que a él le va a dar felicidad, casáte y dejáte de jorobar".

Solo cuando Vidaurre volvió al despacho de Antonini para que movilizara el poder ante un registro civil de Paraguay, ella supo quiénes se casarían y vio las firmas de ambos. Como si de una nueva refutación del tiempo se tratara, la pregunta que se abre es para qué tanta insistencia de Borges y tanta negativa de Kodama, si antes de irse del país ya habían firmado ese poder para que los casaran. En cualquier caso, las firmas no estaban legalizadas, así que Antonini no aceptó el trámite, que tuvo que enviarse a Ginebra para ser refrendado por el cónsul argentino antes de seguir el curso que siguió.

Kodama ha dicho hasta el cansancio que no era ella quien quería casarse. Tanto se cansó que en algún punto decidió moderar la importancia del matrimonio: "casada o no casada, yo soy su viuda". Lo cierto es que, casada o no, ella es su heredera universal desde 1979.

—Fue antes, pero no importa, fue antes de 1979 —aclara Kodama—. Y yo no lo sabía. Si lo hubiera sabido, lo hubiera dejado.

—¿Lo hubiera dejado heredarla?

—Lo hubiera dejado a Borges.

—¿A Borges?

—Sí. Él sabía cómo era yo. Por eso fue totalmente secreto.

—Yo me había imaginado —insisto— que tal

"María Kodama lo descubrió. Pese a su autoridad y a su firmeza, es curiosamente liviano. Quienes lo ven lo advierten; quienes lo advierten lo recuerdan", fragmento de "El bastón de laca", *La cifra*. J.L. Borges. (Foto: Agencia Télam.)

vez él le había dicho: "María, le voy a dejar..."

—No.

—Se entera cuando él fallece, entonces.

—Claro, lógico. El abogado me llama a Ginebra y me dice: "te tengo que comunicar que vos has sido nombrada desde los años setenta heredera universal de Borges".

—¿Y qué sintió usted?

—Yo estaba destruida, así que no sentí nada.

Jorge Luis Borges murió en Ginebra el catorce de junio de 1986 y fue enterrado la tarde del dieciocho en el cementerio Plainpalais. Esa misma mañana, *La Nación* publicaba una carta de su hermana Norah: "Me he enterado por los diarios que mi hermano ha muerto en Ginebra, lejos de nosotros y de muchos amigos, de una enfermedad terrible que no sabíamos que tuviera. Me extraña mucho que su última voluntad fuera ser enterrado ahí, ya que siempre quiso estar con sus antepasados y con nuestra madre en La Recoleta". En 1976, Borges le había dicho a Bioy Casares: "Quiero que me entierren junto a los míos, en La Recoleta". Y si bien en ese gran cementerio porteño los Borges tienen un lugar asignado desde 1878, el escritor no dejó ningún testimonio legal que impidiese su entierro en otra parte. Se ha invocado el poema "La Recoleta", del libro *Fervor de Buenos Aires*, donde llama al cementerio "el lugar de mi ceniza", como la demostración irrefutable de sus deseos futuros. Más sugerente es el testimonio de Sara Kriner de Haines, amiga de Leonor Acevedo, madre de Borges, a quien el escritor habría hecho responsable de su cremación en 1982. Tras su muerte, hubo trabas burocráticas, idas y vueltas entre jurisdicciones y dudas acerca de la autenticidad de la copia certificada que blandía la señora Kriner. En el libro *La posesión póstuma*, que narra los últimos seis meses de la vida de Borges, el periodista Juan Gasparini cuenta que nadie tenía el documento original del pedido de cremación porque María lo había hecho trizas al enterarse de su existencia.

El escultor argentino Eduardo Longato hizo la lápida de Borges bajo la supervisión de la reciente viuda. Se trata de una piedra "doble faz", con evocaciones en relieves y epígrafes de la pasión que compartieron Borges y Kodama por las sagas islandesas y anglosajonas. "De Ulrica a Javier Otárola" es la inscripción final. María ha dicho, contra las afirmaciones de otros, que la Ulrica del cuento que Borges publicó en 1975, es ella.

La lápida fue otra descarga de controversia. "Pretenciosa" y "cachivache", la llamaron, y se invocó otro poema, en que Borges había pedido para su tumba "las dos abstractas fechas y el olvido".

Hubo dos intentos de repatriación, primero de Miguel de Torre, uno de los sobrinos de Borges ("No tengo nada que decir sobre esa mujer", dice, irritado, al teléfono), y años después de una diputada, con el respaldo del presidente de la Sociedad Argentina de Escritores, Alejandro Vaccaro, viejo enemigo de María Kodama, con quien mantiene un juicio penal por supuesta falsificación y venta de manuscritos. Si otros intentos de repatriación resultaran vanos, Borges seguirá en Plainpalais por lo menos hasta el 2085, pues la municipalidad de Ginebra cedió gratuitamente el espacio a su viuda durante noventa y nueve años.

En buena parte de las entrevistas que ha dado —y que son muchísimas—, María Kodama se refiere a su padre y sus lecciones ejemplares sobre la honestidad, la ética y el sentido de la responsabilidad. De su madre, María Antonia, suele hablar menos.

—Mi madre tocaba maravillosamente bien el piano —cuenta con orgullo—. A tal punto que una vez un vecino le preguntó qué grabación estaba escuchando, porque quería comprarla. Mi madre dijo que no, que era ella quien tocaba.

—Sabe que encontré a su mamá en una página de internet…

—¿A mi madre? —pregunta sorprendida.

—Sí, citada por un señor Carlos, que contaba que cuando era muy joven había entrado a trabajar a la DGI. Decía que María Antonia había sido su jefa.

—Pero en internet uno entra y pone cualquier cosa —dice Kodama.

—Me preguntaba si era su mamá.

—No sé, no sé, además en internet yo encuentro cada error, por ejemplo en los textos de Borges, en datos…

Carlos tenía quince años cuando empezó a trabajar en la Dirección General Impositiva. Llegó de la mano de su padre, que se había empleado allí a los dieciocho. Era la época en la que en Ar-

gentina los trabajos duraban toda una vida, y en la DGI, "una entidad familiera", los viejos empleados iniciaban a jóvenes parientes en puestos bajos, con la esperanza de trazarles un futuro laboral seguro. Carlos ríe cuando recuerda que empezó en 1961 como "cadete de segunda". Su padre lo puso bajo el ala de una amiga y antigua empleada suya, María Antonia de Kodama, que entonces era jefa administrativa del Departamento Contencioso Judicial. "Altiva, amable y compleja", tanto ella como su padre eran lectores asiduos, y hasta "viciosos". Entre todas las pasiones literarias de María Antonia, había un personaje histórico que ella adoraba, y con el que casi compartía el nombre: María Antonieta. Siempre llevaba en el bolso la biografía que le había dedicado Stefan Zweig, y cuando soñaba despierta, su vida se transportaba al Austria Imperial. En complicidad con el padre de Carlos, que era un gran lector de Alexandre Dumas, jugaban en medio de las jornadas laborales a recrear la Dirección General Impositiva de la ciudad de Buenos Aires como la corte francesa del siglo dieciocho. Se referían a la DGI como "La Corte"; el director de turno era el Rey, y entre los empleados había un Richelieu, toda una retahíla de cortesanos, y demás personajes históricos, "malos y buenos".

—Cuando mi padre entraba en ese mundo, era Athos. Y María Antonia era una princesa impoluta, caída en medio de una turba que la manchaba —cuenta Carlos.

—¿Tocaba el piano?

—No lo sé. Pero si hubiera tocado algún instrumento, seguramente sería el piano.

Cuando empezó su carrera en la DGI, en las oficinas se murmuraba acerca de la relación que la hija de María Antonia, María Kodama, tenía con Borges. La madre nunca se hizo eco de los chismes. Para referirse a su marido —del que según Carlos y otra fuente que prefiere mantenerse anónima no estaba separada—, María Antonia decía simplemente "Kodama". Siempre con respeto, y siempre por el apellido. "Kodama."

Kodama, en japonés, significa "eco".

—Ahora, por suerte —continúa María—, voy a hacer prohibir, sacar, todo lo que se hace mal con la obra de Borges. Porque ahí, a mí, nadie viene a preguntarme.

—Pero con un gigante como internet, ¿cómo se controla eso?

—Ah no, ya ha habido varios procesos.

Probablemente se refiera a la proscripción de las traducciones al inglés de la propia página web del antiguo traductor de Borges, Norman Thomas di Giovanni, único lugar en el que podían leerse sus libros, tras quedar fuera de impresión. En cambio cuenta lo difícil que fue demostrar que el poema "Instantes", publicado en la revista argentina *Uno Mismo* tras la muerte de Borges, no era de él sino de una poetisa estadounidense. "Yo tengo la paciencia de Buda. Busqué ocho años de mi vida hasta encontrar el original, gracias a amigos míos que me ayudan en esto, porque lo quieren a Borges."

Los juicios y acciones legales que ha llevado adelante María Kodama son ya una especie de sello distintivo. Uno de los más famosos, sin embargo, no lo inició ella sino Epifanía Uveda de Robledo, "Fanny", el ama de llaves de Borges, que estuvo al servicio de él y de su madre por más de treinta años. Fue por la sucesión testamentaria, en el intento de demostrar que Kodama había captado la voluntad del escritor. En 1979, él le había legado a Fanny la mitad de su dinero en efectivo y en los bancos nacionales y extranjeros. En 1985, a poco de partir hacia su destino final en Ginebra, Borges modificó el testamento en dos aspectos: los apoderados eran otros (uno de ellos, Vidaurre) y, en lugar de dejarle la mitad de su capital monetario a Fanny, le "donaba" dos mil quinientos australes en efectivo.

Cuando Borges y Kodama partieron, Epifanía se quedó, como siempre, en el departamento de Maipú 994 que compartía con el escritor. Después del casamiento, llegó un abogado y le cerró el acceso a todo el piso. Fanny y su nieto Manuel, que vivió con ella y con Borges durante varios años, pudieron moverse desde entonces solo entre su habitación y la puerta de servicio. Al fallecer el escritor, los echaron.

—Me acuerdo de María Kodama como una mujer muy simpática, muy leída; me acuerdo de su risa —recuerda hoy Manuel en un café de Buenos Aires—. Nunca imaginé que iba a hacerle eso a mi abuela.

—Se cuenta que el abogado hizo que Fanny le diera la plata que Borges guardaba en los libros.

—Cuando eso pasó mi abuela no me dejó salir

de la habitación. Pero la escuché señalando libro por libro: "en este, en este, en este…". Ella sabía en qué libros Borges guardaba plata; desde que murió la madre, mi abuela se hacía cargo de todo en la casa. Y siempre decía "el señor no fue"; sabía que era imposible que Borges se portara así con ella.

En el juicio —que Fanny perdería—, trascendió de una testigo que Kodama le había dicho a Borges que la mucama le robaba. La propia María me lo dice:

—La fiel servidora no era tan fiel servidora. Ella se llevó manuscritos de Borges que desaparecieron, todo un escándalo.

—En su segundo testamento, Borges cambia lo que le lega a Fanny —le digo a Kodama.

—Vos habrás leído, ya que tenés este tipo de información, el libro que Alejandro Vaccaro escribió con ella.

Se refiere a *El señor Borges*, publicado por editorial Edhasa en 2004.

—Sé que existe, pero no lo leí.

—Lo cuenta ahí: un día viajábamos y al llegar al aeropuerto, el pasaporte que Fanny le había puesto a Borges era el de la madre. Y ni Borges ni Jesucristo salen del país con el pasaporte de su mamá. Le dije que yo iba a buscarlo, pero él llamó a Fanny para que lo trajera. Contestación de ella: "Yo no se lo voy a llevar nada", y colgó. Naturalmente, el viaje no se pudo hacer. Volvimos a la casa, histérico Borges, y le dice: "Usted no tiene perdón de Dios". Contestación de ella: "¡Si usted no cree en Dios!".

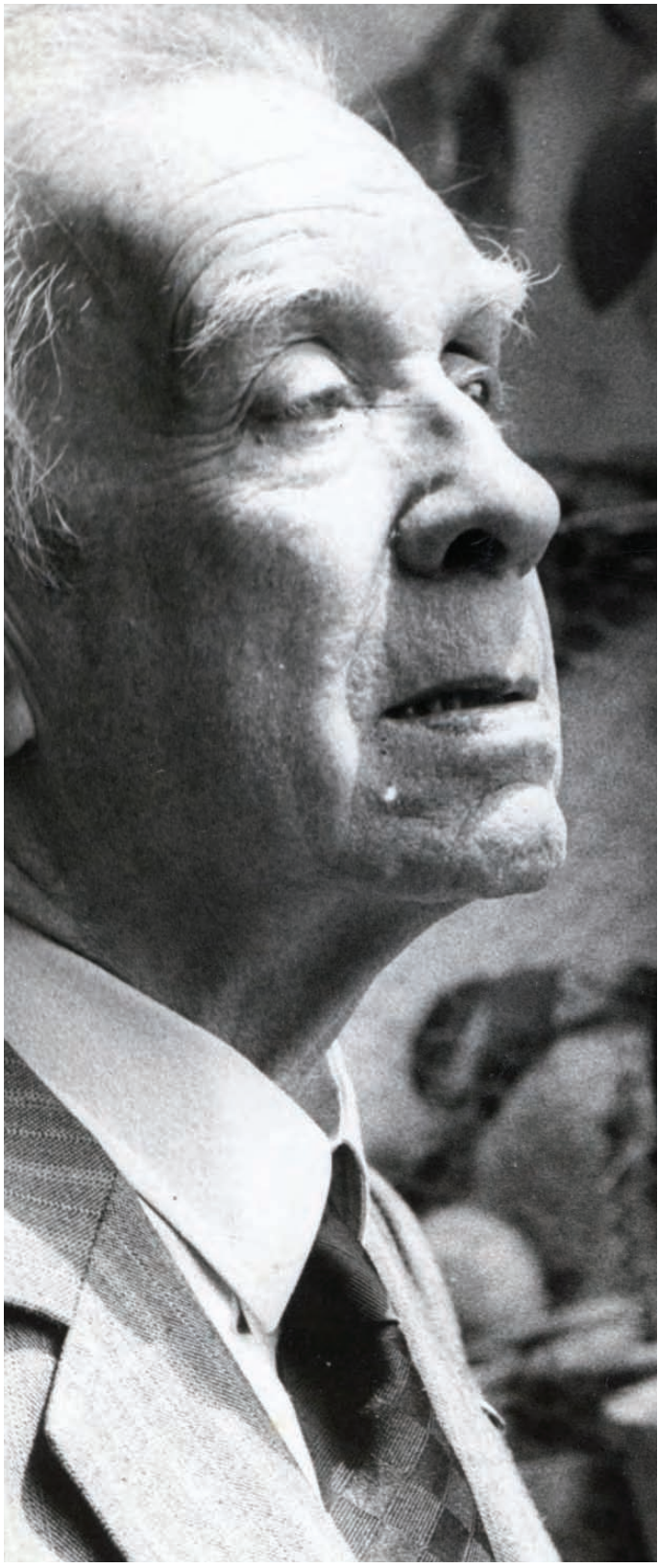
Para María, esa "falta de respeto" es la razón —o una de las razones— por la que Borges cambió su testamento.

—Él a veces me ayudaba a estudiar —prosigue Manuel—. Y en forma de premio me daba plata: "Fijáte en la biblioteca, buscá el camello". Yo buscaba hasta encontrar el dibujo en el lomo. Se lo llevaba, él sacaba plata y me la daba. Le decía "no, señor", y él insistía: "tomá, guardála". Yo tenía doce años, y obviamente me iba feliz al colegio. Pero a mi abuela no le gustaba que me diera plata ni que yo la aceptara. Era una mujer muy humilde. Por eso me va a doler hasta el último día de mi vida que digan que Fanny se quedó con algo que no le correspondía.

—En una entrevista de 2010, María dijo que Fanny lo maltrataba.

Manuel respira hondo.

—Que me lo diga en la cara.



Jorges Luis Borges y María Kodama, en uno de sus viajes. (Foto: El Atlas de Borges, Agencia EFE.)

Antes del juicio de Epifanía por la sucesión, Kodama ya la había denunciado por llevarse dinero y objetos de la casa de Borges (entre ellos una pila de lavar la ropa, que Manuel dice tener consigo, arrumbada y sin uso). En mayo de 1989, Norah, hermana del escritor, inició una acción legal para impedirle a María el uso del apellido "Borges". Perdió. Desde entonces y hasta el día de hoy, el camino de Kodama ("una samurai", como se ha descrito a sí misma) se ha bifurcado entre las conferencias, los homenajes, y los corrosivos tiempos judiciales, que ella, con la paciencia de Buda y un alcance telescópico, ha iniciado en defensa del legado borgiano, de su carácter de heredera única y universal, y también de su honor.

Contra el periodista y ensayista Osvaldo Ferrari, por ejemplo, querelló por los derechos de los diálogos que mantuvo con Borges entre 1984 y 1985 y que fueron publicados en tres libros. El escritor le había cedido a Ferrari los derechos sobre esas conversaciones y Kodama exigió su nulidad tras ser nombrada heredera universal. Perdió.

A Alejandro Vaccaro y Roberto Alifano los acusa de haber falsificado manuscritos, y venderlos como inéditos, "mezclando y haciendo collage" de ensayos dispersos de Borges. Alifano, quien se ha autodenominado "amanuense" del autor, dijo al diario argentino *Perfil* en junio de 2011: "Rogamos que cesen estas canalladas que en nada benefician la memoria de nuestro Borges". No es su única causa con Kodama: lo querelló también por violación de los derechos de propiedad intelectual por el libro *El humor de Borges* del año 2000 y también por la *Agenda Borges 2001* que incluía frases del escritor y que fue retirada del mercado.

A Juan Gasparini lo demandó por supuestas calumnias e injurias plasmadas en el libro *La posesión póstuma*. Después de un largo proceso, la justicia entendió que estaba ejerciendo su profesión de periodista y lo absolvió de una causa que lo habría llevado a un año de cárcel.

Kodama demandó también a la ensayista Beatriz Sarlo ("no tengo nada que decir", me dice al teléfono), por "injurias vertidas en territorio nacional y extranjero" tras las declaraciones que hizo al diario chileno *El Mercurio*, respecto de la imposibilidad de hacer un estudio serio de la obra de Borges mientras Kodama viviera. La causa no avanzó porque no correspondía a la jurisdicción argentina.

Le pregunto a Kodama por el libro del español Agustín Fernández-Mallo, *El hacedor (de Borges) Remake*, editado por Alfaguara, y su reciente retiro del mercado, bajo amenaza de acciones legales.

—A mí me lo detectaron los abogados en España: había copiado epílogo, prólogo, había cambiado tres palabras y lo firmaba él.

Argumento sobre operaciones intertextuales.

—Allí no hay intertextualidad —contesta María—. Intertextualidad es lo que hacen Borges y Joyce. Borges en "Pierre Menard", donde no copia a Cervantes y Joyce en el *Ulises*, donde no copia a Homero. Una cosa interesante es que este señor había pedido antes permiso a Nocilla para usar su nombre, es decir que sabe muy bien qué pasos seguir.

Me comunico con Fernández-Mallo, quien prefiere no hacer declaraciones y me remite al comunicado que sacó Alfaguara en septiembre de 2011 y al que todavía suscribe: siente mucho el enfado de Kodama, no pensó que debiera pedir permiso para homenajear a uno de sus grandes maestros y defiende su operación literaria: "Borges fue el primero en usar las mismas técnicas de apropiación y reescritura que yo".

—No es un capricho mío. La ley es así para todo el mundo. Sea Borges, sea quien sea —concluye María, a quien estas discusiones parecen exasperar.

La última acusación le llegó en diciembre de 2011 al argentino Pablo Katchadjian por el pequeño volumen *El Aleph engordado*, publicado por la editorial independiente IAP en 2009. El procedimiento está explicado en el libro mismo: el texto original de Borges no ha sido modificado, salvo por el hecho de estar "totalmente cruzado" por el de Katchadjian, que además detalló: "si bien no intenté ocultarme en el estilo de Borges tampoco escribí con la idea de hacerme demasiado visible: los mejores momentos, me parece, son esos en los que no se puede saber con certeza qué es de quién".

*El Aleph engordado* tuvo una sola edición de doscientos ejemplares gestionada por el propio autor, que no sale de su asombro por la carta que le llegó del juzgado:

María Kodama en la inauguración de la muestra *El Atlas de Borges*, en el Centro Cultural Recoleta. (Foto: Agencia Télam, 2006.)

—Es una querella penal por violación de propiedad intelectual. Un delito que tiene de un mes a seis años de prisión —dice, al teléfono.

De momento, Katchadjian y su abogado esperan el fallo del juez.

Le pregunto a Kodama cuál de sus juicios le ha afectado más. Me dice que quizás el que inició contra el editor de Borges en La Pléiade, Jean Pierre Bernès, quien entrevistó largamente al escritor durante sus últimos meses en Ginebra. La querella fue por la propiedad de esas grabaciones, pues según Kodama, su famoso agente literario, Andrew Wiley (apodado "El Chacal"), le abrió los ojos al hecho de que legalmente le correspondía una copia de esas cintas. Contra su voluntad, Bernès tuvo que darle a María un duplicado de las conversaciones que había mantenido en privado con Borges.

Hoy, desde Francia, Bernès sigue sin creer lo que le hizo Kodama. Pero más allá de la discordia, se refiere al Borges de Ginebra como un hombre alegre, dueño de sí, contento por haberse casado, y recuerda que para celebrar el enlace, mientras el resto de los convidados (el dueño del hotel, su mujer, María y él mismo) brindaban con champán, Borges lo hacía con agua gasificada, "una metáfora". Cuando quedaron solos, cuenta Bernès que le dijo Borges: "la sentí, está rondando". Había percibido la llegada de la muerte.

Canadá, Estados Unidos, Chile, Irlanda, Italia, Suiza, Islandia, Francia, España, Grecia, Turquía, Japón. Kodama no puede hacer el cálculo de cuántos viajes hicieron juntos; fueron tantos y tan sucesivos que cualquiera olvidaría la ceguera y la edad del escritor. Una parte de ellos quedó plasmada en el libro *Atlas*, con ensayos de Borges sobre las tierras que visitaban y fotografías tomadas por María. En la foto que ilustra la tapa, un Borges de ochenta y dos años sonríe a punto de despegar en un globo aerostático en las afueras de San Francisco. En otra, tomada en una reserva de animales de Buenos Aires, Borges sonríe hacia las luces y sombras que forman un enorme tigre de bengala, de carne y hueso, sentado a menos de un metro de distancia. Esa visita, que Borges llamó en *Atlas* "Mi último tigre", la organizó Kodama, quien ha dicho que a él le gustaba de ella su "relación lúdica con la vida".

—¿Sabés a qué mujeres admira María? —le dijo Borges a Bioy en marzo de 1982—. A Medea y a Lady Macbeth.

Le pregunto finalmente por *Borges*, el libro de diálogos entre él y Bioy Casares que publicaron los herederos de Bioy en 2006. Lo describe como un "mamotreto", y dice saber algo del contenido por sus amistades.

—Es un traidor. Un amigo abre su alma con vos, según tengo entendido, eso es lo que hace a una amistad. Y cuando tu amigo se va, no podés escribir todo lo que tu amigo dijo, sabiendo que vas a quemarlo con media humanidad, y sabiendo muy bien que querés que eso se publique después de que vos mueras, y —la voz de María se vuelve un susurro— *de que él muera*. Ya eso es sospechoso. Ahora bien, conociéndolo a Bioy, ¿él escribía lo que realmente Borges le decía, o ponía en boca de Borges lo que él no se animaba a decir de sus colegas? ¿Sabés cuál era el epíteto con que Borges se refería a Bioy? Cobarde. Ese era el concepto que Borges tenía de Bioy. Y solo un cobarde hace lo que él hizo.

Y sin embargo, frente a las sospechas de los críticos de primera hora de Kodama, a quienes ella ha dado en llamar "mis monstruos", quizás una de las pruebas más irrebatibles de que Borges realmente la quiso esté en "ese mamotreto". El jueves nueve de diciembre de 1976, Bioy escribió que Borges le había contado que estaba enamorado de ella.

María Kodama vive para el legado de Jorge Luis Borges desde hace veinticinco años; en sus ojos y en su cuerpo delgado, elegante, enteramente de blanco, se traza la emoción cuando lo dice. Está contenta porque editorial Emecé acaba de publicar el tercer tomo de las *Obras Completas* anotadas. Cuenta que se acuesta a las tres de la mañana y se levanta a las ocho todos los días. Que viaja incansablemente, organiza seminarios y homenajes, y ayuda con datos y fuentes a universitarios que recurren, desde decenas de países, a la Fundación.

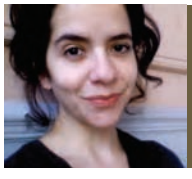
Leo su partida de nacimiento. Yosaburo Kodama es solo nueve años mayor que María Antonia Schweitzer. No tenía edad para ser el padre de su esposa, como ha contado la hija de ambos varias veces. ¿Por qué esa versión? ¿Es una mentira, un equívoco, un deseo? ¿Qué es? ¿Importa? Poco se sabe sobre su vida antes del escritor; pareciera no tener otro contexto, otro universo, fuera de Jorge Luis Borges.

¿Y dónde queda él en todo esto? Porque si entrevistamos a Kodama, si escribimos sobre Kodama, si averiguamos sobre Kodama, es —debería ser— porque nos interesa Borges. Y seguramente nos interesa porque fue uno de los grandes escritores del siglo veinte y porque también lo es de la literatura universal. ¿Pero qué significan exactamente esas expresiones grandilocuentes, tan repetidas ya? Por lo menos, que escribir sobre él desde el ahora —porque murió hace nada, hace solo veinticinco años— es una tarea que todo el tiempo corre el riesgo de adulterarse si se quiere hacer desde los testimonios personales, incluso los de María Kodama, incluso los de Adolfo Bioy Casares.

Entre los recuerdos, las veracidades y el eco, el único testimonio es su literatura. El único que a él, por lo demás, le interesaba. Fue una persona que vivió y escribió a través de los libros. Es un placer que no perecerá leer el prólogo a *Las palabras y las cosas* de Michel Foucault: "Este libro nació de un texto de Borges". Algún día todas las referencias serán así. Mientras tanto, esa cosa llamada "derechos" pertenece a la mujer a la que Borges eligió dejárselos años antes de morir: María Kodama.

—¿Y qué pasará con ese legado, cuando usted ya no esté?

—¿Por qué esa pregunta? —contesta sonriendo—. Yo pienso vivir doscientos años.

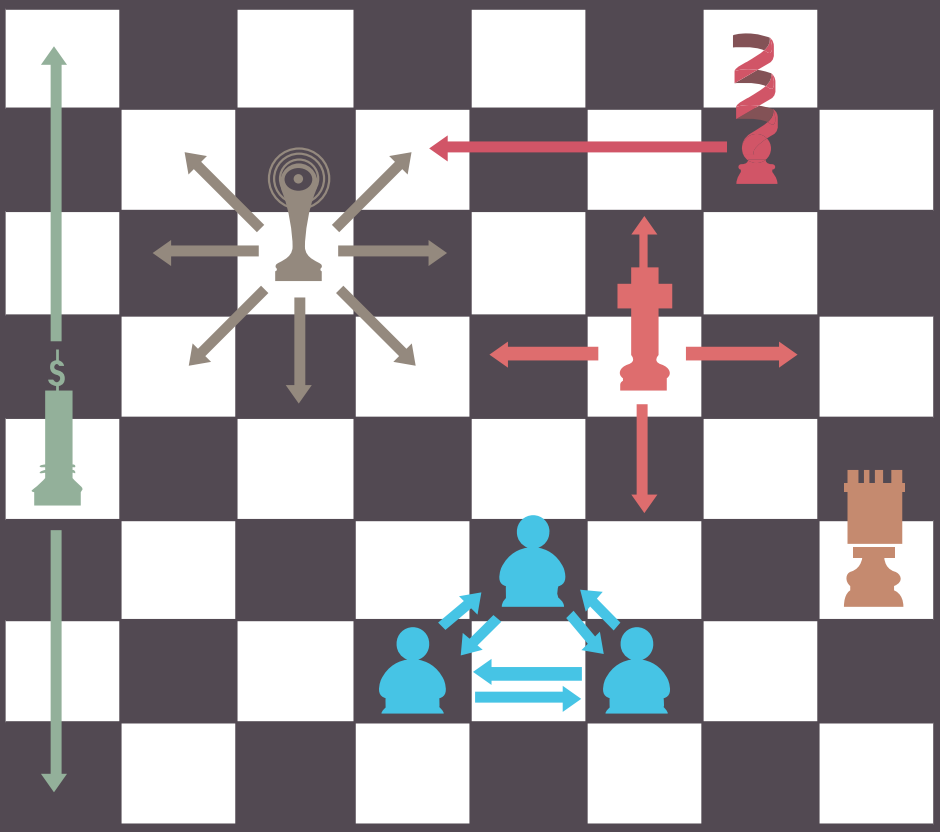


**Ana Prieto** (Mendoza, 1975). Periodista. Colabora en revista Ñ del diario "Clarín". Ha publicado en "Gataflora", "Lamujerdemivida", "Gazpacho" y otros medios. Ya había colaborado en el N3 de Orsai con una defensa acérrima a la saga "Harry Potter". @anaprieto

Fotografías:
**Archivo Télam**
**Agencia EFE**

# AJEDREZ MODERNO

ECONOMÍA (*antes* Rey) | ESTADO (*antes* Reina) | MEDIOS (*antes* Alfil) | RELIGIÓN (*antes* Caballo) | CULTURA (*antes* Torre) | USUARIO (*antes* Peón)



- LA ECONOMÍA SUBE, BAJA O SE MANTIENE
- EL ESTADO SÓLO RETROCEDE
- LOS MEDIOS SE MUEVEN LIBREMENTE
- LA RELIGIÓN SE MUEVE EN CRUZ (OBVIO)
- LA CULTURA NO SE MUEVE, REFLEXIONA
- LOS USUARIOS SE MUEVEN EN REDES

En el ajedrez moderno, un jugador gana cuando logra colapsar la Economía, apropiarse del Estado, controlar los Medios, erradicar la Religión o mover la Cultura del rival, o cuando el usuario se aburre de jugar. Lo que pase primero.

Por Gabriela Wiener

# UN APOCALIPSIS DOMÉSTICO

**Según los mayas, durante 2012 la Tierra y los que la habitamos dejaremos de existir. Fin del mundo. Caos y nada. ¿Qué vamos a echar de menos de todo esto? ¿Qué haremos el último día? Gabriela Wiener buscará en su interior desde hoy y hasta diciembre, o hasta que todo explote (lo que ocurra primero).**

Pongamos que hoy es el fin del mundo, que me levanto como en los días festivos, con la sensación de que tengo que ir a trabajar, pero entonces recuerdo que no, menos mal, y me alegro aunque sea brevemente de que sea el fin del mundo y no otro esperpéntico día en la oficina. Pongamos que hoy vamos a morir todos. La irrealidad nos gobierna pero hago exactamente lo mismo que un día normal. Voy al baño y meo a oscuras para estirar la somnolencia y volver a la cama, pero despierto. Intento atrapar un fragmento del sueño, porque sé que ahí hay una señal, y no puedo, nunca puedo. Las plantas de mis pies tocan el frío de las losetas y me digo que todas esas acciones insignificantes se perderán como lágrimas en la lluvia, como tantos poemas que he olvidado, como un poema de Jorge Eduardo Eielson que dice que mi corazón / qué tal idiota / se parece a Marlon Brando cuando escupe / el animal. Todo eso que no muere pero que en realidad ya está muerto. Que hemos perdido sin casi percatarnos de ello. La vida en algún momento dejará de ser parte de nuestra rutina. Veo a mi hija durmiendo en su camita mona de Ikea. Hace ruiditos y de un movimiento brusco se libera de la manta. Ahora respira plácida.

Los niños deberían pedir que les devuelvan su entrada. Que un niño llegue a la fiesta cuando la fiesta ya ha terminado es algo, por lo menos, de mal gusto.

Abro la nevera y está llena. Tanto para nada. La última vez que tuvimos que viajar saqué todo de la nevera, lo metí en una bolsa, salí a la calle y se lo di a una amiga, papas y cebollas incluidas, pero me temo que si fuera el fin del mundo no habría a quién darle la bolsa para evitar que la comida se pudra, porque todos nos vamos a ir de viaje. Eso suponiendo que se trate de un viaje, que lo dudo, pero en cualquier caso los que nos vamos a pudrir somos nosotros o quizá no haya tiempo ni para eso. Martin Luther King, con su optimismo anacrónico, decía que aun si supiera que mañana se acaba el mundo, hoy todavía plantaría un árbol. Yo no lo he plantado ni con toda la vida por delante. Hoy me siento en el sofá, aprovechando que todos duermen y por un minúsculo instante me imagino el único ser humano sobre la tierra. Me encantan esas películas en las que hay un único superviviente del Armagedón que empieza a caminar por una ciudad, que casi siempre es Nueva York. Me gusta cuando se ve a los animales del zoo sueltos caminando por el puente de Brooklyn, y el único tipo sobre la tierra se encuentra de repente con una chica que también se sentía la única. Y todo vuelve a empezar.

Cómo nos gustaba contarnos historias, pienso y sin darme cuenta conjugo en pasado. La vida es una buena historia porque no tiene un final feliz. Todo el mundo sabe que las pelis buenas no pueden terminar en boda. Lo dijeron los mayas. Lo anunció Nostradamus. Incluso está en el I Ching y en el horóscopo chino. El fin del mundo es la más grande de las ficciones, hasta que ocurre. Pero nuestra obsesión por las megacatástrofes no deja ver las pequeñas desgracias. Por mi parte, como decía Ortega y Gasset, he reducido mi mundo a mi jardín y ahora todo es más intenso. Enciendo la televisión y ahí está la presentadora de los

informativos, diciendo algo con la misma sonrisa con la que anuncia que nació un niño con cinco piernas y que Europa se hunde, pero no me entero de nada porque mantengo el volumen en mute, solo la veo mover los labios delante de mí. Podría estar dándome la peor noticia de todas, como que en unas horas nos fundiremos en negro. O que ya estamos muertos y que esto es una grabación que solo veo yo. La frontera entre la ciencia ficción y la vida doméstica es más fina de lo que pensaba.

Nunca he podido ver mi destino como si contemplara un día de lluvia. Como el protagonista de *Seda* de Baricco, Hervé Joncour, que *asiste* a su vida porque simplemente renuncia a *vivirla*. Hay en la mayoría de nosotros un gran empeño por hacer de lo que nos espera un espectacular blockbuster, con explosiones, extraterrestres, guerras nucleares y plagas víricas. Yo, por ejemplo, veo todo el rato el número once y de vez en cuando me creo que soy una de las elegidas para algo que no sé qué es pero no huele nada bien. Quizá lo que no soportamos es que lo demás subsista sin nosotros, por eso la obsesión por tener alguna clave y actualizar las profecías, porque es mucho peor irse pronto, que la fiesta siga y que lo mejor de ella ocurra en nuestra ausencia. Lo que no tiene ninguna justificación son los videomontajes en Youtube con letra de power point: zombis, la capa de ozono, Jesucristo volteando el reloj de arena, el humo en forma de hongo y todo a ritmo de rap. Autodestrucción ya.

Hace un par de años se creó, como parte de un proyecto sobre la Barcelona del futuro, una cápsula del tiempo indestructible, que estará cerrada durante ciento cincuenta años (hasta el 2159) y en la que los ciudadanos dejaron sus mensajes contando cómo vivían en la primera década del dos mil y cómo se imaginaban en el porvenir, en texto y video a través de un videomatón callejero. ¿Estamos seguros de querer hacer semejante cosa? ¿Y si otras mentes, más o menos inteligentes, hicieran ese hallazgo miles de años después del fin del mundo? ¿Se reirían de nosotros? ¿Nos mirarían al menos con ternura? Esos extraños del futuro no podrán meter nuestros ajuares funerarios en sus museos, porque ni eso habrá quedado de nosotros, pero tal vez consigan con sus computadoras ultrapoderosas reconstruirnos a partir de un archivo .avi en el que nos vemos muy idiotas.

Es solo el ruido de las tostadas saltando lo que me sobrecoge. Paso y repaso el cuchillo con mantequilla sobre la superficie del pan y le doy un buen mordisco a una. Veo en la ventana de enfrente a los oficinistas con sus camisas blancas y sus fotocopiadoras bajo una luz blanca e irritante. A la civilización no le hacen falta meteoritos para hacerse trizas.

Noto que aún no he recogido la ropa del cordel. ¿Estará ahí para recordarme que existe la eternidad? Si hay algo de lo que adolezco es de tiempo para ser una buena ama de casa… y de sabiduría oriental. Llegado el momento, sé perfectamente que seré la impotente Gainsbourg en manos de Lars von Trier, en ese hermoso momento de *Melancholía* en que ella se da cuenta de que no hay ningún lugar donde pueda esconderse del desastre que se cierne sobre el planeta. Y corre bajo las cenizas que caen del cielo hacia ninguna parte y debe volver al único lugar donde se siente segura aunque sepa en el fondo que ahí tampoco lo está. Para mí ese lugar es este, el espejo donde me veo igual que ayer, el sonido que hace la nevera cuando la dejo abierta más de un minuto, mi planta enana resucitada, el armario nuevo que abro y cierro cinco veces al día solo para ver las toallas perfectamente dobladas, el perro que algún día tendremos, estas cuatro fotos donde nos vemos felices.

Pongamos que hoy se acaba el mundo pero que comprendemos que no nos da tanto miedo el planeta que se acerca a la tierra o la ola gigante presta a devorarnos, sino el fin de esas pequeñas cosas, reales o posibles, que una al lado de la otra conforman nuestros días. No hay ningún mundo más allá del que se inventa cada uno para olvidar los finales. Por eso, el fin de los tiempos podría ocurrir hoy o mañana, el 2013 o el 2050. Ese día en que las partículas elementales de tu piyama vuelen por el cosmos.

**Gabriela Wiener** (Lima, 1975). Escritora, cronista, poeta y periodista peruana, afincada en Barcelona desde 2003. Colabora con una larga serie de medios como “Etiqueta Negra” o los periódicos “El País” y “La Vanguardia”. Es autora de dos libros de crónicas. Ya había colaborado en el N3 de Orsai con un intenso viaje personal a su propia muerte. @gabrielawiener

Ilustra:
**Matías Tolsà**

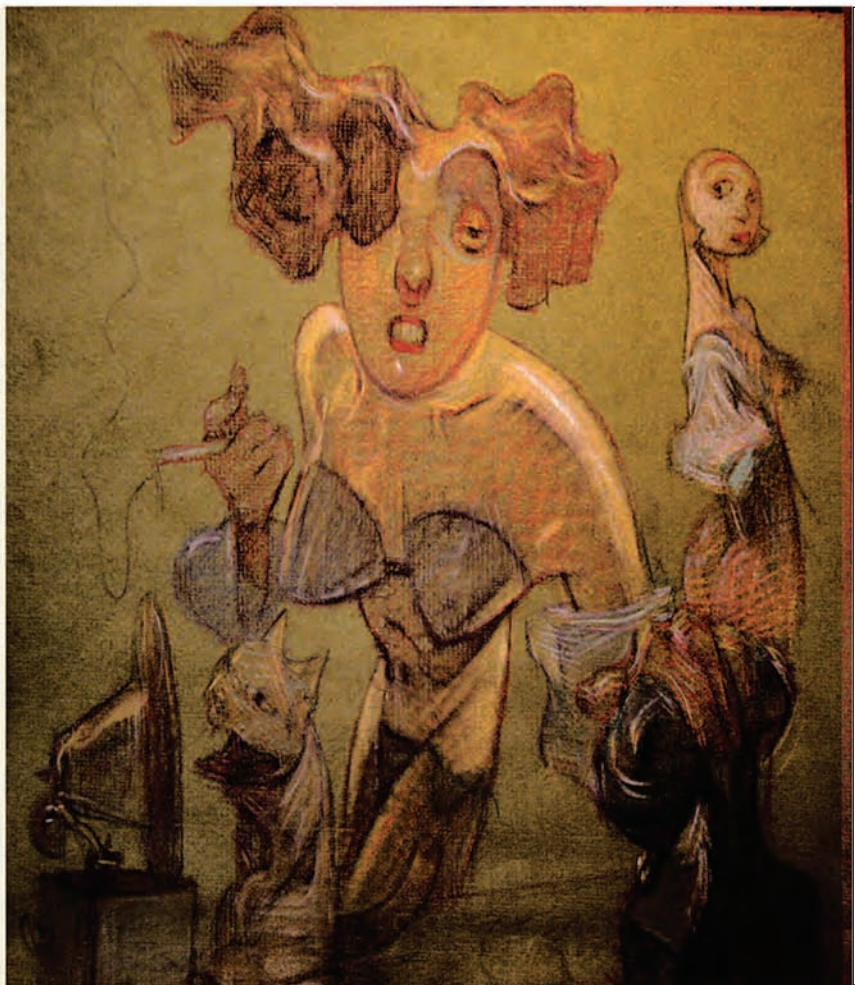
# NINE 2x4

**Como adelanto exclusivo del próximo libro gráfico de Editorial Orsai, uno de los mayores dibujantes argentinos nos retrata el mundo de sus tangos preferidos. Y les pone letra propia. ¿Nine dibujante poderoso, o Nine narrador sutil? En todo caso, viñetas anotadas que nos devuelven a una vieja Buenos Aires musical.**

# AMELIA

*Luis Díaz*
*Instrumental, 1937*

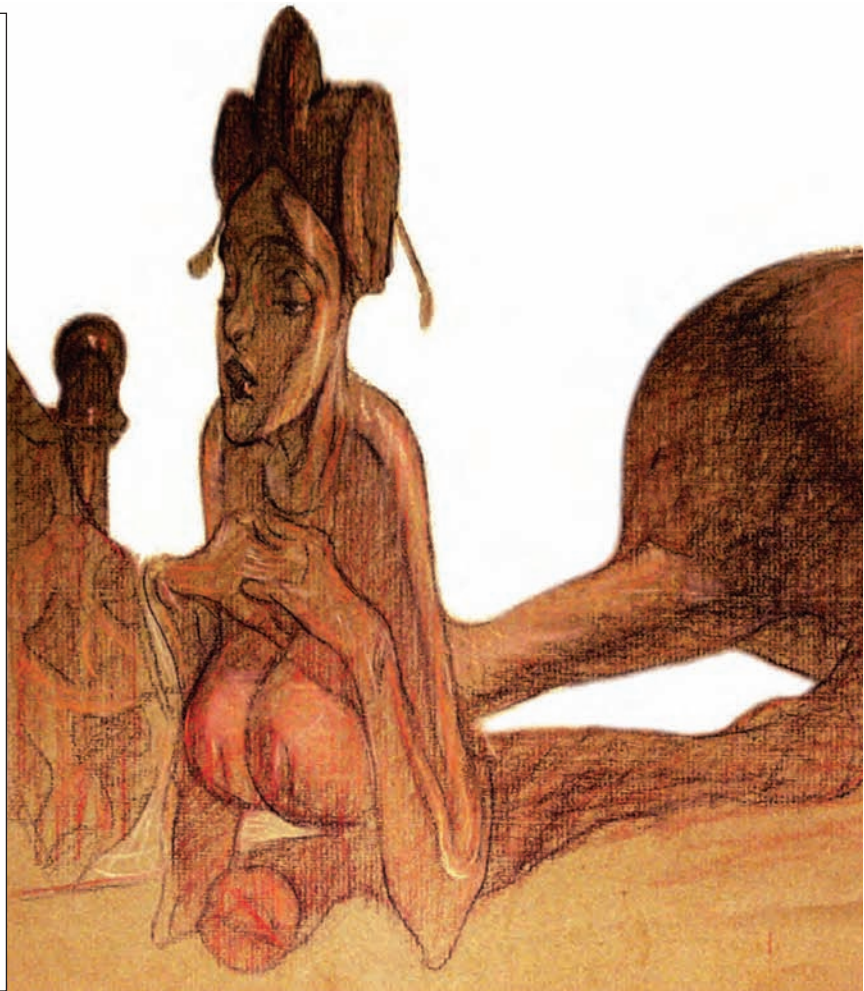
Intentó pulsar la cuerdas pero sus manos estaban agarrotadas. La visión de esos labios rojos —enroscándose en la embocadura dorada de la bombilla— le nublaban la vista. Amelia acarició el pico de la pava aún tibia con las yemas de los dedos, sin dejar de espiarlo tras sus largas pestañas entornadas. Luego se incorporó, se desperezó como un gato somnoliento, abandonó el mate y se dirigió hacia el rancho. Los óvalos de luz que proyectaba el parral se deslizaban por sus caderas, a medida que caminaba. Manuel tiró la guitarra a un costado y la siguió. Una gallina, que picoteaba por el piso de tierra, se interpuso en su camino. La apartó de una patada y entró al rancho después que ella. El sol hundió sin remedio, como todos los días, su cuchillada roja en el suave monte de eucaliptus.



## FUMANDO ESPERO

*Juan Viladomat Masanas*
*Félix Garzo, 1922*

“Fumar es un placer, genial, sensual. Fumando espero al hombre a quien yo quiero...” Levanté el pick-up de la vieja fonola y lo dejé a un costado. Era la tercera vez que intentaba escuchar ese disco que encontré en la bandeja. Se ve que Lola había hecho lo mismo, porque el aparato estaba tibio aún, pero ella no estaba. Es raro, habíamos combinado para esa hora. ¿Se habría confundido de cliente? Por puro instinto llegué hasta el ventanal y corrí el cortinado. En la penumbra de la calle pude distinguir a un tipo flaco y reseco que miraba hacia el balcón. Se subió la solapa del abrigo y se esfumó. Volví hasta el centro de la habitación, levanté los ojos, vi el guardarropa. Di un salto y lo abrí. Lola cayó blandamente entre mis brazos. Sus bucles dorados no alcanzaban a tapar el agujero negro que tenía en la frente.



## NOCHE CALUROSA

*Roberto Firpo*
*Instrumental, 1924*

A las seis de la matina, cansada de la milonga, vuelve Carmencita al barrio con su sombra plegada bajo el brazo. En la esquina de Boyacá y Centenera la libera momentáneamente para hacer unas piruetas que para qué te cuento, ante el asombro de Garófalo que corre para no perder el tren, dos canas que boludean, y la mujer de Lorenzo que lleva el nene a la escuela. Giran abrazadas hasta que ella se quita la falda de raso. Cuando parece que viene lo mejor, la sombra la cubre y se la lleva. Con semejante verano, ¿que podías esperar?

## EL ESPIANTE

*Osvaldo Fresedo*
*Instrumental, 1927*

El tren avanzaba a toda velocidad. La bestia de hierro resoplaba escupiendo pelotas de humo negro hacia el cielo indiferente. Al llegar a la estación, la súbita frenada hizo crujir el acero en interminable chirrido. Se arrojó por la puerta para ser el primero en bajar y se abrió paso como pudo entre la multitud de parientes que se apretujaban a la espera de los viajeros. Con empellones y codazos pudo alcanzar un taxi.
Una vez dentro y a salvo, se limpió la sangre de la boca, a él también lo habían golpeado. Como una exhalación llegó a Playa Bristol, y mientras corría locamente hacia el mar se quitó la ropa y se ajustó el pato de goma a la cintura. Tras la zambullida inicial, el vaivén de las olas logró por fin calmarlo.

# LOS SECRETOS QUE DESCUBRÍ SOBRE EL AMOR MIRANDO COMEDIAS ROMÁNTICAS

Por **Melania Stucchi**

*desde Barcelona*

**¿Las comedias románticas mienten? ¿Qué pueden enseñarnos sobre el amor Cary Grant y Katherine Hepburn? ¿O Meg Ryan y Kevin Kline? La escritora Melania Stucchi, que recibió gran parte de su educación sentimental a través de la gran pantalla, ensaya varias respuestas a estos y otros interrogantes.**

**Primer acto**

Nos conocemos hace tres horas. Estoy en Barcelona, en una disco que se llama Karma, situada en la Plaza Real. Es viernes a la noche. Él es catalán; yo, argentina. Llegué hace dos semanas, me voy en un día. Nuestra conversación es fruto de un accidente. Como es torpe (aunque todavía no lo sé) se le cae sin querer un cubata y me mancha el vestido. Me pide disculpas de todas las formas posibles y yo le hago el jueguito de hacerme la ofendida, de que va a tener que pagarme la tintorería, de que es el único vestido bueno que tengo, y me río.

A las tres horas estamos caminando para su casa. No hay tiempo para una segunda cita. Nos besamos un rato y, en confesión realista con conocimiento de lo que va a pasar, nos damos cuenta de que ninguno tiene preservativos.

En Barcelona no hay kioscos, o por lo menos yo no los conozco, y estamos buscando una farmacia de turno a las cinco de la mañana. Pienso: este chico la pone poco. Pero como nos divertimos más que si ya estuviéramos en su cama, supongo que está todo bien. En nuestra travesía en busca del condón de la felicidad vamos hablando de series. Somos fanáticos de *The Sopranos*, le digo que justo el día antes de viajar di una clase sobre Tony Soprano y el mapa de personajes de la primera temporada. Me cuenta que vio *Okupas*, la serie argentina, que le gustó mucho. Me resulta extraño. Que conozca a Cortázar es normal, que hable de cronopios y famas o de la Maga no me sorprende. Pero, ¿cómo llegó a *Okupas*? Por Espoiler, el blog de Casciari. Para cuando encontramos la farmacia ya descubrimos que los dos vimos todas las temporadas de *Curb your enthusiasm*, entre otras tantas pequeñas coincidencias que, una semana después en Buenos Aires, cuando me dé cuenta, se volverán perturbadoras.

La despedida al día siguiente es normal. Somos personas racionales del siglo veintiuno, no creemos en el amor a primera vista. Me pide alguna forma de quedar en contacto. Le paso el facebook, me agrega, nos damos un pico y me dice que se alegra de que se le haya caído el cubata. Aclara que no literalmente. Sí, ya entendí.

Entonces, estoy en Buenos Aires. Y él sigue en Barcelona, claro. Nos mandamos algunos mails. Me cuenta que descubrió que frente a su casa hay una farmacia abierta las veinticuatro horas. Le digo que en nuestra frase, en lugar de París, podremos decir que siempre tendremos una farmacia de turno. Hablamos seguido, pero él siempre es reservado, correcto, no demuestra sentimientos. Cada nuevo mail es un desafío para conquistarlo. Contarle una historia que lo seduzca. Me empiezo a sentir como una Scheherazade de la era tecnológica. De a poco —con palabras, un océano en el medio y la conjunción de un catalán serio y meticuloso que calcula sus riesgos y esto que soy yo— algo se va formando.

Hasta que encuentro un plan. Voy a volver Barcelona, pero no por él. No directamente. Si le digo eso, se muere antes de que llegue a subirme al avión. Voy a inventar que Casciari me pidió un texto para su revista, voy a decirle que me llamó para que escribiera una historia (de amor, por ejemplo) y con eso voy a tener una excusa para ir. Y cuando se lo cuente va a alucinar, le va a parecer una historia hermosa. Perfecto. Un plan redondo. ¿Cómo? ¿Que es muy hiperbólico que Casciari me pida una historia de amor, por ejemplo, y que para eso tenga que viajar a Barcelona solo como excusa para tener una segunda cita? ¿Que la gente normal lo que hace es mandar un mensaje de texto, un mail? ¿En serio? ¿Tan aburridos? Pero estamos hablando de amor, ese sentimiento que mueve al mundo, que nos hace trascender, que nos da energía para todo lo demás. ¿No importa? ¿Que en lugar de mandar un mensaje de texto la gente llama desde un teléfono anónimo para asegurarse de que del otro lado atiendan? ¿De verdad? Pobres, ellos se lo pierden.

El plan está en marcha.

**Segundo acto**

Si de verdad tuviera que escribir un texto para Orsai (de amor, por ejemplo), tendría que empezar desde el principio. Porque, ¿qué sé del amor? Como dijo Hemingway o Carver o alguno de ellos: escribe solo sobre lo que sepas. Empiezo por indagar en mi corazón, apelo a la famosa memoria emotiva de Stanislavsky.

A los catorce años fui por primera vez de vacaciones sin mis padres, con dos compañeras de colegio. Íbamos custodiadas por la madre de una de ellas, pero fue lo más cercano a una fiesta estudiantil por aquellos días. El destino: San Clemente. Lo sé, poco glamour. Podría cambiarlo por Villa Gesell, que tiene un poco más de onda. Pero no, fue San Clemente. Ese fue el escenario en donde sucedió lo que viene a continuación en mi recuerdo.

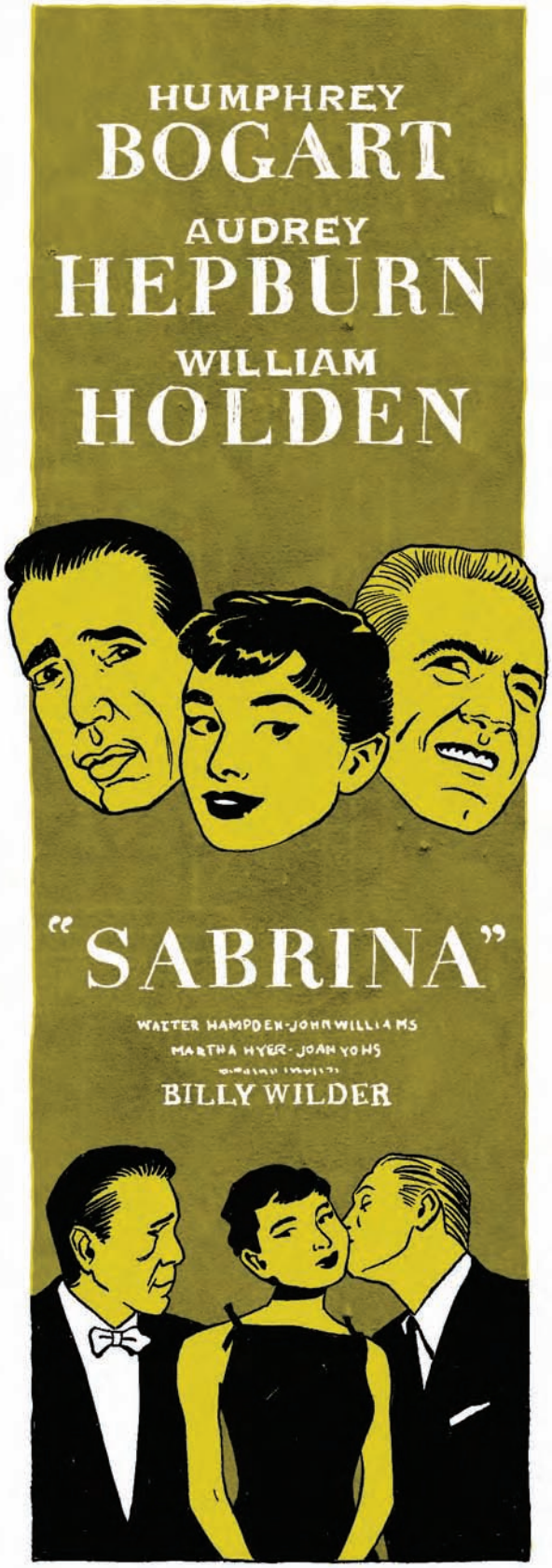
Estábamos en un pub, un cuarentón de rulos hacía covers de Vox Dei y Sui Generis (sí, seguimos sin glamour). Aparecieron tres flacos, medio jipones, medio rockeros. Se sentaron con nosotras y, después de unas cervezas, nos sacamos una foto, los seis juntos. Cuando el show terminó cada una se fue con el suyo. A mí me tocó Diego. En el camino nos dimos besos entre los médanos y me tocó una teta. En esa época yo era virgen hasta de tocada de teta. Después me acompañó hasta la puerta de mi casa y nos despedimos hasta nunca. Cinco meses después, aburridas en una clase de biología, mirábamos la foto de aquel encuentro. Mañana nos rateamos y vamos a buscarlos, les dije. Sabíamos que se llamaban Diego, Leonardo y Gustavo. Sabíamos que vivían en Morón. No sabíamos nada más: ni apellidos, ni calles, ni escuelas. Por si alguien no lo sabe, Morón tiene, según datos del censo, trescientos veinte mil habitantes, aproximadamente.

En efecto, al día siguiente no entramos a la escuela: nos tomamos el tren. Una hora después bajamos en la estación Morón. Foto en mano, empezamos a preguntarle a la gente si conocía a esos chicos. El tercer flaco al que le preguntamos nos miró, asombrado, y nos dijo: "sí, claro, Dieguito, Leo, Gus" y nos dejó un teléfono. A las dos semanas nos juntamos todos en un bar de Ramos Mejía.

Si la vida tuviese algún sentido predeterminado, después de semejante emprendimiento y mayor obra del azar objetivo, solo quedaba que Diego fuera mi alma gemela. Pero no. Resultó ser un tarado. De hecho, me fui en la mitad del reencuentro con alguna excusa, como que no me dejaban salir hasta muy tarde en época de clases (las ventajas de tener quince años).

A partir de ahí emprendí miles de acciones delirantes en nombre del amor: me anoté en un curso de filosofía del lenguaje solo para conquistar al profesor; me sometí a un tratamiento con vendajes y calor para combatir la celulitis, convencida de que un amigo no se me declaraba porque estaba gorda, cuando, en realidad, se trataba de que era gay; me convertí en actriz para representar una obra en donde trabajaba un compañero de facultad. Sí, es verdad, hice muchas locuras. Incluso viví diez años con un hombre, enamorados y felices, creyendo que el amor era para toda la vida. Pero, otra vez, no. Y, con esto, llegamos a Barcelona, una vez más, al comienzo de esta historia.

¿Qué sé del amor? A esta altura, la memoria emotiva, más que ayudarme a la concentración, me quemó el pecho. Nada mejor que una cerveza y una película para cuando llega la angustia. ¿Será por culpa de tantas historias que uno ve en el cine? Miles y miles de romances que te educan sentimentalmente. ¿Nunca sintieron que estaban besando como lo hace uno de sus personajes preferidos? Tal vez, es eso lo que tengo que hacer: un repaso por las comedias románticas para ver qué enseñan sobre el amor. Nada de melodramas. Quiero saber sobre amores que funcionan, de los que tienen un final feliz. De acuerdo, ese será el siguiente paso: ¿qué verdades secretas guardan esos mundos de fantasía? ¿Alguien dice que las comedias románticas mienten? Veamos.




**Lección 1**

Empiezo con una de las mejores, un clásico: *Bringing up Baby* de Howard Hawks, con Cary Grant y Katharine Hepburn. Conocida en Argentina como *Mi adorable revoltosa* y, en España, como *La fiera de mi niña*.

David (Cary Grant) es un paleontólogo con la vida estoicamente estructurada: se va a casar con su secretaria (más rígida que él) y acaba de recibir el último hueso que le faltaba para armar el esqueleto de un gigantesco brontosaurio (esa es su máxima felicidad el día previo a la boda). Esa misma tarde aparece Susan, niña rica, impulsiva y excéntrica, pero divertidísima, que no hace más que meterlo en problemas, como impedir que llegue a la boda o perder el famoso hueso del brontosaurio.

Hasta acá, el planteo básico de cualquier comedia romántica: chica y chico con personalidades opuestas se cruzan por algún hecho fortuito y tienen que pasar una temporada juntos a pesar de que no quieran. Puede ser que tengan que trabajar en equipo o que les convenga estar juntos por algún motivo externo. Al principio no se soportan, se molestan, se pelean, muchas veces tienen que fingir llevarse bien, se lastiman. Pero cuando llega la liberación —es decir, cuando ya no hay nada que los obligue a estar juntos— comprenden que se enamoraron y corren al encuentro del otro. La hipótesis es: el amor verdadero sucede entre opuestos que se complementan.

Sin embargo, hay algo en *Bringing up Baby* que se diferencia de las reglas del género. Susan sabe desde el primer momento que está enamorada de David. Por lo tanto, en el final de la historia, Susan no sufre ninguna transformación. Al contrario, lleva al límite su personalidad: balanceándose de felicidad, porque finalmente él reconoce que la ama, tira abajo el esqueleto del brontosaurio al que David le dedicó cinco años de trabajo.

Lo que aprendí con *Bringing up Baby*: el amor nunca es calma. ¿El amor *nunca es calma*? Bueno, en principio no es comodidad. Llega, te rompe lo que armaste con cuidado durante años, te saca de tu eje, te enerva, y logra que hagas cosas que estaban en vos, pero que todavía no conocías. Pero, entonces, ¿es una pesadilla? Y… depende de cómo se mire, pero para amar hay que cruzar el límite, salirse de uno mismo.

No veo nada falso en este descubrimiento. Podría ponerme irónica, pero de esa forma cualquier afirmación se volvería ridícula. Mejor, por ahora, pasemos a la siguiente lección.

**Lección 2**

Sigo con los clásicos. Ahora es el turno de *Sabrina*, de mi amado Billy Wilder, con Audrey Hepburn, Humphrey Bogart y William Holden.

Los Larrabee son una familia de dinero. El hijo mayor, Linus, frío y aburrido, es egresado de excelencia de Yale y un experto en finanzas. El menor, David, atractivo, sexy y encantador, pasó por las mejores universidades del Este durante períodos de tiempo cortos, y por varios matrimonios de períodos de tiempo aún más cortos. Sabrina, la hija del chofer de la familia, hace años está enamorada de David, por supuesto. Su padre, cansado de verla sufrir, decide mandarla a París para que aprenda a cocinar y a olvidar el sueño de alcanzar la luna (una metáfora paterna para decir que David es imposible para ella). Por suerte, en París Sabrina se encuentra con el Barón de Saint Fontanel, un señor de setenta y cuatro años que le enseña a transformarse en una mujer. El Barón comienza así su primera conversación con Sabrina:

¡Una mujer felizmente enamorada, quema el suflé. Una mujer tristemente enamorada, se olvida de encender el horno. ¿Tengo razón?

¡Sí. Pero intento curarme.

¡¿Por qué curarse? Habla del amor como si hablara de un catarro.

¡Ni siquiera sabe que existo. Es pretender alcanzar la luna.

¡¿La luna? ¡Oh, ustedes las jóvenes son tan anticuadas! ¿No lo sabe? Se construyen cohetes para llegar a la luna.

(¡Qué diálogos que escribía Billy Wilder! Recordemos que la película es de 1954.) Sabrina se transforma en una mujer sofisticada que a su regreso puede seducir a David. Pero, en el camino de la conquista, comprende lo que sucedió. Primero, lo intuye asombrada; luego empieza a entenderlo y, por último, lo asume: no es David a quien quiere, sino a su hermano mayor, Linus. David es una imagen, alguien con quien le gusta imaginarse en la foto. Pero, en la realidad, cuando decide *vivir en lugar de observar la vida* descubre que es Linus con quien desea estar, es decir, su amor verdadero.

Lo que aprendí con *Sabrina*: existe una diferencia entre lo que creemos que queremos y lo que de verdad queremos. ¿Cómo se descubre esa diferencia? Viviendo.

Hawks y Wilder, decididamente: cómo me gustaría ser un personaje de ellos.

**Lección 3**

Paso a un clásico de los noventa: *French Kiss*, de Lawrence Kasdan, con Meg Ryan y Kevin Kline.

Kate (Meg Ryan) tiene todo bajo control. Es una chica organizada, ha ahorrado toda su vida para comprar su casa, *hogar dulce hogar*; mide los riesgos, conoce las ventajas. Pero hay algo que no calcula: su futuro marido la abandona para irse a Francia detrás de una francesa que explota sensualidad. Entonces Kate, que nunca se da por vencida, decide ir detrás de él, pese a su aversión por los aviones. Así conoce a Luc (Kevin Kline) un francés bruto, impulsivo y ladrón. La pobre Kate tiene que viajar y perder y perder (llega a París y un amigo de Luc le roba el bolso, el dinero, el pasaporte). Y tiene que reconquistar a su exfuturo marido para después elegir perderlo. Y tiene que dilapidar los ahorros de toda su vida (para ayudar a que Luc no termine en la cárcel) para descubrir el verdadero amor.

Lo que aprendí con *French Kiss*: para amar, primero, hay que perder.

**Lección 4**

Me pongo más moderna y me voy de un salto a uno de los mejores directores contemporáneos: Paul Thomas Anderson. La película: *Punch Drunk Love*, con Adam Sandler y Emily Watson. Conocida en español como *Embriagado de amor*.

¿Es una comedia romántica? Yo creo que lleva el género a un extremo poético y bizarro. De eso también va la visión del amor que plantea.

Barry Egan (Adam Sandler) es un chico raro que siempre lleva un traje azul. Trabaja en una empresa de artículos para baño y junta millas de vuelo a cambio de budines que compra en el supermercado.

Es probable que el noventa y nueve por ciento de las chicas puedan mirarlo raro y rechazarlo por excéntrico. Excepto Lena Leonard (Emily Watson) que finge un encuentro casual solo porque vio su foto y le gustó. En la primera cita, él va al baño y vuelve con la mano ensangrentada. Unos minutos después, el encargado se acerca a la mesa y les pide que se retiren. Lo acusan de haber roto el grifo. Y él lo niega, con la mano sangrando a la vista de todos. Es que Barry, criado entre siete hermanas (que lo torturan y le piden y le exigen y le preguntan) es un chico con problemitas. Pero Lena se enamora y le expresa sus deseos en la cama: "quiero comerte los ojos". Entonces,

Barry se vuelve fuerte, puede enfrentar lo que sea porque "ahora tiene un amor en su vida".

Lo que aprendí con *Punch Drunk Love*: en el amor no se trata de ser lindo o inteligente o popular. Cada cual tiene su propio match, no importa la rareza que tengamos. O como diría mi abuelo: siempre hay un roto para un descosido.

**Lección 5**

Tengo que elegir la última. Qué difícil. Hay tantas que son maravillosas. Y muchas que son malísimas, lo sé. Para concluir, una que también rompe un poco con el género. Termina mal. ¿Termina mal? La pareja se separa, pero no creo que termine mal. Veamos. *Annie Hall*, de Woody Allen, con Woody Allen y Diane Keaton.

Alvy conoce a Annie, se enamoran y él la moldea como un pigmalión neoyorkino, intelectual y neurótico. Hasta que Annie, transformada, decide abandonarlo para irse a Los Ángeles. Alvy, angustiado, sale con otras mujeres e intenta hacer con ellas lo mismo que hacía con Annie: las salidas, los chistes, los juegos en casa. Pero cuanto más intenta copiar esos momentos, más siente el vacío de la ausencia. En el final, Alvy se despide amistosamente de Annie, mientras su voz en off dice: "Y me acordé de aquel viejo chiste, ya saben, el del tipo que va a ver al psiquiatra y le dice: 'Doctor, mi hermano se ha vuelto loco. Se cree que es una gallina'. Y el médico le contesta: 'Bueno, ¿y por qué no hace que lo encierren?'. Y el tipo le replica: 'Lo haría, pero es que necesito los huevos'. En fin, yo creo que eso expresa muy bien lo que siento acerca de las relaciones entre las personas, ¿saben? Son completamente irracionales, disparatadas, absurdas... Pero creo que las seguimos manteniendo porque la mayor parte de nosotros necesitamos los huevos".

Lo que aprendí con *Annie Hall*: en la película, Alvy escribe una obra de teatro en la que Annie, en lugar de irse a Los Ángeles, se queda en Nueva York porque comprendió que lo ama. Es decir, si la historia en la vida real sale mal, siempre se podrá contar una versión feliz en una comedia romántica.

Se trata de mantener la ilusión.

**Tercer acto**

Dos meses después, a Melania le sellan la entrada en el Prat. En el aerobús hacia Plaza Catalunya repasa la lista de todo lo que aprendió. Siente como si pudiera verse a sí misma, mientras se le caen las maletas bajando del bus. Trajo demasiada ropa.

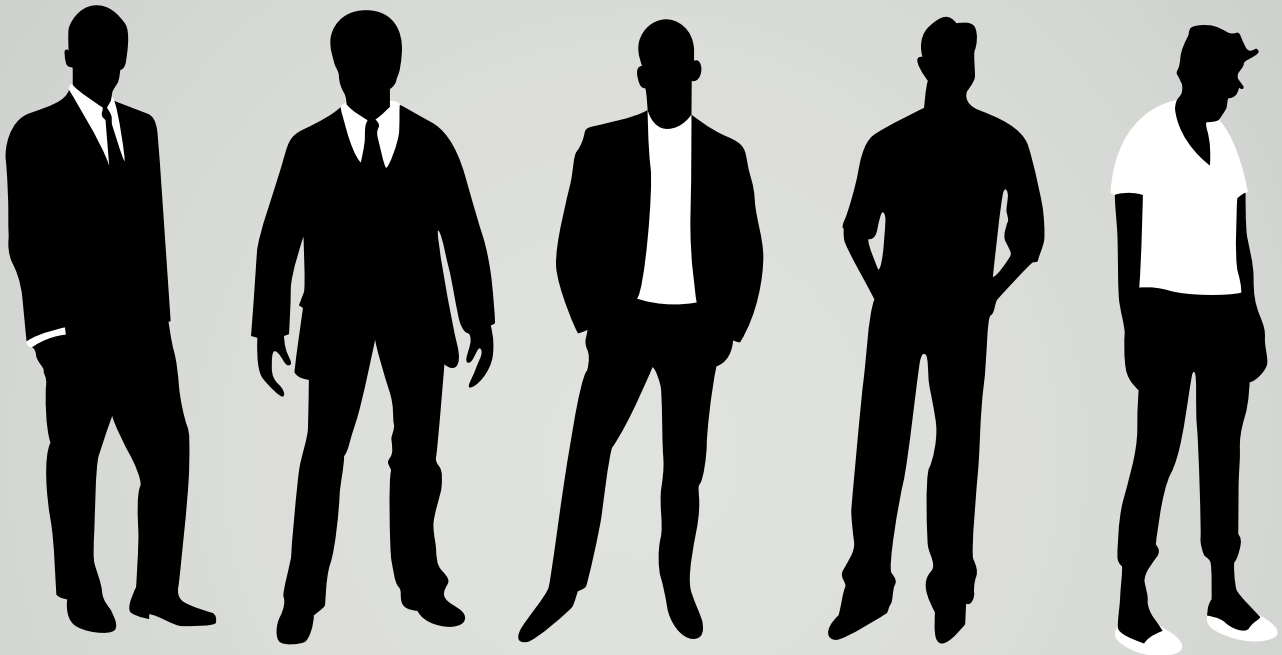
Una vez en la habitación podría proponerle a su catalán volver a encontrarse en el Karma, pero elige algo más simple. Le manda un mensaje: "Estoy en Barcelona". Él le pide la dirección exacta. Ella se la da. El siguiente mensaje dice: "pues entonces, asómate y saluda". Mira por el balcón: ahí está, parado, frente al edificio, ansioso. Un cliché. Ella baja, apura el paso por las escaleras. Abre la puerta. Se abrazan fuerte, se besan. Fundido a negro.

**Melania Stucchi** (Buenos Aires, 1976.) Guionista, escritora y docente universitaria. Es parte del staff de "El Laboratorio de Guion". Actualmente se encuentra en Barcelona haciendo un Máster en Creación Literaria en la Universitat Pompeu Fabra. @melaniastucchi

Ilustraciones:
**Alejandra Lunik**
@alejandralunik
alejandralunik.blogspot.com

# LA EVOLUCIÓN DE MAD MEN

DE DON DRAPER AL PUBLICISTA ACTUAL



**60's**

MUJERES
DINERO
PODER
CLASE
MÍNIMO ESFUERZO

**70's**

MUJERES
DINERO
PODER
CLASE

**80's**

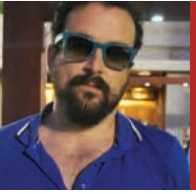
MUJERES
DINERO
PODER

**90's**

MUJERES
DINERO

**00's**

INTERNET





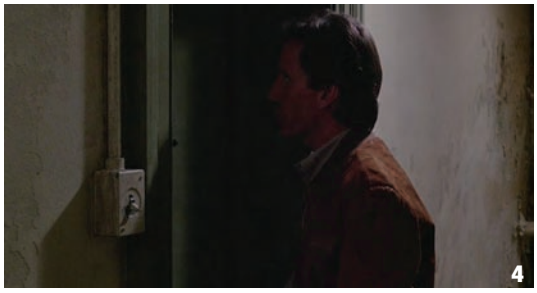
Por **Nacho Vigalondo**

# VIDEODROME

1

2

3


4

5

6

# (DAVID CRONEMBERG, 1982)

**Recuperamos una de las secciones más emblemáticas del célebre blog de Nacho Vigalondo, tristemente clausurado por el diario El País. El director de cine nos relata, minuciosamente, las mejores escenas de sus películas favoritas. Empieza con «Videodrome», el film escrito y dirigido por David Cronemberg.**

A qué llamamos misterio en una película? Está, por supuesto, el misterio de la propia trama, el que agita a los personajes, ya sea un caso a resolver o un enigma sin fin. También podríamos pensar en el misterio exclusivo para el espectador. Hablo de interrogantes explícitos, como el resplandor en el maletín de *Pulp Fiction* (Quentin Tarantino) o el zumbido en la cajita de *Belle de Jour* (Luis Buñuel).

Otros misterios para el espectador son opcionales, como sucede cuando un elemento en pantalla conlleva una naturaleza simbólica que se nos escapa. ¿O acaso no son un misterio en sí mismas las avellanas de *L'argent* (Robert Bressón), las bellotas de *Anticristo* (Lars von Trier) o el camión de basura en mitad de la noche que cierra *Once Upon a Time in América* (Sergio Leone)?

En todas las modalidades de enigma cinematográfico que hemos planteado hay un denominador común: la voluntad del autor. En todos esos casos el interrogante ha sido diseñado por alguien que, en algunas ocasiones, también ha concebido una respuesta.

Pero vamos a dar un paso más allá, ataquemos la modalidad más extraña de misterio que jamás podamos encontrar en una película, aquella cuyo interrogante es tan grande que abarca la propia autoría del misterio. Tan grande que nos cuesta enfocar la pregunta.

Recordemos *Videodrome*, la genial película que, en el mismo año que *Blade Runner*, demostró que para vislumbrar el futuro no era necesario imaginar sombrías ciudades superpobladas. Bastaba con plantar una fila de mendigos en una calle de Toronto haciendo cola para recibir un chute de rayos catódicos (y quien dice rayos catódicos, dice ADSL).

En el relato de las desventuras de Max Renn (James Woods) el impacto de algunas imágenes es tan intenso que difumina el recuerdo de la trama. Esto no tiene por qué ser un defecto. De hecho ayuda a que la revisión sea mucho más viva que la de las películas que nos sabemos de memoria. Uno recuerda con fuerza instantes tan poderosos como el televisor que respira, el estómago-vagina, la pistola de tripas, el brazo masticado con forma de cabezal magnético, el horripilante número musical que anuncia ¡una nueva línea de gafas graduadas! Y mientras disfrutamos cómo la película desgrana todos esos momentos, como en un recuento de cromos, nos volvemos a asombrar con una trama que empieza como un relato de espionaje industrial y conspiraciones sadomasoquistas, y deriva en una pesadilla subjetiva que acaba pegándose un tiro a sí misma. De todos modos nunca deja de perder la firmeza de un engranaje en el que todas las piezas parecen tener una función imprescindible.

Pero vayamos al minuto cincuenta y cuatro. Max Renn, tras un visionado intensivo de Videodrome, un programa de televisión donde se practica una extraña modalidad de pornografía snuff, sufre un redoble de alucinaciones. Llega al punto de no saber a ciencia cierta si en su propia cama yace el cadáver estrangulado de una compañera de trabajo. Aterrado, llama por teléfono a su amigo Harlan (Peter Dvorsky), el técnico que descubrió por casualidad el canal que emite Videodrome y que ha grabado los programas para él.

Harlan acude en mitad de la noche. Mira bajo las sábanas y tranquiliza a Max. Allí no hay ningún cuerpo. Max, lejos de tranquilizarse, se desespera por comprobar cuanto antes si el origen de sus delirios está en el influjo de Videodrome.

—¿Grabaste más programas de Videodrome anoche? —pregunta.

—Sí, hubo transmisión.

—Te veo en el laboratorio dentro de una hora.

—Si ni siquiera son las siete...

Max insiste en chequear cuanto antes las últimas emisiones de Videodrome, y le promete a Harlan que después le dará explicaciones. Abre la puerta y se dispone a despedirle, como se ve en la imagen número uno.

—¿Quieres un café? —Max se interrumpe—. No, mejor nos vemos dentro de una hora.

¿Por qué la insistencia en citarse con su amigo en un lapso tan corto, en vez de ir juntos al laboratorio? La sospecha inmediata es que Max necesita separarse de Harlan por alguna razón. ¿Necesita reflexionar? ¿Contarle a alguien más los últimos acontecimientos? ¿Quiere mirar otra vez debajo de las sábanas?

La siguiente secuencia (pasemos a la imagen número dos) nos muestra a Max caminando, vestido, por una calle. Ya es de día. Un rótulo en el edificio nos confirma que ha llegado a las oficinas de la emisora donde trabaja. Entra por la puerta principal, atraviesa un descansillo y baja por unas escaleras, como se observa en la imagen número tres.

El edificio está vacío. Max alcanza un piso in-

ferior, avanza por un pasillo estrecho y lóbrego. En la imagen número cuatro lo vemos frente a una puerta. Llama y espera. Quien abre es… ¡Harlan!, tal como lo prueba la imagen número cinco.

La caminata a la que hemos asistido ha durado treinta segundos, intuimos que ambos personajes han llegado allí casi a la vez. Lo curioso es que Max no tenía motivo para separarse de Harlan. O no lo tenía, o no nos lo han contado.

Cuando escribimos un guion debemos tener muy claro que cada acontecimiento esté guiado por dos impulsos bien definidos, que tienen que satisfacerse por separado. Por un lado los "por qué", los más evidentes, los que aluden a la lógica del relato que percibe el espectador. Ya sabemos: el héroe esquiva la bala porque tiene unos reflejos excepcionales. Por el otro los "para", los que remiten a la trastienda del guion, a las necesidades conscientes del autor: mejor cuanto más invisibles para el espectador. El héroe esquiva la bala para que no se nos acabe la película antes de tiempo.

Si continuamos viendo la secuencia del laboratorio asistimos a uno de los cientos de giros sorpresa de esta película. Harlan le confiesa a Max que desde un principio le ha estado engañando. Videodrome no era una señal descubierta al azar, lo que le ha estado proporcionando son cintas diseñadas con la intención específica de alterar su mente, su percepción de la realidad. Todo ha sido orquestado en la sombra por un estrambótico líder carismático llamado Barry Convex (Leslie Carlson) que, como muestra la imagen número seis, ¡hace acto de presencia!

Ya podemos advertir el "para" detrás de la extraña bifurcación de caminos de Max y Harlan. El Cronemberg guionista necesitaba separar a los personajes, justificar que Harlan se pusiese en contacto con Barry y ambos acordasen la confesión del engaño. Y la aparición sorpresa.

Pero un "para" nunca justifica un "por qué". Todavía no tenemos la menor idea de por qué Max insiste en quedarse solo en su apartamento y acudir solo a la oficina. Sería lógico pensar que quizás nos encontremos ante una secuencia recortada en el montaje definitivo. No sería la primera vez que una secuencia eliminada deja rastros en las que sobreviven. Hasta donde he podido escarbar, ninguna de las numerosas secuencias eliminadas de *Videodrome* cubre ningún hueco en este punto.

Si aquí ha habido un corte, ¿qué sentido tiene mantener los treinta segundos de caminata en el montaje, sin información añadida, sin tensión dramática? Dios me libre de criticar los tiempos muertos en un largometraje, recurso que muchos directores han llevado a la máxima exquisitez. Sin ir más lejos, Cronemberg ha sabido mantener la solemnidad de las formas hasta en sus películas más disparatadas. Pero rara vez hemos visto secuencias superfluas en películas pertenecientes a esta etapa de su carrera, como *The Dead Zone* o *The Fly*. En cualquier caso no hace falta revisar la carrera de Cronemberg, estos treinta segundos de paseo no son una anomalía violenta en la película (la he visto en muchas ocasiones sin detectarla), pero es un extrañísimo abandono de la lógica narrativa más elemental que no cuadra con el resto.

Otro punto que aumenta la intriga: si bien los escenarios que limitan este segmento de la película —el apartamento de Max y el laboratorio de Harlan— son espacios recurrentes durante todo el metraje, los espacios que Max ha atravesado en su deambular o aparecen en esta única ocasión (la calle, las escaleras, el pasillo inferior) o se repiten en otro momento con una iluminación distinta (el descansillo). En otras palabras, estamos ante secuencias que han conllevado un trabajo exclusivo de desplazamiento del equipo de rodaje, dirección de arte, fotografía. Han supuesto una inversión en tiempo y dinero. ¿Por qué molestarse en filmar cómo un personaje traza un recorrido durante medio minuto para encontrarse con el tipo con el que se acaba de despedir? ¿Estaban estas secuencias ya escritas en el guion? Puede ser… aunque, sobre el papel, los minutos sin utilidad alguna son más fáciles de detectar. ¿Fueron una decisión tomada durante el rodaje? ¿Estamos ante un error, un accidente, un acto de pereza, una imposición, un capricho?

Estamos ante un misterio.

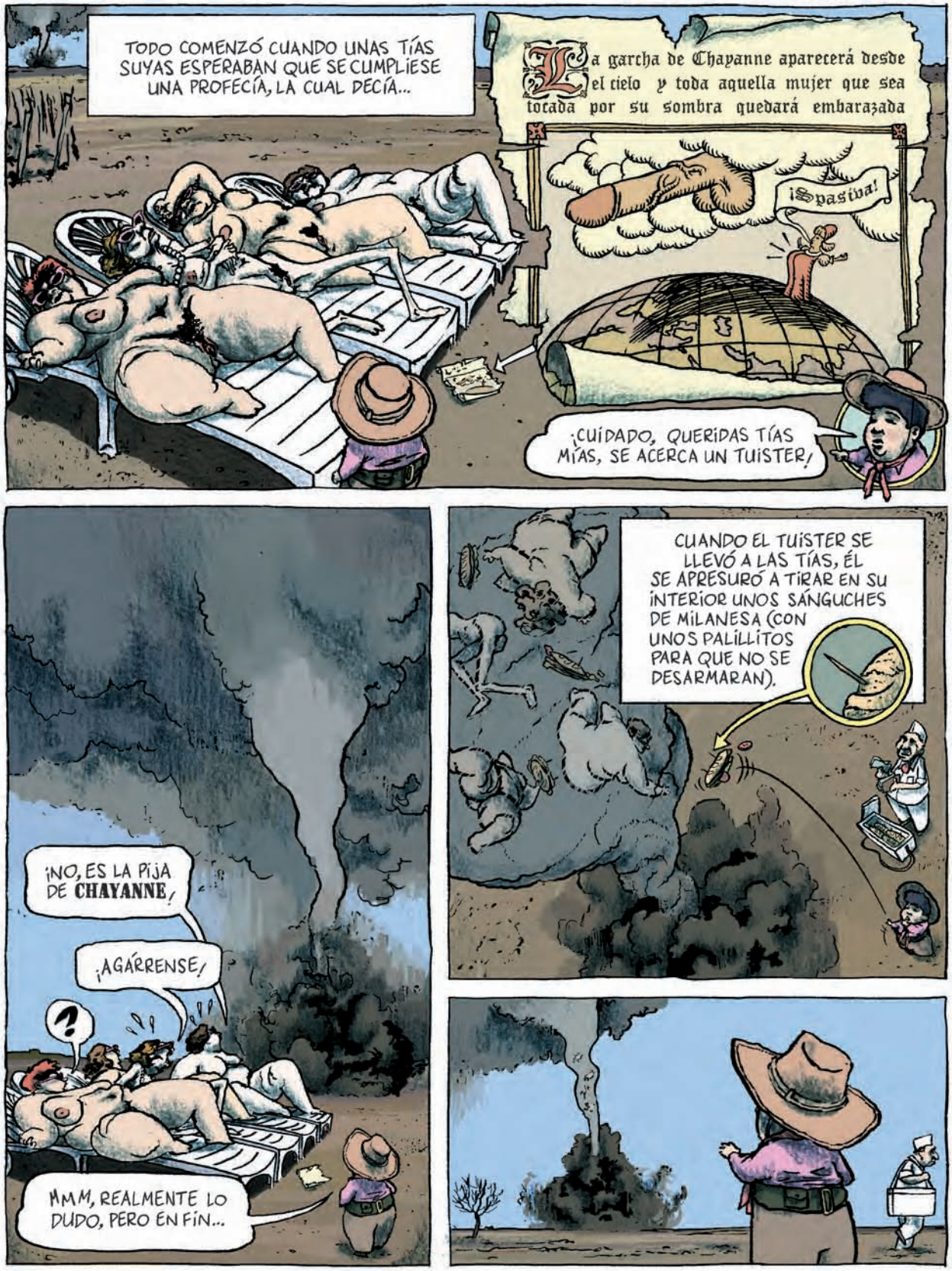
**Nacho Vigalondo** (Cantabria, 1977). Director, actor, guionista, bailarín y cantante. Su cortometraje "7:35 de la mañana" fue nominado a los Óscar en 2004. "Los Cronocrímenes" (2008) y "Extraterrestre" (2011) son sus dos primeros largometrajes, ambos imprescindibles. Ya había colaborado en el N3 de Orsai con una gran crítica a la serie "Breaking Bad". @vigalondo

Fotogramas de apertura: *Videodrome* **(1982)**

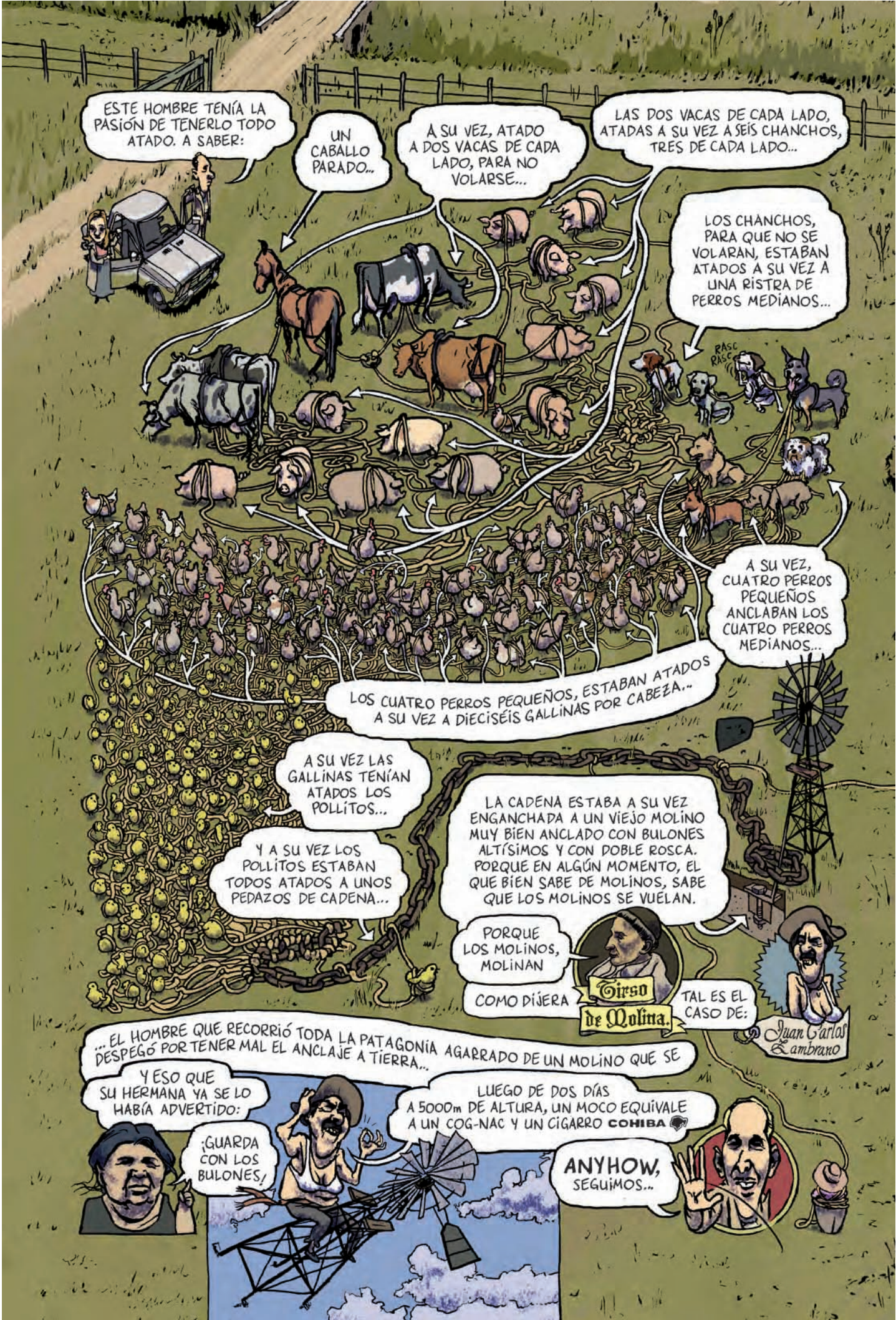
ORIGINALMENTE ESTA HISTORIA ERA ACERCA DE UN HOMBRE QUE...

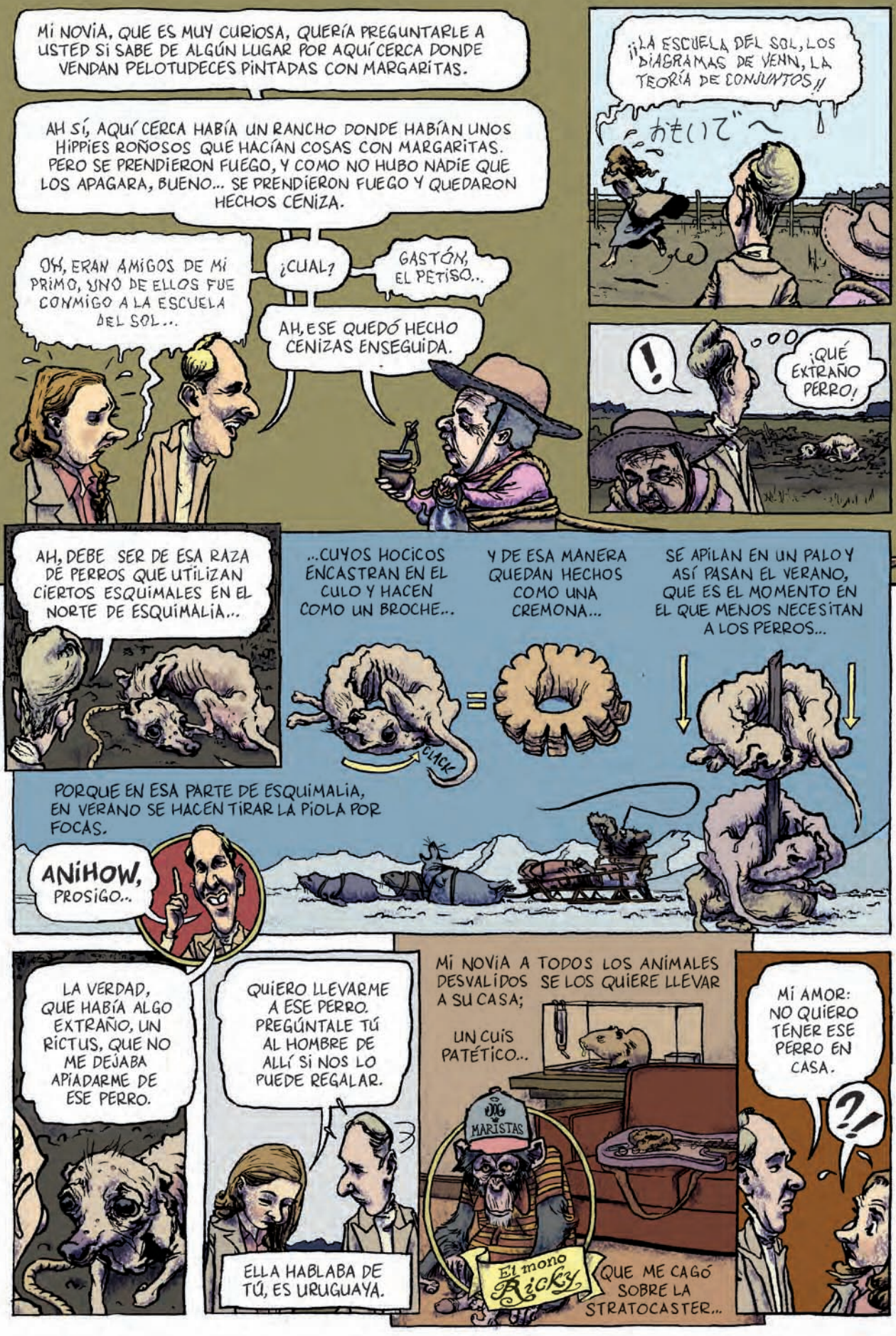
# LO ATABA TODO

Guion: Alfredo Casero
Dibujos: Juan Sáenz Valiente

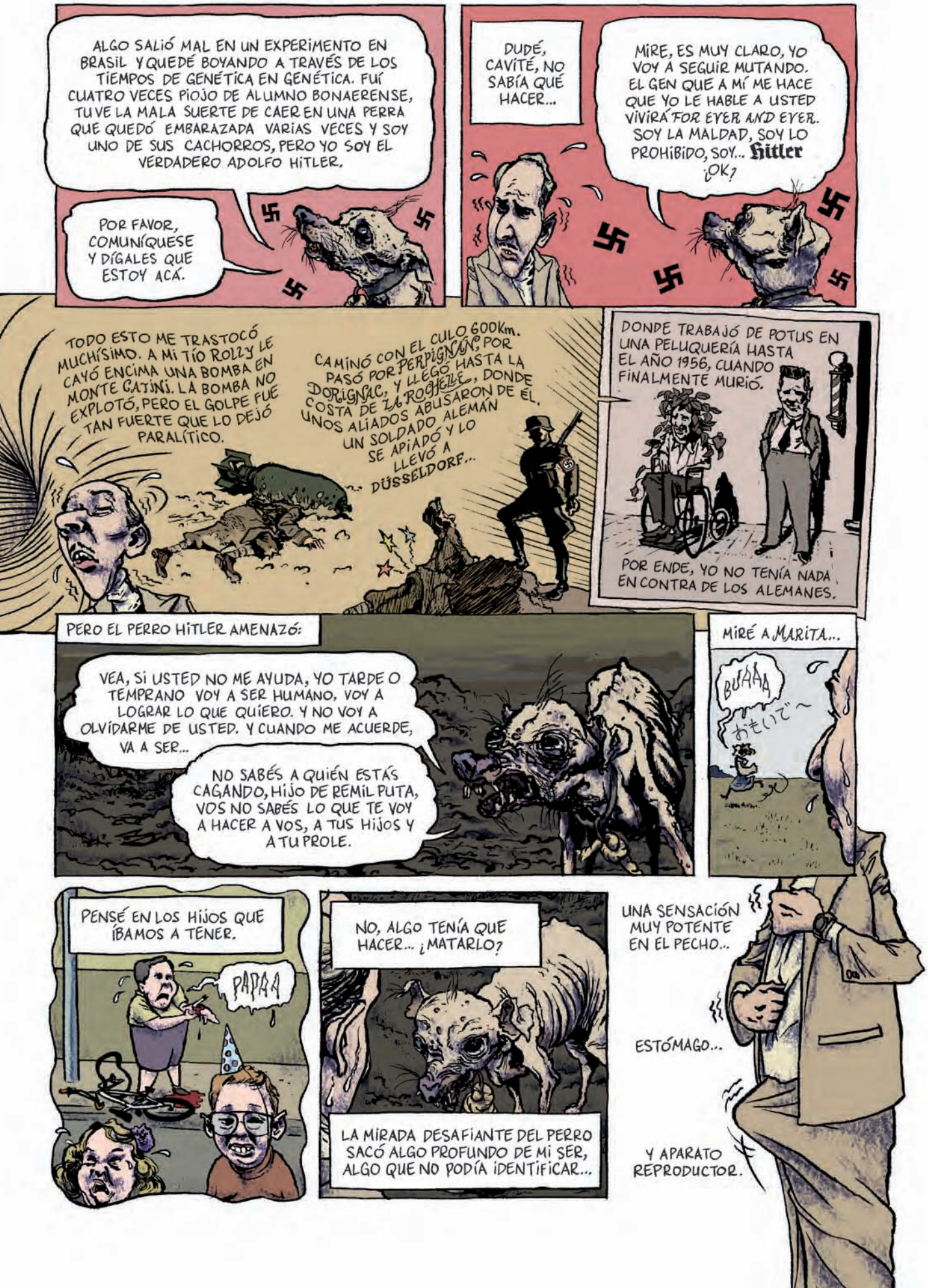


EL TUISTER SE LO LLEVÓ TODO Y EL TIEMPO PASÓ DEJANDO SUS MARCAS PROFUNDAS, LAS CUALES PASO A DETALLARLES...
¡QUERIDAS TÍAS!...
¡QUERIDAS TÍAS!...
POR CIERTO, QUERIDOS AMIGOS, ME LLAMO VICTOR.
YO USO POLERA, PORQUE SOY DE TENER LA GARGANTA MUY, MUY DELICADA.
A VECES RESPIRO EL AIRE DE LA MAÑANA (1), Y AHÍ NOMÁS ESTÁN LOS BRONQUIÓLITOS (2), PARA TAPARSE. ME OBSTRUYEN Y YA COMIENZO CON LOCOS ATAQUES DE ASMA. TODO ESTO POR SER HIJO DE PADRES SEPARADOS (3)...
ANIWAY. PERO LES CUENTO:
LLEGO A ESTE LUGAR POR UNA CORAZONADA DE MI NOVIA Pilly, EN UN HERMOSO 125 QUE TENGO.
EL 125 SE DIFERENCIA DEL 1600 POR SU MOTOR BIÁLBERO. UN MOTOR CON DOBLE ÁRBOL DE LEVAS A LA CABEZA, QUE A MUCHOS QUE NO LE DIERON BUEN MANTENIMIENTO, SE LES CAGABA...
PERO PARA MÍ, QUE SOY UN EX-QUI-SI-TO, ÉSTA ES LA MÁQUINA DE MI VIDA.
ANIWAY, SÍGO...


ESTE HOMBRE TENÍA LA PASIÓN DE TENERLO TODO ATADO. A SABER:
UN CABALLO PARADO...
A SU VEZ, ATADO A DOS VACAS DE CADA LADO, PARA NO VOLARSE...
LAS DOS VACAS DE CADA LADO, ATADAS A SU VEZ A SEÍS CHANCHOS, TRES DE CADA LADO...
LOS CHANCHOS, PARA QUE NO SE VOLARAN, ESTABAN ATADOS A SU VEZ A UNA RISTRA DE PERROS MEDIANOS...
RASC RASC
A SU VEZ, CUATRO PERROS PEQUEÑOS ANCLABAN LOS CUATRO PERROS MEDIANOS...
LOS CUATRO PERROS PEQUEÑOS, ESTABAN ATADOS A SU VEZ A DIECISÉIS GALLINAS POR CABEZA..
A SU VEZ LAS GALLINAS TENÍAN ATADOS LOS POLLITOS...
Y A SU VEZ LOS POLLITOS ESTABAN TODOS ATADOS A UNOS PEDAZOS DE CADENA...
LA CADENA ESTABA A SU VEZ ENGANCHADA A UN VIEJO MOLINO MUY BIEN ANCLADO CON BULONES ALTÍSIMOS Y CON DOBLE ROSCA. PORQUE EN ALGÚN MOMENTO, EL QUE BIEN SABE DE MOLINOS, SABE QUE LOS MOLINOS SE VUELAN.
PORQUE LOS MOLINOS, MOLINAN
COMO DIJERA
Tirso de Molina.
TAL ES EL CASO DE:
Juan Carlos Zambrano
...EL HOMBRE QUE RECORRIÓ TODA LA PATAGONIA AGARRADO DE UN MOLINO QUE SE DESPEGÓ POR TENER MAL EL ANCLAJE A TIERRA..
Y ESO QUE SU HERMANA YA SE LO HABÍA ADVERTIDO:
¡GUARDA CON LOS BULONES!
LUEGO DE DOS DÍAS A 5000m DE ALTURA, UN MOCO EQUIVALE A UN COG-NAC Y UN CIGARRO COHIBA
ANYHOW, SEGUIMOS..


MI NOVIA, QUE ES MUY CURIOSA, QUERÍA PREGUNTARLE A USTED SI SABE DE ALGÚN LUGAR POR AQUÍ CERCA DONDE VENDAN PELOTUDECES PINTADAS CON MARGARITAS.
AH SÍ, AQUÍ CERCA HABÍA UN RANCHO DONDE HABÍAN UNOS HIPPIES ROÑOSOS QUE HACÍAN COSAS CON MARGARITAS. PERO SE PRENDIERON FUEGO, Y COMO NO HUBO NADIE QUE LOS APAGARA, BUENO... SE PRENDIERON FUEGO Y QUEDARON HECHOS CENIZA.
OH, ERAN AMIGOS DE MI PRIMO, UNO DE ELLOS FUE CONMIGO A LA ESCUELA DEL SOL...
¿CUAL?
GASTÓN, EL PETISO...
AH, ESE QUEDÓ HECHO CENIZAS ENSEGUIDA.
¡¡LA ESCUELA DEL SOL, LOS DIAGRAMAS DE VENN, LA TEORÍA DE CONJUNTOS!!
おもいで〜
!
¡QUÉ EXTRAÑO PERRO!
AH, DEBE SER DE ESA RAZA DE PERROS QUE UTILIZAN CIERTOS ESQUIMALES EN EL NORTE DE ESQUIMALIA...
...CUYOS HOCICOS ENCASTRAN EN EL CULO Y HACEN COMO UN BROCHE...
Y DE ESA MANERA QUEDAN HECHOS COMO UNA CREMONA...
SE APILAN EN UN PALO Y ASÍ PASAN EL VERANO, QUE ES EL MOMENTO EN EL QUE MENOS NECESITAN A LOS PERROS...
CLACK
PORQUE EN ESA PARTE DE ESQUIMALIA, EN VERANO SE HACEN TIRAR LA PIOLA POR FOCAS.
ANIHOW, PROSIGO..
LA VERDAD, QUE HABÍA ALGO EXTRAÑO, UN RICTUS, QUE NO ME DEJABA APIADARME DE ESE PERRO.
QUIERO LLEVARME A ESE PERRO. PREGÚNTALE TÚ AL HOMBRE DE ALLÍ SI NOS LO PUEDE REGALAR.
ELLA HABLABA DE TÚ, ES URUGUAYA.
MI NOVIA A TODOS LOS ANIMALES DESVALIDOS SE LOS QUIERE LLEVAR A SU CASA;
UN CUIS PATÉTICO...
MARISTAS
El mono Ricky
QUE ME CAGÓ SOBRE LA STRATOCASTER...
MI AMOR: NO QUIERO TENER ESE PERRO EN CASA.
?!

CONVIVO CON ELLA DESDE EL 4 DE MARZO, FELIZMENTE. NO NECESITO UN PERRO AL CUAL DARLE DE COMER, DARLE UN MONTÓN DE INYECCIONES, GASTAR MUCHÍSIMO DINERO EN VETERINARIOS Y CUIDARLO PARA QUE ME LLENE TODO DE PELOS, ME CAGUE LAS ALFOMBRAS, Y ME VUELVA ABSOLUTAMENTE LOCO PORQUE YO, VIVO FELIZ Y TRANQUILO LIMPIANDO MI AUTOMÓVIL Y ATENDIENDO MI KIOSQUITO DE 24 HS, DE LAS CUALES ESTOY ORGULLOSO DE TRABAJAR 19...
SÓLO DUERMO 5.
POR FAVOR, NO PODÉS SER TAN DESALMADO, NO PODÉS HACERME ESTO. SE PRENDIERON FUEGO MIS AMIGOS HIPPIES, PODRÍA HABER SIDO YO TAMBIÉN UN PEDAZO DE CARBÓN QUE SE MEZCLA EN LA TIERRA HOY, YO TAMBIÉN PODRÍA HABER VENIDO CON ELLOS, YO TAMBIÉN QUERÍA SER HIPPIE.
ALGO NO ME GUSTÓ. YO PENSABA QUE ESA CHICA QUE ESTUDIABA DISEÑO DE INDUMENTARIA, COMO TODAS LAS MUJERES ARGENTINAS DE SU EDAD, IBA A TENER OTRA IDEA PARA LA VIDA... PERO NO, TENÍA UNA ESTEREOTIPADA Y REGULAR PARA UNA MUJER DE SU EDAD.
ERES UN DESALMADO... SNIF
OÍGA...
YO QUERÍA SER HIPPIE
COMUNÍQUESE URGENTEMENTE CON LA EMBAJADA ALEMANA DE MONTEVIDEO.
NO PODÍA SALIR DE MI ESTUPOR (MIREN QUE YO ME ESTUPO SEGUIDO, IMAGÍNENSE EL ESTUPOR QUE TENDRÍA).
?!
PERO... CÓMO... ¿TÚ HABLAS?
SÍ, MI NOMBRE ES...
Adolfo Hitler


ALGO SALIÓ MAL EN UN EXPERIMENTO EN BRASIL Y QUEDÉ BOYANDO A TRAVÉS DE LOS TIEMPOS DE GENÉTICA EN GENÉTICA. FUÍ CUATRO VECES PIOJO DE ALUMNO BONAERENSE, TUVE LA MALA SUERTE DE CAER EN UNA PERRA QUE QUEDÓ EMBARAZADA VARIAS VECES Y SOY UNO DE SUS CACHORROS, PERO YO SOY EL VERDADERO ADOLFO HITLER.
POR FAVOR, COMUNÍQUESE Y DÍGALES QUE ESTOY ACÁ.
DUDÉ, CAVITÉ, NO SABÍA QUÉ HACER...
MIRE, ES MUY CLARO, YO VOY A SEGUIR MUTANDO. EL GEN QUE A MÍ ME HACE QUE YO LE HABLE A USTED VIVIRÁ FOR EVER AND EVER. SOY LA MALDAD, SOY LO PROHIBIDO, SOY... Hitler ¿OK?
TODO ESTO ME TRASTOCÓ MUCHÍSIMO. A MI TÍO ROLZY LE CAYÓ ENCIMA UNA BOMBA EN MONTE CATINI. LA BOMBA NO EXPLOTÓ, PERO EL GOLPE FUE TAN FUERTE QUE LO DEJÓ PARALÍTICO.
CAMINÓ CON EL CULO 600Km. PASÓ POR PERPIGNÁN, POR DORIGNAC, Y LLEGÓ HASTA LA COSTA DE LA ROCHELLE, DONDE UNOS ALIADOS ABUSARON DE ÉL. UN SOLDADO ALEMÁN SE APIADÓ Y LO LLEVÓ A DÜSSELDORF...
DONDE TRABAJÓ DE POTUS EN UNA PELUQUERÍA HASTA EL AÑO 1956, CUANDO FINALMENTE MURIÓ.
POR ENDE, YO NO TENÍA NADA EN CONTRA DE LOS ALEMANES.
PERO EL PERRO HITLER AMENAZÓ:
VEA, SI USTED NO ME AYUDA, YO TARDE O TEMPRANO VOY A SER HUMANO, VOY A LOGRAR LO QUE QUIERO. Y NO VOY A OLVIDARME DE USTED. Y CUANDO ME ACUERDE, VA A SER...
NO SABÉS A QUIÉN ESTÁS CAGANDO, HIJO DE REMIL PUTA, VOS NO SABÉS LO QUE TE VOY A HACER A VOS, A TUS HIJOS Y A TU PROLE.
MIRÉ A MARITA...
BUAAA
おとして～
PENSÉ EN LOS HIJOS QUE ÍBAMOS A TENER.
PAPAA
NO, ALGO TENÍA QUE HACER... ¿MATARLO?
LA MIRADA DESAFIANTE DEL PERRO SACÓ ALGO PROFUNDO DE MI SER, ALGO QUE NO PODÍA IDENTIFICAR...
UNA SENSACIÓN MUY POTENTE EN EL PECHO...
ESTÓMAGO...
Y APARATO REPRODUCTOR.

PENSÉ QUE ERA MI ÚNICA OPORTUNIDAD DE VEJAR A UN PERSONAJE DE TAL MAGNITUD...
...
TAL VEZ HAYA SIDO UNA FIJACIÓN INCONSCIENTE DE MATAR A MI PADRE...
OH YEAH
OH YEAH
OH YEAH
...
YEAH
I'M GONNA EXPLAIN YOU!
LE TRATÉ DE DECIR EN INGLÉS, PERO ELLA NO LO ENTENDIÓ.
BUAAAAA
YEAH
OIGA MUCHACHO, NO LE DE BOLA A ESE PERRO QUE ESTÁ ATADO..
PORQUE HACE CUALQUIER COSA PARA QUE SE LO COJAN.
¡LO LOGRÉ OTRA VEZ!
Fin
-SAENZ VALIENTE-2011

# UN AMOR QUE CONTINUARÁ

**De Los tres chiflados a Seinfeld, de Perry Mason a La ley y el orden, de Ben Casey al Doctor House, el mapa de nuestra vida está surcado por series de televisión. Desde que había que terminar la merienda a tiempo porque ya empezaba Bonanza, hasta estos tiempos en que llevamos la última temporada de Nurse Jackie en el pendrive.**

Por **Bernardo Erlich**

Las series fueron la patria de la infancia. La televisión llegó tarde a nuestros países, y más tarde aún a nuestras casas. Llegó en forma de aparato enorme de madera lustrada, con una ventana gruesa en blanco y negro que nos mostraba el mundo de la aventura y la ilusión. Pero en lugar de alegrarnos, nos enfermamos. ¡Tendríamos que ver todos los programas desde el principio de la tele, y nunca nos pondríamos al día! Mi madre me tranquilizó:

—Eso será —me dijo— cuando inventen los discos extraíbles.

La tele tenía un horario fijo y un menú acotado: el noticiero, una telenovela, una película, dibujos animados... y el resto eran series. Ah, las series. En treinta minutos de comedia, o en una hora de drama, visitabas otras tierras, viajabas en el tiempo, peleabas en la Segunda Guerra o te tiroteabas con cuarenta forajidos y después galopabas hacia el atardecer. Era como leer un libro de aventuras de a un capítulo por semana, y con más emoción.

Las series nos enseñaron el mundo mucho antes que los diarios o la política. Uno sabía, desde chico, que Norteamérica era un lugar hostil en el que un médico honrado y solidario como Richard Kimble tenía que andar escondiéndose. No hizo falta que nadie nos tirara abajo el "sueño americano"; bastaba ver a *El Fugitivo* ayudando a gente que después lo denunciaba, para conocer el lado oscuro de los sesenta, como después solo volveríamos a verlo en *Mad Men*. Tengo la sospecha de que, en algún momento, Don Draper se cruzará en el tren que lo lleva a los suburbios con un pasajero que es, en realidad, un médico prófugo en busca del hombre manco que mató a su mujer.

La tele, por entonces, estaba llena de médicos. Ahora también. Pero a nosotros nos desconcertaba *Ben Casey* de la misma manera que ahora nos incomoda *House*. La apertura de la serie era una mano que dibujaba con tiza unos signos en vertical, mientras la voz del protagonista decía "hombre..., mujer..., vida..., muerte... Infinito". Me hipnotizaban esos cinco trazos. Yo veía la mano de Ben Casey con la tiza y soñaba con ser dibujante. Lejos de prohibirme tantas horas frente al aparato —como iban a recomendar más tarde los psicólogos— mi madre me veía colgado a *Centro Médico* y los ojos se le llenaban de lágrimas:

—Shhh... No lo molesten, por favor. ¡El nene quiere ser doctor!

Cambiaron mucho las series médicas desde esas épocas hasta ahora. Está bien: los hospitales

y sanatorios siempre fueron una excusa argumental para desarrollar una historia de amor. Pero una cosa era la jefa de enfermeras profesando hacia el médico un amor imposible (como el de Moneypenny y James Bond) y otra cosa es *Grey's Anatomy*. ¿Cuál es la premisa argumental de esta serie? Se juntan ocho o diez personas repartidas entre ambos sexos, se les pone uniforme de cirujano y se las deja aparearse unos a otros a lo largo de siete u ocho temporadas. Parece un teleteatro, pero es un experimento sociológico: la tasa de intercambio resulta increíble. Al punto que algunos

saltan la valla y se relacionan con gente de su mismo género. Así, de puro aburrimiento.

Eso sí: nada reemplazó la tiza de *Ben Casey* hasta que aparecieron los fibrones y rotuladores de *House*. Si la leyenda urbana dice que Vince Edwards era un actor inexpresivo que tenía un ojo de vidrio, la pantalla muestra que House es un rengo con mal humor. ¿Qué es *House MD*? Una serie de detectives. ¿Pero no era de médicos? También. ¿Perdón? Es que los géneros cambiaron mucho.

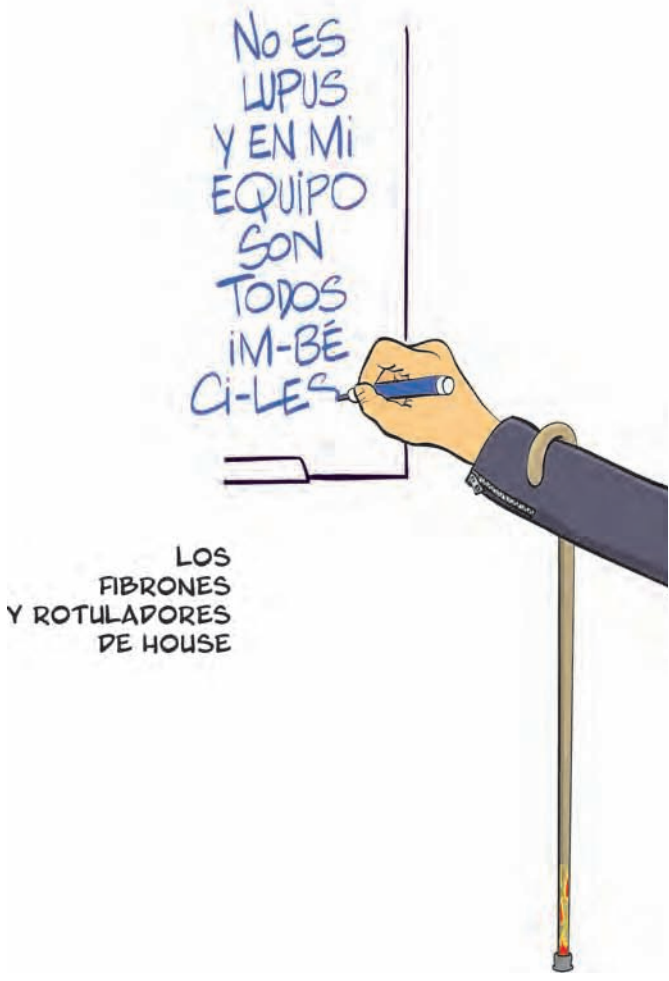
Gregory House es un médico con un cerebro privilegiado, que juega al detective con enfermedades fuera de toda lógica. Como todo genio, es agrio, pero a su vez cojea, por culpa de un infarto muscular que tuvo en la pierna. ¿Es necesario recargar un personaje de ese modo? Parece que sí. Veamos: el protagonista de *Monk* es un detective también brillante, pero sufre un trastorno obsesivo compulsivo que le dispara fobias disparatadas. *CSI Las Vegas* es un equipo forense de escena del crimen dirigido por Gil Grissom, un hombre digno del renacimiento, cuya pasión es la entomología. Y podemos seguir hasta la noche: *Luther*, un policía gigante perturbado por la ira. *Big Love*, una acuarela familiar de un marido con tres esposas; *Lost*, un cruce de historias, épocas y misterios que escapa a cualquier categoría; la flamante *Zen*, un policía italiano con nombre oriental y producido por la BBC.

Pero esto tampoco es nuevo. La primera vez que un personaje extraño nos subyugó en una serie fue el señor Spock en *Star Trek*. El capitán Kirk era un cowboy al comando del Enterprise —la nave soñada— y su primer oficial un hombre flaco, de orejas puntiagudas, flemático, parco, de piel verdosa y fuerte control emocional. Cuando le pregunté a mi padre de qué planeta venía Spock, me respondió sin dudar:

—Es inglés.

Ah, los extravagantes británicos. Mientras los espías norteamericanos reclutaban gente de poco diálogo y mucha acción, *Los Vengadores* eran un par de sibaritas. John Steed un caballero de paraguas y bombín, y la señora Peel una mujer enfundada en un traje de cuero que heredaría después Gatúbela; los dos desplazándose por un territorio delirante, más digno del submarino amarillo que del servicio secreto de Su Majestad.

¿Cómo reconocemos a una serie inglesa de una norteamericana? Fácil: los actores hablan como con una papa en la boca y la historia te dice más en menos capítulos. Si la famosa serie *24* se



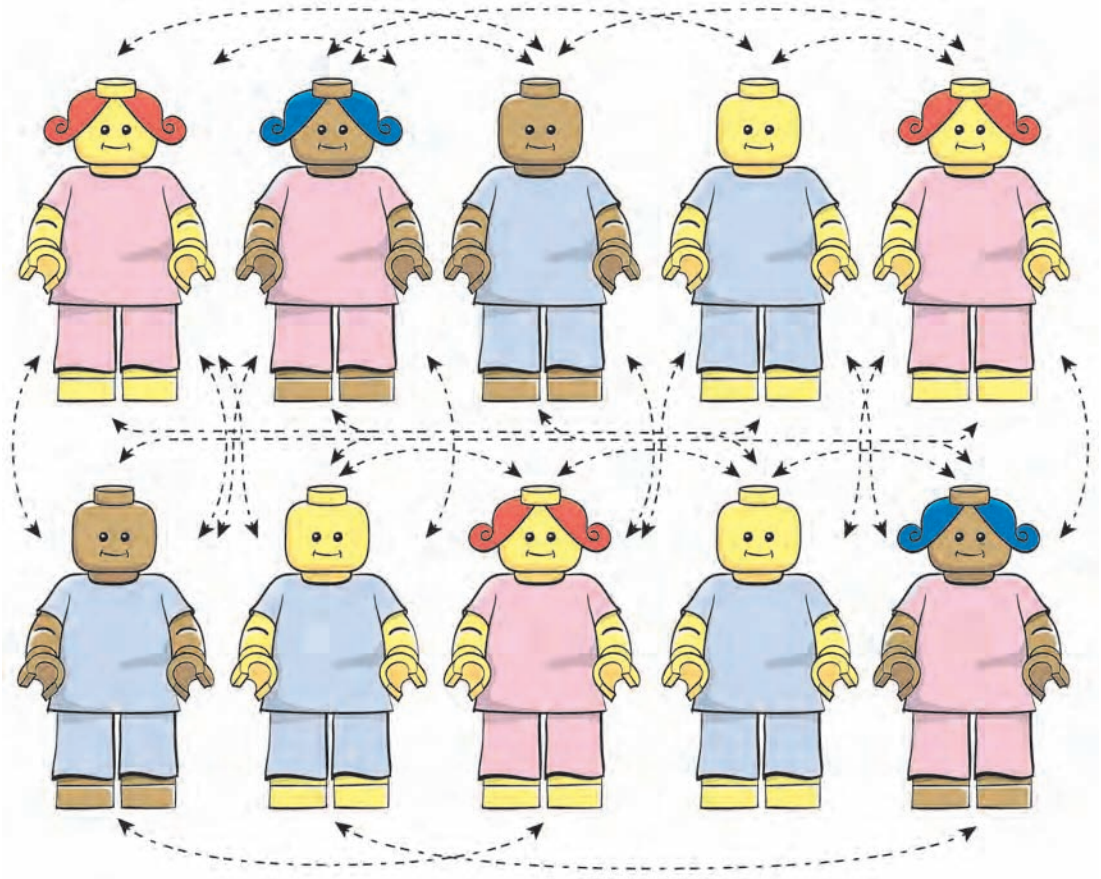
hubiera rodado en Inglaterra, se habría llamado *6*. Una serie de nerds disfuncionales, que en el Reino Unido se llama *The IT Crowd* y dura tres temporadas de seis episodios, en Estados Unidos se titula *The Big Bang Theory*, lleva siete temporadas y ni señas de terminar. En los siete capítulos de *Episodes* se disecciona al personaje de Joey Tribbiani con más certeza que en las diez temporadas de *Friends*. Para los norteamericanos las producciones tienen que ser más grandes que la vida misma. Para los británicos, menos es más.

¿Pero es que amamos a las series por encima de las películas? No señor. Uno va al cine, con suerte y viento a favor, una vez por quincena, pero la tele está en casa y la vemos todos los días. Con una buena película experimentamos la seducción de los momentos intensos. Con una buena serie, cultivamos la persistencia del amor.

Nos prendamos de Emma Thompson y de Anthony Hopkins en *Lo que queda del día*, es verdad, pero con los nobles Crawley de *Downton Abbey* nos disponemos a convivir.

Las series no te piden que te vistas para la ocasión, ni que salgas con tiempo de casa, ni que hagas fila para sacar entradas, ni que compartas con extraños dos horas de idéntica oscuridad. No. Las series son relajadas y permisivas. Saben que las vas a ver en piyama y en pantuflas, tirado en la cama o picando algo en el comedor. Es otra la relación que uno establece con un personaje que te acompaña todas las semanas, no importa si es una enfermera o un asesino serial.

Qué interesa si Kelsey Grammer es *Frasier*, el psicoanalista obsesivo que conduce un programa de radio y tiene media hora de sitcom, o si encarna durante cincuenta minutos a un alcalde de Chica-



EL EXPERIMENTO GREY'S ANATOMY

go —con enfermedad neurodegenerativa— en esa tragedia contemporánea llamada *Boss*. Estará otra vez la semana próxima en Cuevana y es lo único que importa. Caen los bancos, se ponen en duda los mercados continentales, el cine se pierde por el camino de las remakes, pero en siete días, a la misma hora, *Louie* o *Boardwalk Empire* volverán a nuestras agendas de Espoiler TV.

Abramos, entonces, un paréntesis en los acontecimientos a los que la cultura otorga importancia, dejemos el cine a los críticos y hablemos de policiales que se alargan, de funebreros que se preguntan por la existencia, de mafiosos que van al siquiatra, de islas que desaparecen en el medio del mar. Hagamos un hueco de treinta minutos, o de una hora, saquémosnos los zapatos y prendamos la compu o el televisor. Y hablemos nada más de las cosas que nos gustan.

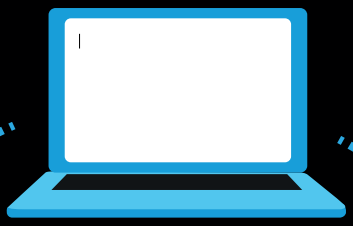
En el "to be continued" está el pacto implícito de todas las series del mundo, y también de estas páginas de la revista: una promesa segura de futuro por compartir. Así que...

*Continuará.*

**Bernardo Erlich** (Tucumán, 1963). Es diseñador y humorista gráfico. Ejerce la docencia en la Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino. Dibuja una viñeta diaria en "El País" de España. Colabora con Orsai desde que el mundo es mundo. @berlich

Ilustraciones: **Bernardo Erlich**

# EL CICLO DE LA PROCRASTINACIÓN



TIENES ALGO QUE HACER

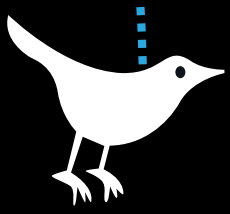
TE DAS CUENTA DE QUE NO HAS HECHO NADA

VAS POR CAFÉ

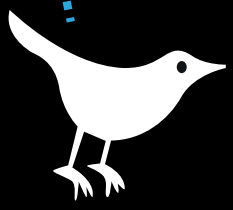
LO SUBES A FACEBOOK

ENTRAS A FACEBOOK

VES EL VIDEO QUE TWITTEARON



TWITTEAS



VES TU TIMELINE

VES CONTENIDOS EN LA WEB

PONES MÚSICA PARA TRABAJAR

VAS POR OTRO CAFÉ

MIRAS TU WALL Y EL DE TUS AMIGOS

Por José A. Pérez

# Steve Jobs:

## "Estamos preparando un Jesús con capacidad para dos millones de milagros"

**Orsai acaba de fichar al único periodista español que, a la vez, es médium. Esta entrevista exclusiva al reciente fantasma de Steve Jobs se realizó mediante el uso de la ouija la medianoche del cuatro al cinco de enero de 2012, en la casa del periodista.**

**—¿Señor Jobs?**

Ruido indescriptible. Es algo así como un skrrrch skrrrch, de ahí lo de indescriptible. El ambiente se vuelve súbitamente frío, fruto quizá de una presencia sobrenatural o de un mal funcionamiento de la caldera. Últimamente esa caldera no para de darme sustos. El casero se niega a cambiarla aunque tiene ya trece años. El martes, al encenderla, empezó a vibrar. Por un momento creí que iba a explotar. Llamé al casero y me dijo que probara a purgar los radiadores. No lo hice. Espero que no sea mi último error.

Otro ruido indescriptible. Ya no hay duda: es el sonido del más allá.

**—Señor Jobs, ¿está ahí?**

—¿A ver, sí, hola?

**—Señor Jobs, buenas noches. Quería hacerle una entrevista. ¿Le pillo ocupado?**

—Yo siempre estoy ocupado. Siempre estoy creando. Una vez me cogí un martes libre e inventé el motor de agua. No salió adelante porque esos cabrones del petróleo secuestraron a mi hija. Soy un genio creativo sin parangón, y no lo digo yo, lo dice la Wikipedia. Donde la gente ve puntos yo veo una línea, donde ellos ven líneas yo veo el puto mapa del futuro.

**—Eh… Sí, ya, pero pensé que, a lo mejor, ahora que está muerto, tendría más tiempo libre.**

—No uses esa palabra.

**—¿Cuál?**

—Muerto. No me gusta. Yo prefiero decir que estoy en la nube. Y no, no tengo tiempo libre. Al contrario. Hace tres meses me hicieron CEO del cielo.

**—¿En serio? Vaya, enhorabuena. Creí que ese puesto lo ocupaba Dios.**

—Dios solo es un órgano consultivo, ahora yo me encargo de los proyectos. El catolicismo necesita ser repensado desde los cimientos. Cuando llegué aquí se lo dije a Dios, le dije: tío, te estás quedando atrás. Lo de la crucifixión fue buena idea, de acuerdo. La cruz es un logo cojonudo, simbólico, sencillo y efectivo, pero no puedes dejar de innovar. No puedes vivir toda la eternidad de un buen logo. Si dejas de innovar, mueres.

**—¿Pero Dios no es omnisciente?**

—Su problema no es de conocimiento, es de concepto. Él está obsesionado con el libre albedrío, ¿sabes? Y yo le digo: vale, ningún problema con el libre albedrío, pero deja que la gente de marketing haga su trabajo. Haz una buena campaña y ya verás dónde queda el libre albedrío.

**—Entiendo.**

—¿Sabes cuál es el verdadero problema?

**—¿Cuál?**

—Que la gente no quiere venir al cielo. Matan, violan, trabajan en banca… Les importa una mierda ir al infierno, ¿y sabes por qué?

**—¿Por qué?**

—Porque el cielo no mola. No tiene una imagen de marca claramente definida. Cada uno se imagina el cielo como quiere, y eso es un tremendo error desde el punto de vista de la comunicación. Cuando llegué aquí le dije a Dios: tienes que proyectar una sola imagen de este sitio. Y tiene que ser una imagen cool.

**—Y le hizo CEO.**

—Bueno, no fue tan fácil. Ya sabes lo que pasa, en sitios tan antiguos como este es muy difícil cambiar el paradigma. Hay muchas resistencias, es complicadísimo introducir ideas rupturistas. Dios fue fácil de convencer porque es todo amor, ya sabes, pero San Pedro es un cabrón celoso y posesivo. No veas lo que me costó que soltara las llaves. Le dije: tío, yo necesito libertad, necesito poder entrar y salir del cielo libremente y no quiero andar pidiéndote las llaves cada dos por tres.

**—¿Y se las dio?**

—Sí, al final se rindió a las evidencias. Le dije: mira, Pedro, tenéis aquí un producto cojonudo, el cielo es un *must have* potencial, ¿pero de qué sirve si nadie lo sabe? Para mí el problema está claro: es la experiencia de usuario. Tenemos que conseguir que no pecar sea atractivo. El consumidor siente que hacer ñiqui ñiqui, por ejemplo, es más cool que contener el flujo dentro de los genitales hasta el matrimonio. Hay que acabar con ese prejuicio.

**—¿Y ya tiene alguna idea?**

—¿Alguna idea? Hijo, soy un manantial de ideas, soy un géiser de ideas, ¡soy un puto quásar de creatividad! Una vez se me reventó un neumático e inventé el coche volador. No salió adelante porque esos cabrones de la industria automovilística secuestraron a mi hija.

**—¿Otra vez?**

—¿Cómo?

**—Nada, siga.**

—Mira, este es un momento inmejorable para un relanzamiento del cristianismo. La crisis de valores supone una serie de oportunidades de negocio que la fe tiene que aprovechar. La gente le da al Prozac porque funciona mejor que Dios. ¿Por qué triunfa la autoayuda? Te lo diré: funciona por-

que los estafadores que escriben esos libros saben lo que quiere la gente. La gente quiere frases cortas, sencillas y positivas. No verás un libro de autoayuda que te diga: si no haces lo que yo digo, arderás por toda la eternidad entre horribles dolores. ¿Qué clase de mensaje de mierda es ese? La Biblia es una cosa espantosa, parece escrita por un montón de chiflados. Le hemos encargado una nueva versión del Antiguo Testamento a Paulo Coelho y le hemos dado libertad total para que se invente lo que quiera. Va a ser un hit, ya verás.

**—No tengo ninguna duda.**

—Y también vamos a mejorar la asistencia al usuario.

**—¿La asistencia al usuario? ¿No querrá decir al católico?**

—Sí, ya sabes, los curas, las monjas y todo eso. Esa gente no proyecta una imagen atractiva de nuestra organización. No son guays, ¿sabes cómo te digo?

**—Sí, fui a un colegio católico.**

—Exacto, son como… viejos. Y cutres. Y feos. Yo no quiero nada feo en mi organización. Quiero que veas a un cura y pienses: jo, tío, yo quiero ser así de guay. Quiero que todo el mundo twitee: Dios mola.

**—¿Y qué van a hacer con el Vaticano?**

—Bueno, ese es un tema delicado. El Papa representa todo lo que debemos dejar atrás. Un señor mayor, con pelos en las orejas, cubierto de cosas doradas… El Vaticano, sin embargo, es clave en nuestros planes. Después de todo, ¿quién más tiene un Estado Tienda? No vamos a renunciar al Vaticano, pero hay que replantearlo desde la base. No quiero ancianos por allí paseando, no quiero gente triste vestida de negro y violeta y, desde luego, no quiero cosas doradas.

**—¿Y qué me dice de las otras religiones? El Islam, por ejemplo, está pegando fuerte últimamente.**

—Sí, bueno, yo no tengo nada contra el Islam. Creo que la competencia dinamiza el mercado y potencia la innovación. El Islam nos obliga a ser mejores. Si ellos ofrecen setenta y dos vírgenes, nosotros tenemos la obligación de ofrecer algo todavía mejor. San Pedro abogaba por ofrecer setenta y tres vírgenes, pero le convencí de que no es una cuestión de cantidad, ¿sabes? No se trata de ofrecer más vírgenes que la competencia, sino de ofrecer algo radicalmente diferente, algo que nadie espere.

**—¿Por ejemplo?**

—La segunda venida. Estamos planificando el regreso de Jesús. Los chicos de marketing están trabajando en varias direcciones, y hay ideas realmente potentes. Ya tenemos el eslogan: "Everything begins. Again". Creo que tiene una fuerza enorme. Va a ser un Jesús mil veces superior al anterior, con capacidad para dos millones de milagros. Queremos que dure treinta y ocho años, es decir, cinco años más que el anterior. Ah, y una cosa más. Queremos que vuele. Va a ser alucinante.

**—¿Tienen fecha para el lanzamiento?**

—Probablemente sea en primavera, pero no puedo concretar más. Ahora mismo estamos buscando a una mujer virgen que cumpla con nuestras necesidades. No es fácil. Encontramos a un par que nos gustaban, pero una nos pedía dinero y la otra disparó contra San Gabriel sin mediar palabra.

**—¿Nacerá en un establo otra vez?**

—¡Por supuesto que no! El *packaging* es fundamental en nuestra estrategia. Estamos en el siglo XXI, no puedes pedirle a la gente que se arrodille ante alguien con el pelo sucio. Esa idea de "como es pobre es bueno" murió con Charles Manson. La gente quiere higiene y elegancia. Se acabaron los burros y las vacas, se acabaron las togas con lamparones. El nuevo Jesús va a ser algo completamente distinto. Vamos a reinventar la espiritualidad. La religión, como nunca la has visto.

**—Señor Jobs, le deseo mucha suerte en sus proyectos.**

—Muchas gracias. Ve y difunde La Palabra.

La caldera empieza a vibrar. Va a explotar, esta vez sí. Mi vida pasa ante mis ojos como si fuese la vida de otro. ¿Qué he hecho? He sido tan irresponsable, tan superficial, tan… vacío. Y mientras me precipito a purgar los radiadores, comprendo que Steve tiene razón. Siempre la ha tenido. Y siempre la tendrá.

**José A. Pérez** (Bilbao, 1979). Es el autor del blog humorístico más leído en España, Mimesacojea.com. En 2010 comenzó a escribir y dirigir "Ciudad K", una serie de humor en La 2 de TVE, y en 2011 produjo y dirigió la serie de documentales "Escépticos" para EiTB. Ya había colaborado en el N1 de Orsai, con un polémico retrato sobre el conflicto vasco. @mimesacojea

Caricatura: **Matías Tolsà**

# NO TENGO BLOG

(de Momento)

MANEL FONTDEVILA

## NOS LO CUENTA UNA AMIGA

"Voy a buscar a mis niños de su clase de JUDO – llevo también al hijo de una compañera de vuelta a su casa...

...Y NOS PARAMOS EN UN SEMÁFORO

De repente, el niño invitado dice:

¡AHÍ VIVE EL MÉDICO DONDE VOY A APRENDER A SUPERAR MIS PROPIOS MIEDOS!

**Y SE HACE EN EL COCHE UN SILENCIO DE FLAN**

**Con mis AMIGOS** comentamos las NOVEDADES EDITORIALES

...Disecciona los hechos con su **FINO BISTURÍ**...

TK TK TK

...trazando una **RADIOGRAFÍA** de lo que queda del SUEÑO AMERICANO...

TK TK

...

Su estilo es un **ANÁLISIS DE ORINA** de las tendencias del momento...

TK TK

¡NOS SABEMOS **TODOS LOS TRUCOS**!

# Agatha Christie

## "Asesinato en Mesopotamia"

—Esto de los idiomas es una cosa curiosa —comenté—. Parece mentira que haya tantos y tan diferentes.

Mrs. Leidner sonrió.

—Hay una iglesia en Palestina en cuyas paredes está escrito el Padrenuestro en noventa idiomas diferentes.

—Cuando le escriba a mi tía, se lo contaré. Le va a interesar.

...¡YA NO SE RESPONDE ASÍ!

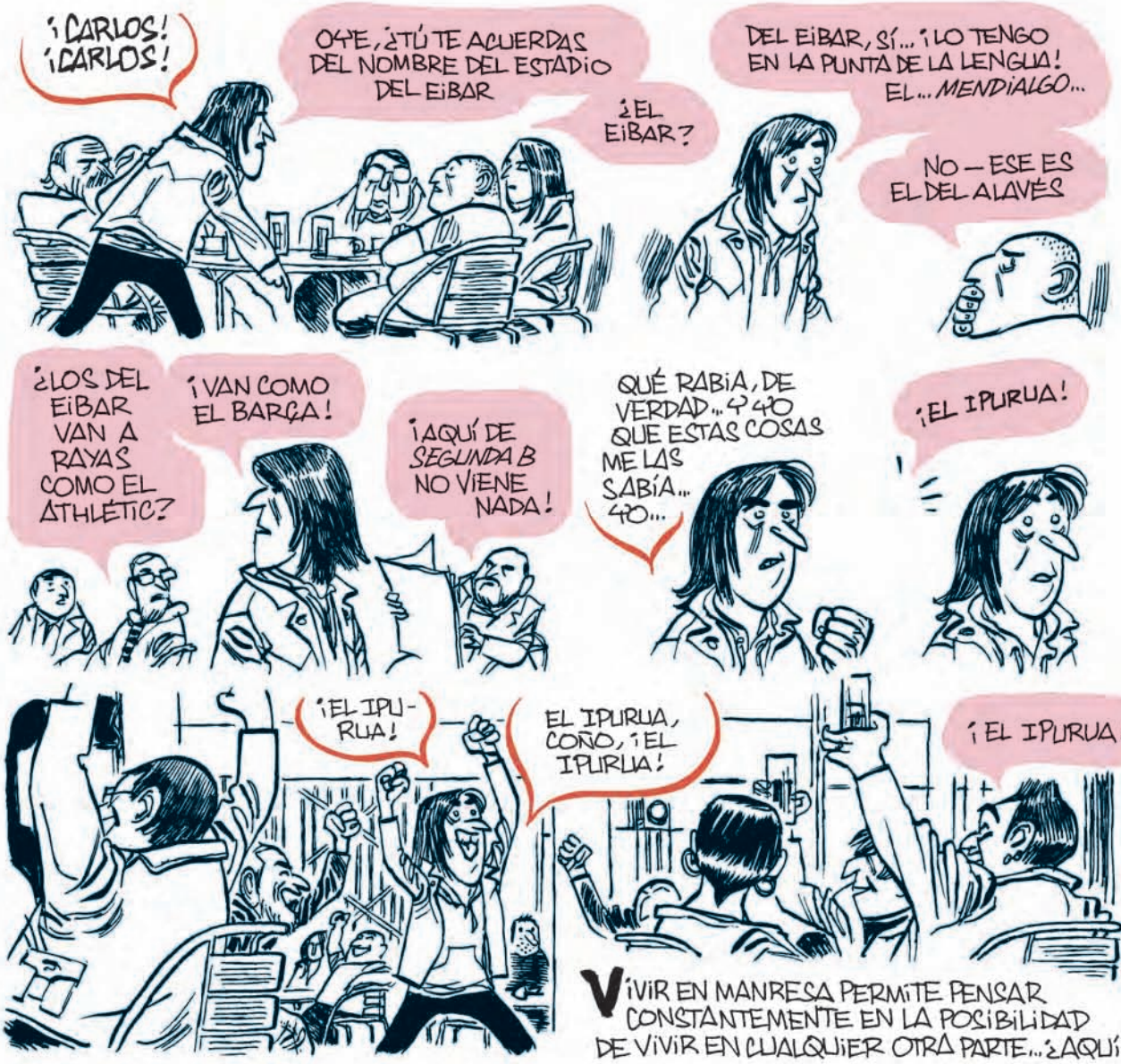
Clasificación para películas:

## "NO ES TAN MIERDA COMO PARECE"

VIVO EN MANRESA. *el COR de Catalunya!*

HOY ESTOY LEJOS DE CASA. EN EL CINTURÓN DE BARCELONA. NO SÉ SI AÚN LLAMAN A ESTO "CIUDADES SATÉLITE".

## SANTA COLOMA DE GRAMENET




# Batallas Perdidas

He puesto al alcance de mis niños todo TINTÍN, todo LUCKY LUKE, incluso algo de manga y los tomos de ORÍGENES MARVEL...

PERO SÓLO CON ESTO HA HABIDO CONEXIÓN REAL

JO JOJO ¡ME DESCUAJERINGO!

PEOR AÚN

TIENEN a su alcance a LOS BEATLES, a LOS RAMONES, a BLONDIE... ¡TIENEN a SPOTIFY a sus pies! ¿Y QUÉ ES TODO LO QUE PIDEN?

SURVIVOR, B.S.O. de ROCKY IV

## ASÍ SUBE LA JOVEN GENERACIÓN

## DIGÁMOSLO YA:

*No es erótico, ni sensual, ni estimulante*

# EL PROBLEMA DE LOS CHISTES

## Cuando los intuyes pero no aparecen

EJEMPLO: LA FRUTA Y... ¡LOS TESTÍCULOS! ¡AHÍ HAY UNA RELACIÓN!

**P**ERDER UNA TARDE, CAPÍTULO PRIMERO

## Cuando no sabes cómo contarlos

**L**a historia es: El Papa va en su papamóvil por la autopista... y se aburre. Piensa: — Los coches blancos, punto para mi — Los rojos, punto para Dios. **A**l rato, sigue aburriéndose... ¡JA-JA!

(**C**APÍTULO SEGUNDO)

## Cuando no sabes qué hacer con ellos

(**Y** TERCERO)

# SABEMOS QUIÉN TUVO LA CULPA DE TODO

**PORQUE**

...¡Nos creímos muy listos! Vivimos por encima de nuestros posibles. TODOS. Y lo pagaremos: nos vamos a comer la crisis entera, **AMÉN.**

...Y LUEGO VIENE ALGUIEN APORTANDO LAS PRUEBAS:

¡EL PEÓN DE ALBAÑIL HUNDIÓ TODO!

**DICHO ESTO:**

¿EN QUÉ OS GASTASTEIS VOSOTROS LA PASTA EN LOS BUENOS AÑOS?

**PUES BIEN:**

¡AHORA ESTAMOS TODOS EN LA MISMA MIERDA!

Y ENCIMA, NO CABALGAMOS CON LAS REINAS DEL LUGAR

EN EL ASIENTO TRASERO DE NUESTRO BMW

Mes de Julio. Martes.
Plaça Universitat de BARCELONA.

**UN PEZÓN (FURTIVO)** *asoma ante mis ojos*

Ya en Pelayo, levanto la vista y

Por supuesto, es todo UN PRESAGIO, *pero...* **¿DE QUÉ?**

A **15** DE DICIEMBRE, EMPIEZO A SOSPECHAR QUE **DE NADA**

MANEL FONTDEVILA / XII-2011

**Y EN FIN:** ¿POR QUÉ MERECES TÚ MÁS AYUDA QUE ELLOS?

# BUSCANDO PORRO EN RIO

Por **Franco Pastura**

*desde Rio de Janeiro*

Vista desde la cima del morro Chapéu Mangueira. Rio de Janeiro.

**Las revistas de viajes y turismo recomiendan museos y encumbran restaurantes, pero ninguna nos enseña lo fundamental: dónde está el porro, cuál es la legislación local, cuánto cuesta el bagullo, cómo y a quién se le pide. Orsai, siempre atento a las necesidades de sus lectores, ofrece una intensa excursión cannábica a Rio de Janeiro.**

Existe la falsa idea de que en Brasil todo es alegría. La imagen del carnaval de Rio de Janeiro, las garotas en la playa de Ipanema, el fútbol festivo en blanco y negro de la verdeamarela liderada por Pelé y ahora el fútbol eléctrico de Neymar e, incluso, la sonrisa barbuda de Lula da Silva han construido y cimentado el mito. Quien dice alegría, quiere, en el fondo, decir también descontrol, *laisse faire*. Pero las cosas no son tan sencillas, nunca lo son.

Cuando un par de años atrás me mudé a Rio, casi todas las charlas telefónicas con amigos en Buenos Aires terminaban así:

—¡Qué bueno gordo! ¡Ahora ya tenemos casa donde parar cuando vayamos de vacaciones a Rio!

Y lo que sonaba a chiste era en realidad una amenaza que se fue cumpliendo poco a poco.

Los primeros en llegar fueron Juan y Mariano. En las charlas previas Juan ya me había consultado, con bastante anticipación e interés, si se podía conseguir "algo rico" para fumar. Algo rico en esta parte del mundo se dice *maconha*. Entonces no sabía lo que hoy sé sobre esta ciudad. Con la impunidad que da la ignorancia le respondí que seguro algo íbamos a encontrar.

Ni bien llegaron mis invitados, nos pusimos en marcha. Arrancamos para el barrio de Lapa. Pegado al centro histórico de Rio, Lapa es la zona más de moda de la ciudad, con numerosos bares, restaurantes, hoteles, boliches, casas de espectáculos, teatros. Lapa fue el barrio de la bohemia por excelencia en distintos momentos de la historia carioca. Ya en los años veinte era el lugar preferido tanto de Noel Rosa, uno de los mayores creadores de música popular brasileña, como de Madame Satã, un transformista que hacía shows en los cabarés de aquellos años y aterrorizaba las calles con su violencia antológica. Con el paso del tiempo el ámbito predilecto de los bohemios cayó en decadencia y durante décadas fue un peligroso territorio de malandras.

Hace poco más de diez años Lapa volvió a ser aquel lugar que solía ser: visita casi obligatoria para turistas y lugar de encuentro para lugareños.

Por la tarde mientras pasábamos el rato en la playa en Copacabana habíamos constatado olor a porro. Lo mismo horas después en el parque de Flamengo, de regreso a casa. Por la noche, en las calles de Lapa, el mismo perfume. La ansiedad de Juan iba en aumento, tanta como para atrevernos a ponernos en manos de mi por entonces pobre portugués.

—¿Será que acá podremos conseguir algo? —preguntó Juan.

—Seguro —respondí, sonando más confiado que lo que en realidad estaba de tener éxito en la búsqueda.

—¡Bien! ¡Porque todos están fumando menos nosotros!

Entramos en uno de los boliches, un antiguo caserón art decó de tres pisos. Pedimos algo para tomar y nos quedamos en la barra de la planta baja. Dejamos pasar un tiempo prudente. Entonces entramos en confianza con un cliente del lugar que estaba sentado cerca de nosotros y, haciéndonos los superados, después de admitir que éramos turistas —o casi—, le preguntamos dónde podíamos comprar marihuana.

—Dieron con la persona indicada.

A la distancia no sé si es eso lo que dijo exactamente, pero fue lo que entendimos.

—¿Seguro? Buenísimo —nos salió casi a coro—. ¿Cómo hacemos?

—Acá no.

Nos dijo que lo encontráramos en la calle.

Ya en la vereda preguntó:

—¿Cuánto quieren comprar?

—Para un par de días —respondimos.

—Voy a ver cuánto les consigo —dijo.

Antes de irse nos señaló la esquina donde debíamos esperarlo. Apareció pocos minutos después en un auto que manejaba otro tipo. Se bajó y se levantó la remera, mostrándonos un arma que llevaba en la cintura y, sin decir nada, solo con el gesto, nos mandó subir al auto. Ya con el vehículo en movimiento se identificaron como policías, mostrando una identificación difícil de ver, y nos informaron que estaban deteniéndonos. El miedo —por lo que sabíamos de la policía brasileña— era mayor que nuestro esfuerzo por explicarles, en nuestro portuñol básico, que éramos turistas, que no habíamos hecho nada, que no tenían pruebas y un largo etcétera de excusas que sabíamos inútiles de antemano. Nos pasearon un buen rato por la noche carioca y en el recorrido pasamos varias veces por la puerta de una comisaría.

—Acá van a pasar la noche —era lo que entendíamos. O tal vez fuera lo que nos decían—. Y se van a tener que fumar unos cuantos cigarros de carne, putitos.

Pero toda esa puesta en escena nos dejó claro que no querían —o no podían— detenernos. Nosotros sabíamos que no nos iban a dejar bajar si no hacíamos una contribución voluntaria a la institución que tan dignamente representaban.

—Seguro podemos arreglar esto de alguna manera —solté finalmente en mi media lengua, comprendida por todos los chantas del universo.

—Por supuesto.

Hicimos una vaquita entre los tres y les dejamos todo lo que teníamos. Nos bajaron en la primera esquina amenazándonos para que no miremos hacia atrás mientras ellos se alejaban. Obedecimos. Volvimos a casa a pie. Jodidos. Asustados. Y sin porro.

Cuando tiempo después Jorge llegó de visita, yo ya conocía a Lucio, un simpático minorista que compra su paquete de medio kilo de cannabis por internet a una florista de la ciudad de Curitiba, al sur del país y que lo recibe puntualmente en su casa, cortesía de Correios da República Federativa do Brasil. Cuando Jorge y yo decidimos que queríamos fumar, llamé a Lucio, con tan mala suerte que lo encontramos fuera de la ciudad. Lucio, que trabaja para la guardia civil, se encontraba en algún tipo de misión en São Paulo y debía estar volado porque a mi pregunta de dónde podríamos conseguir algo respondió:

—Andá hasta mi casa y pedile un poco a mi madre.

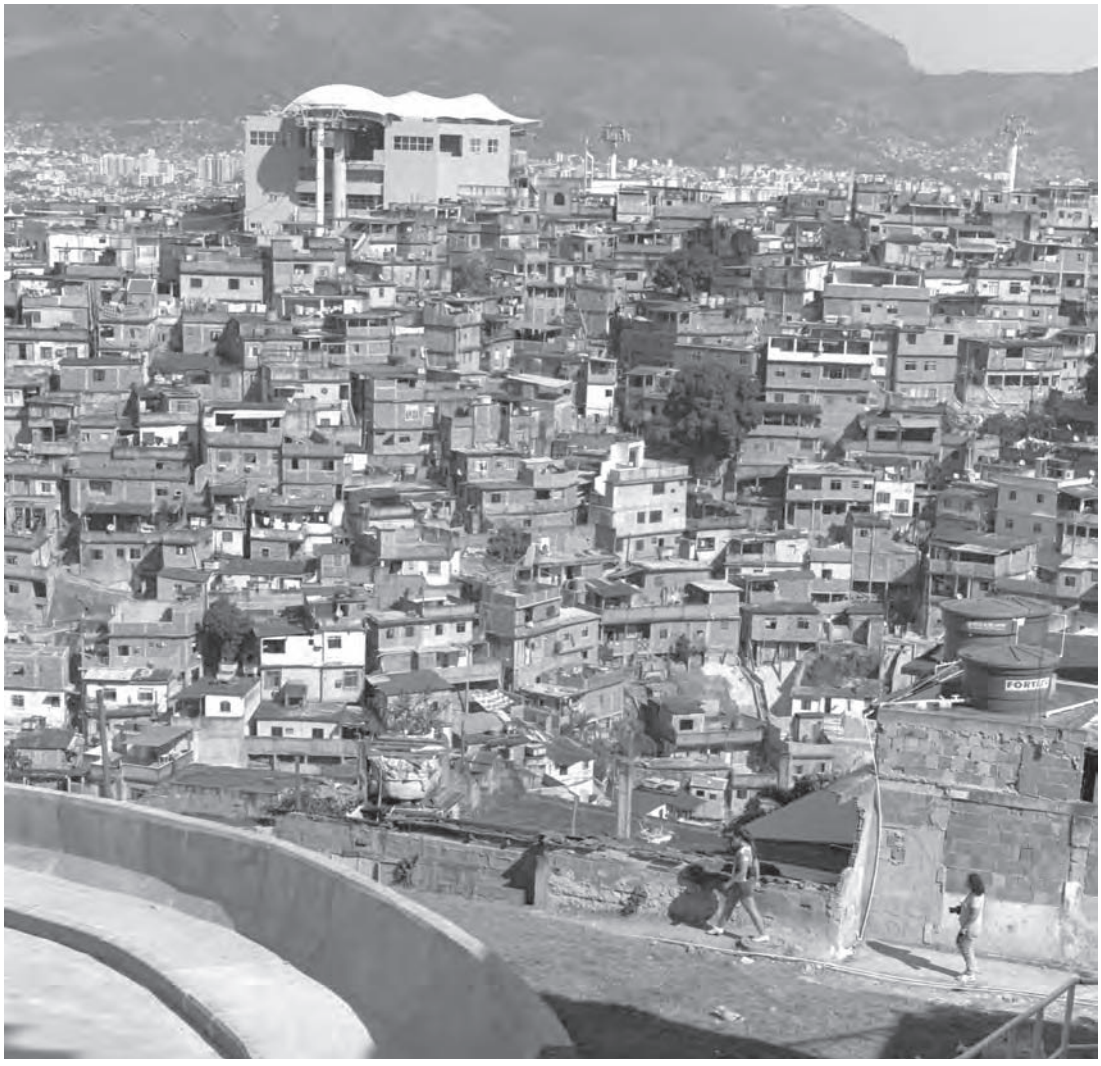
—¿Te parece Lucio? Veo qué hago. Cualquier cosa te aviso.

Ganas no me faltaban, pero tuve que pensarlo un poco porque la mamá de Lucio es, digamos, algo particular.

Dona Maria Augusta es docente de Historia del Arte y restauradora. Durante los terribles años de la dictadura brasileña, junto con su marido, militar de izquierda, utilizaron sus conexiones para ayudar a escapar del país a gran cantidad de militantes contra la dictadura, casi todos docentes y alumnos de la universidad donde la señora daba clases. Todo ese valioso y riesgoso trabajo lo hacía en medio de una nube de porro.

A mí me gusta el porro, pero sin exagerar. Lucio y su mamá exageran. Mucho. Una tarde en su casa, cuando llevábamos horas de charla sobre historia del arte, política, restauración de antigüedades, militancia, resistencia contra la dictadura y porro continuo, nos sorprendió un ruido apagado, suave, como de algo que cae blandamente. Dona Maria Augusta tiene por mascota un papagayo de pecho rojo, muy común en la costa del país desde Salvador da Bahia hasta Rio Grande do Sul. El bicho de estimación compartió con nosotros las largas horas de bate-papo y porro, y no lo soportó. Cayó. Cuando Dona Maria Augusta constató que el animalito no estaba muerto sino desmayado y nos lo comunicó, a mí se me escapó una risita. Después de un buen rato, tuvimos que esforzarnos para dejar la risa de lado y llamar al veterinario para ver cómo reanimábamos al pobre bicho. La señora tuvo que llamar un taxi para que los lleve —a ella y al papagayo— hasta la veterinaria donde atenderían al intoxicado.

Así que, ante la perspectiva de colocar al borde de la muerte por segunda vez a un excelso ejemplar de una especie en peligro de extinción, optamos por el plan B.



Complexo do Alemão, junto al Teleferico. Rio de Janeiro

El periodista brasileño Tim Lopes trabajaba para la poderosa Rede Globo. En 2002 intentó desentrañar algunos aspectos del submundo del tráfico y las ramificaciones que lo unen a la policía y al poder político. Tim Lopes desapareció el dos de junio de 2002 y unos pocos restos de huesos de su cuerpo carbonizado fueron encontrados en un cementerio clandestino el cinco de julio de ese año. Se comprobó que era él por un examen de ADN. Tanto él como su productora habían denunciado amenazas de muerte recibidas en el transcurso de sus investigaciones y ni la policía ni la justicia hicieron nada al respecto. Las investigaciones las estaban realizando en la Vila Cruzeiro del Complexo do Alemão, en la zona norte de la ciudad de Rio. La noche que el periodista desapareció llevaba una cámara oculta para hacer imágenes dentro de un baile funk organizado por los traficantes de la zona. Tim Lopes había recibido información de que en aquellos bailes se vendían drogas abiertamente, y ese era el tema de su actual reportaje. Una investigación anterior de Lopes, de 2001, sobre la venta de drogas en otras favelas, había dejado muy enojados a los traficantes. Cuando lo vieron en el baile, los jefes del Comando Vermelho que controlaban ese territorio decidieron en el momento su ejecución. La autopsia sobre los restos encontrados determinó que murió en las primeras veinticuatro horas posteriores a su desaparición.

Como sabe todo aquel que haya visto alguna película brasileña reciente, en las favelas acecha otro peligro. Lo explica de manera estupenda el periodista Zuenir Ventura en su libro *Cidade partida.* Además de los traficantes existen las milicias, por lo menos —según afirma el autor— desde la

Marcha por la legalización de la marihuana en Brasil. Río de Janeiro, 2011.

década del cincuenta. Las milicias no solo controlan algunos de los morros y favelas, aquellos donde consiguen derrotar a los traficantes, sino que también ejecutan a todos los que obstaculizan su accionar. Por lo general periodistas escrupulosos, policías honestos (que los hay) y jueces del lado de la ley. En agosto de 2011, la jueza Patricia Acioli, que había enviado a prisión a un grupo de milicianos responsables de al menos cien asesinatos, fue acribillada en la puerta de su casa delante de sus hijos. Entre los acusados del asesinato de la jueza se encuentran una serie de policías militares de alto rango. Las milicias no se andan con tonterías. Eso sí, cuidan su negocio. Las clases medias y los turistas suelen correr mejor suerte. Somos clientes. Y al cliente, ya se sabe, se le mima y trata con respeto.

Pese a que solo el diez por ciento de la superficie construida de Rio de Janeiro está ocupada por favelas, viva donde uno viva siempre tendrá una a mano. Yo vivo cerca de la Tavares Bastos, que fue una de las primeras en ser pacificadas por la policía y por eso es una de las más usadas en el cine de los últimos años. Ofrece el escenario natural deseado y la conveniente seguridad de una zona ocupada por la policía militar.

Una vez superado el miedo inicial, Jorge y yo nos vestimos como el común de los habitantes del barrio que íbamos a visitar —bermudas estampadas, sandalias y remera— y comenzamos a subir. Lo del camuflaje fue inútil. Parecía que teníamos un cartel cada uno en la frente que decía con letras luminosas: “turistas”.

La calle Tavares Bastos, que le da nombre a la favela, comienza, en su continua subida, como un barrio común y corriente. Sus primeros pobladores llegaron en el siglo XVIII y todavía sobreviven algunos caserones —la mayoría en decadencia— de la época en que ese barrio era una de las zonas elegantes de la ciudad. La vista que se tiene desde allí de la Baía de Guanabara es envidiable. Después de unos quinientos metros de calle en ascenso, en la parte más alta del morro, termina el barrio de clase media y comienza abruptamente la favela. Cuando pusimos un pie en la favela, una señora mayor que estaba parada en medio de la calle nos preguntó:

—¿Buscan algo?

—No. Nada en particular.

—Pero ustedes no son de aquí.

—No, tiene razón. Pero solo estamos conociendo el barrio. Nos hablaron de un albergue muy lindo que hay por acá.

—Ah. Sí, el albergue —dijo la mujer con cara de no creernos nada—. Si precisan alguna otra cosa, derecho por este callejón, casa sesenta y seis. Es a la izquierda, una casa pintada de verde.

No nos quedó más remedio que agradecer y obedecer la directiva. Igual, para no mostrar desesperación, en el camino paramos en un boteco, uno de los tradicionales barcitos de paso, y pedimos unas caipirinhas. Las saboreamos con calma y recién después seguimos nuestro camino. Llegados a destino, el trámite fue de lo más sencillo. Además el precio resultaba más que aceptable: por cincuenta reales nos llevamos unos veinticinco gramos. Joya.

Cuando uno se asoma a *Casa-Grande & Senzala*, de Gilberto Freyre, el principal tratado de sociología de Brasil, descubre que la maconha fue introducida en el entonces territorio colonial brasileño por los esclavos africanos, que empezaron a llegar a mediados del siglo XVI a la costa de Bahia y que en el siglo XIX ya habían extendido su uso como erva sagrada por todo el litoral, incluido Rio. En la novela *O Xangô de Baker Street* del escritor y estrella de la televisión Jô Soares, donde narra cómo Sherlock Holmes cambia la cocaína por la marihuana en el Rio de Janeiro de finales del Imperio, allá por 1886, se afirma que el mismísimo Dom Pedro II, el magnánimo último emperador de Brasil, la cultivaba en su propio jardín. Tanto no he sido capaz de comprobar, pero que desde 1560 en adelante se fuma *baseado* por estas latitudes está debidamente documentado.

Juan y Mariano volvieron a visitarme una vez más con las mismas ganas de fumar. Junto con ellos vinieron, también de vacaciones, Leo y Germán, que se hospedaron en un *hostel* a dos cuadras de casa. La fecha elegida esta vez para la visita fue carnaval. No tardó mucho en aparecer el tema recurrente en nuestra conversación.

—Esta vez va a ser más sencillo —les anuncié, entusiasmado con mi progreso.

—Bárbaro. Casi que estábamos decididos a no seguir intentándolo —comentó Juan y la carcajada de todos se extendió un buen rato.

—¿Cuándo podemos ir a buscar? —preguntaron casi al unísono Leo y Germán.

## PEQUEÑO DICCIONARIO PORRERO

**Marihuana:** *maconha, fumo, erva, ganja*
**Porción personal:** *bagulho*
**Papel de armar:** *papel, seda*
**Porro:** *baseado*
**Seca:** *tapa, tragada*
**Armar:** *bolar, enrolar*
**Tuca:** *bituca, guimba.*
**Pipa:** *cachimbo*
**Pipa de agua:** *bong*
**Boquilla:** *pitera*
**Lugar donde se compra en las favelas:** *boca de fumo*
**Fumado:** doido, adoidado, maluco

## FRASES QUE PUEDEN SACARTE DE UN APURO

**—¿Puede usted decirme dónde conseguir porro en esta zona?**
*"Você sabe onde eu posso conseguir maconha nesse pedaço?"*

**—Disculpe, señor ¿cuánto cuesta el cuete que usted vende?**
*"Desculpe-me, quanto costa o fumo que o senhor vende?"*

**—¿Este producto pega tranqui, o te saca la cabeza?**
*"Esse bagulho ai pega leve ou te deixa doidão?"*

**—Señor quiosquero, necesito papel de armar cigarros.**
*"Papel seda, por favor."*

**—¿Me habilita usted una seca (o pitada)?**
*"Me dá um tapa aí, cara?"*

**—¿Me puede usted regalar esa tuquita?**
*"Me dá essa guimba?"*

**—Señor policía, ¿es aquí en Rio delito la tenencia de cuete?**
*"Senhor polícia, é crime, aqui no Rio, andar com maconha?"*

## ¿DÓNDE ENCONTRAR?

Favelas, barrio de Lapa, playas de Copacabana, restaurantes, bares, ferias artesanales, universidades.

—Ahora de noche no es prudente —informé—. Mañana podemos subir.

Los cuatro concordaron. Pero la excursión esta vez no fue fructífera. Nos informaron que estaba complicado, que ese día no tenían y que había que esperar un poco, tal vez un par de días. Volvimos de manos vacías. Pensé que esperarían, pero no. Leo y Germán, que estaban un poco más ansiosos que el resto, a su regreso al hostel encararon a uno de los empleados del lugar que hablaba español y le preguntaron, sin dar muchas vueltas, cómo podían conseguir porro esa misma noche. El pibe, sin pestañear, a su vez les preguntó:

—¿Cuánto quieren?

Leo, que ya tenía la tabla de precios que yo le había anticipado, respondió:

—Veinticinco gramos—, y le puso en la mano un billete de cincuenta reales.

En no mucho más que una hora el joven carioca volvió con la encomienda. Y se ganó una buena propina, claro.

Al día siguiente el programa era ir a un bloco. Los blocos son el carnaval popular. Fuera del Sambódromo y del carnaval oficial de las carrozas, las reinas, las baterías súper organizadas y la televisión. Allí están esas inmensas mareas humanas que, en algunos casos, llegan al millón de personas: gente que baila en las calles y bebe desde muy temprano a la mañana hasta el atardecer. Llegamos al que habíamos elegido, en el barrio de Botafogo, cerca del Cristo Redentor, antes de mediodía. En medio de la multitud, mezclado con el olor a orina, el humo de los puestos de comida y el sudor, se percibía nítido el perfume a faso. En minutos pasamos a ser parte de la banda descontrolada.

Al anochecer, ya más relajados, después de comer algo en el barcito de la esquina de casa, partimos todos en metro hacia Lapa. Juan y Mariano no estaban muy entusiasmados, Lapa no les traía buenos recuerdos. Pero los tranquilicé con el argumento de que mi año vivido en la ciudad, no había sido en vano.

Es cuestión de conocer el lugar justo —dije, haciéndome el conocedor.

—La vez anterior también estaba todo bien y casi terminamos en cana —respondió Mariano.

—Bueno, pero ahora vas a ver que es diferente.

Bajamos en la estación Cinelandia y caminamos los doscientos metros que nos separaban de nuestro destino. La principal característica arquitectónica de Lapa son sus arcos. Son su tarjeta postal. Los Arcos son un antiguo acueducto construido durante el período colonial y considerado la mayor obra que queda en pie de aquel período en la ciudad, y hoy sirve, en su parte superior, de vía para el paso del *bondinho*, un simpático tranvía utilizado tanto por turistas como por los vecinos del barrio. Atravesando los Arcos, al nivel de la calle, se entra en la zona más frecuentada y agitada del barrio. Y ahí está el secreto. No hay que seguir por allí.

—Acá doblamos —anuncié parado en el Largo da Lapa, antes de cruzar los Arcos.

—¿No cruzamos? ¿La mayoría va para allá?

—No. Acá hay que doblar a la izquierda.

Y eso hicimos. Y en mi nuevo rol de guía turístico, fui informando:

—Tomamos por esta calle que se llama Joaquim Silva. Ahora tenemos que caminar unos ciento y pocos metros hasta que lleguemos a la escalera multicolor, la escalera que sube al morro de Santa Teresa. Ese es el lugar que buscamos.

Avanzamos. Mucha gente por la calle. Mucho Bob Marley a todo volumen. También hay gran cantidad de bares, restaurantes, hoteles. Igual que del otro lado de los Arcos, pero con una pequeña diferencia.

El aroma nos fue guiando. Al llegar al pie de la escalera, después de ser abordados por media docena de chicos harapientos que nos pedían unas monedas para comer un *salgadinho*, nos esperaba una imagen alucinada. Todo el mundo fumando porro: algunos solos y otros en grupos, los lugareños junto a los turistas, los jóvenes mezclados con los que no lo eran tanto, los ricos y los pobres; como en una moderna Babel, pero a la inversa. La policía daba vueltas por el lugar pero no molestaba. Y todos creímos entonces —solo por ese rato— que estábamos en una *cidade maravilhosa.*

**Franco Pastura** (Buenos Aires, 1961). Docente, periodista, activista por la diversidad sexual, stripper ocasional y gran lector de Orsai desde sus inicios. Colabora con sitios web y revistas de Brasil, país en el que reside desde 2009 por amor a Raúl. @osofranco

Edición: **Diego Salazar**

Fotografías: **Larrion Nascimento** flickr.com/photos/larrion

# USOS DEL JAJAJA

JAJAJA, CREO QUE NO SE VA A PODER.

**uso:** *amortiguar la molestia que causará lo dicho.*

QUÉ IDIOTA ERES, JAJAJA.

**uso:** *diluir el insulto para insultar sin ofender.*

ERA BROMA, JAJAJA.

**uso:** *Tratar de justificar, revertir o reivindicar un error.*

JAJAJA, SE LO CREYÓ.

**uso:** *Maximizar el ridículo o humillación.*

JAJAJA.

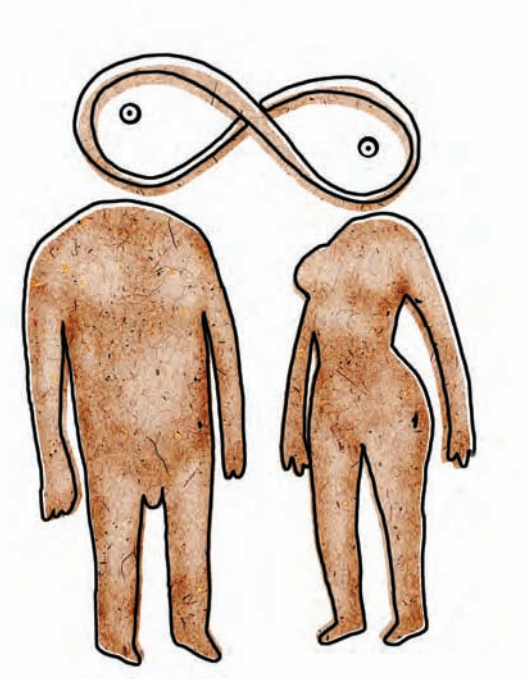
**uso (1):** *Rellenar un silencio incómodo.*

**uso (2):** *Comunicar que lo que se acaba de decir tenía una intención cómica.*

**uso (3):** *Comunicar que algo nos ha resultado gracioso.*

**uso (4):** *Hacerle creer al otro que lo es.*

# El pez como artista de la arena



**¿En qué se ha convertido la pareja moderna? ¿Quiénes somos cuando convivimos con otro? Gonzalo Garcés explora esta zona en penumbras de la que nadie sabe mucho. Así inicia un recorrido por seis mitos actuales con la intención de derribarlos o, al menos, de asimilarlos mejor.**

Cuando llegué a vivir a Barcelona me relacioné muy pronto con cierta clase de gente. Son extranjeros, tienen treintaipico de años, ninguno es pobre aunque ninguno tiene ingresos muy sólidos, son cultos. Vienen de Irán, de Inglaterra, de Italia, de Bolivia, de Estados Unidos. Se juntan mucho, arman cenas en la casa de este o aquel, se hacen el aguante entre todos. A todos los trajo algún tsunami personal: tuvieron que renunciar a una vocación, se les murió alguien, nunca les dieron la beca que querían en Nueva York. De todos los cataclismos, el más frecuente es el desamor. No por casualidad casi todos mis amigos acá son solteros y se mueven como lo hacen quienes saben que por bastante tiempo no podrán, ni querrán, ponerse en una posición en la que el corazón tenga posibilidades de salir lastimado. No solo no se casan, sino que tienden a desconfiar, aunque digan lo contrario, del amor de pareja. Ven todo lo que la pareja puede tener de antagonismo soterrado, de sojuzgamiento, de estafa dulce. Esto es interesante: mirar de frente las fallas estructurales del amor es algo que típicamente hacemos justo después de separarnos, pero que no podemos sostener mucho tiempo, porque es como mirar al sol. Pero mis amigos se pueden permitir sostener esa mirada porque tienen otra cosa a la que aferrarse: la Fraternidad del Tsunami. Digo amigos,

pero por inclinación yo converso siempre más con amigas mujeres. A una yo la conocía de antes, de muchos años antes. Saba nació en Pakistán, pero se educó en California. Nos hicimos amigos en los noventa, cuando yo vivía en París y ella fue a tomar un curso ahí. Había conocido en la ciudad a un chileno y se habían enamorado. Al parecer, el chileno ganó puntos con Saba porque la primera vez que se fueron a la cama ella, que es patológicamente sensible y se asusta mucho cuando le gusta un hombre, le dijo que mejor parara, que no estaba lista, y el chileno en vez de enojarse o darse vuelta para hacerse una paja (algo que, según me explicó Saba, hacían siempre los californianos), se había puesto a acariciarle el pelo y le había dicho que no importaba, que había tiempo. Pasaron seis meses en el cuartucho del chileno y decidieron casarse. Saba tiene una percepción casi sobrenatural de lo que les sucede a los otros; en una reunión de diez personas, detecta como un murciélago las corrientes de antagonismo, las atracciones, quién se proyecta como un ariete sobre los otros, quién se retrae sobre sí mismo y por qué. Lo único que falla en su radar es su percepción de sí misma. El lugar que ocupa *ella*, eso Saba no puede verlo. A veces, en medio de la noche, despertaba al chileno y le decía con alegre voz de pajarito: "Despertate, habláme, no puedo dormir", sin preocuparle que el chileno a la mañana siguiente tuviera examen en la facultad. Otras veces se quedaba tirada en la cama, como en éxtasis, mirando el cielo por la ventana. Alguien habría podido pensar que estaba drogada, pero solo estaba confiada. Se abandonaba al amor del chileno de manera ideal, como una niña. Esa clase de confianza, ese regreso al nido materno, a eso secretamente tendemos en la pareja, aunque rara vez alcancemos esa forma ideal que a Saba le salía sin esfuerzo, porque realmente había *nacido* para ese abandono. No vio que el chileno tenía dudas sobre el casamiento y cuando, después de muchas peleas, se separaron, Saba regresó a California y se cortó las venas. Después se curó y tuvo otros novios. Vivió en varias ciudades. Cada tanto, intentaba recuperar al chileno. Un año lo visitó en París (donde el chileno ahora trabajaba como ingeniero), se acostaron juntos, el chileno le dijo que la extrañaba, pero ahora estaba casado y no podía o no quería volver con ella. Otro año lo visitó en Madrid, adonde el chileno se había trasladado, y pasó lo mismo, el chileno ahora tenía hijos y aunque todavía la extrañaba no iba a volver con ella. Saba se dio cuenta de dos o tres cosas. La primera, que el futuro había desaparecido de su radar. No había más futuro. Solo estaba el presente y la certeza de que nada dura y ese pensamiento doloroso, en vez de hundirla, la ayudaba a flotar. La otra cosa era que nadie merece que te cortes las venas por él, y el corolario es que nadie merece que se deposite en él una confianza de niño. Y la tercera cosa era que ella, que había nacido para la pareja, podía sobrevivir sin la pareja. Podía si reducía al mínimo su metabolismo, sus signos vitales, y así reducía al mínimo también los nutrientes emocionales que necesitaba. Era como un animal de las profundidades marinas que aprende a sobrevivir en tierra firme sacando poquitos de humedad del rocío de las plantas, de algún charquito, del vaho condensado en las ventanas. Salía con un hombre un par de meses, jugaba un poquito a estar enamorada, y reducía al mínimo el dolor cuando la historia se acababa. Conversaba con un extraño en un bar y se abandonaba a la confianza en él durante una o dos horas, lo justo para absorber la necesaria humedad. "Sos el pez como artista de la supervivencia en la arena", le dije yo, cuando me contó todo esto. A Saba esto pareció gustarle. "Además, soy de Piscis", me dijo, y yo le recordé que esto ya me lo había dicho antes y qué carajo tenía que ver, y nos reímos. Si algo no hay en Saba, es amargura; es una mujer de treinta y siete años que aparenta diez menos, que siente gratitud por las aventuras vividas y dice que siempre le han tocado hombres buenos, aunque no se puede descartar que pensar de esta manera sea, también, parte del arte del pez para sobrevivir en la arena. También le dije que me parecía estar hecha de una materia muy dura y al mismo tiempo muy frágil, como vidrio. "¡Es que *soy* muy dura y al mismo tiempo muy frágil, como vidrio!", se entusiasmó Saba, y otra vez le salió una risa de niña. Conversar con Saba me gusta mucho, se ha convertido en una de mis mejores amigas en Barcelona, pero noto que siempre me hace sentir que mi propio matrimonio fue no solo algo que no funcionó, sino algo condenado de antemano por ignorar las fallas estructurales del amor, por confiar como un niño, por no saber sobrevivir en la arena.

Si el pez como artista de la arena fuera sociólogo y hablara de la pareja como institución o figura en estos tiempos, ¿qué diría? No diría,

ciertamente, como algunos nihilistas que rondan por los talk-shows y el correo de lectores de las revistas porno, que la pareja es imposible. No, el pez sabe que es inextinguible el deseo de querer y ser querido, de moverse por el mundo con un compañero, a ser posible para siempre; pero sabe también que las condiciones para la perduración de esta entidad no están dadas en las sociedades de hoy. Si hay una oportunidad de lograrlo pese a todo, es probable que dependa de la capacidad de cada cual para mirar la situación de frente, y por eso la mirada del pez como artista de la arena cuenta.

La misma palabra "pareja" es muy reciente, y se generalizó su uso justo cuando el nuevo modelo de sociedad de consumo estaba minando sus bases. Pareja: dos iguales. Hay una ambigüedad en esto. De un lado la igualdad de derechos, la igualdad ontológica entre hombre y mujer, que todo individuo civilizado sostiene: del otro, la igualdad en un sentido identitario, que es su contracara, del mismo modo que la sociedad de consumo es la contracara de la democracia liberal. En este segundo sentido, la pareja se construye sobre la expectativa de encontrar un reflejo perfecto de sí mismo. En una película de Woody Allen se habla de un médico que sueña encontrar a una mujer que tenga su misma profesión, el mismo disfrute de la música y el mismo amor por los deportes. "En otras palabras —dice la voz en off—, se quería a sí mismo bajo la forma de una mujer guapa." En la práctica, el occidental tiende a experimentar solo dos etapas del desarrollo amoroso: primero el deseo del otro como sustituto del padre o la madre; cuando esto no funciona, el deseo del otro como réplica o reflejo de sí mismo. Las dos etapas corresponden a valores de la sociedad de consumo: de un lado la pasividad, del otro el narcisismo del cliente acostumbrado a esperar que lo que compra esté adaptado a él.

Carl Schmitt dijo que el siglo XX representaba en Occidente la era de la neutralización; entendía por esto la forma en que el liberalismo había buscado articular una ideología que representara una superación de las disputas teológicas, políticas y económicas que habían asolado el continente. El resultado fue un sistema de valores que enaltece la colaboración y condena como bárbaro el uso de la fuerza. Parejamente, en la vida privada pasamos de un modelo familiar fundado en el poder del hombre sobre la mujer y en la transmisión vertical del saber y la propiedad, a uno que se basa en las afinidades compartidas y la identificación con el otro; bien entrado el siglo veintiuno comprobamos que esto, en vez de representar el cese de todos los conflictos, trae aparejados sus propios problemas. No porque nuestra *ideología* excluya el poder, el poder no desaparece; solo muta, a veces en violencia de género, a veces en pasividad edípica, a veces en reproducción viral de la propia personalidad. Las parejas más prósperas suelen estar constituidas como alianzas; frente a un problema común, una aspiración común (o donde los dos son funcionales a las aspiraciones del otro), un enemigo común. La pareja actual suele estar determinada por combinaciones de estos elementos, y también el remanente de elementos de la tradición pasada. No se trata de mirar ese pasado con nostalgia, ni de denunciar lo presente, sino de reconocer a la pareja contemporánea como lo que es: un trabajo de Sísifo, un proyecto lleno de contradicciones, que necesita para sobrevivir más fe, y más imaginación, de la que quizá requirió nunca otra actividad humana.

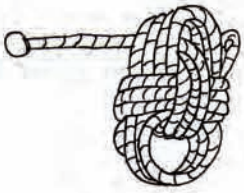
Pero eso es justo lo que nadie quiere mostrar. En la tele vemos a cornudos explicando sus cuitas en cámara o a boludos que toman partido a favor o en contra de Ashton Kutcher, en el cine vemos amores adolescentes (adolescentes no por la edad de los protagonistas, sino porque escamotean la parte difícil de la pareja, que es lidiar con sus contradicciones a lo largo de años), en literatura nadie se atreve a meterse con la pareja como tema, no digamos ya con el matrimonio. Abordar de verdad el problema de la pareja sería abordar, en uno de sus eslabones más dolorosos, el problema de la sociedad en la que queremos vivir. Y tal vez ahí esté el problema, y quizás por eso todavía deban pasar años antes de que sea escuchada la voz del pez como artista de la arena.

**Gonzalo Garcés** (Buenos Aires, 1974). Novelista y ensayista. En 1990 se convirtió en el crítico más joven del diario "La Nación". En 2000 su segunda novela, "Los impacientes", ganó el Premio Biblioteca Breve. Colabora en diversos medios culturales de hispanoamérica. Ya había colaborado en el N2 de Orsai, con una íntima crónica sobre la literatura y la amistad.

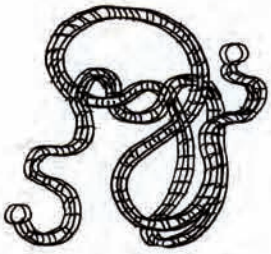
Ilustración: **Matías Tolsà**

# Nudos Narrativos

planteamiento Nudo desenlace

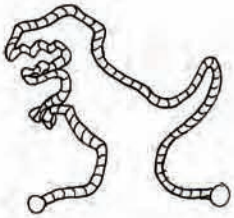


Kafka



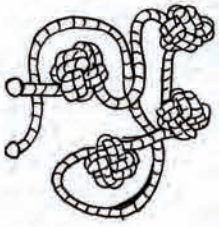
Bukowski

Poe

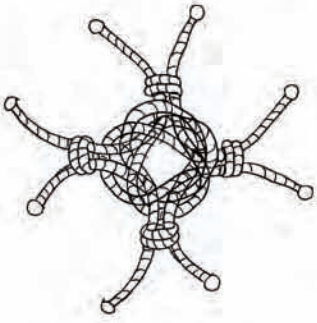


Monterroso

Joyce



Márquez

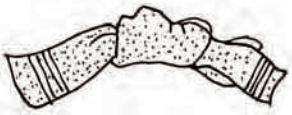


Cortázar

Rowling

Coelho

Sade



Adams

Twitter

*(el cuento largo)*

# TESTIMONIO

Por **Keith Lee Morris**

He estado sentado todo el día aquí en el tribunal, mirando las espaldas de la gente, sobre todo la espalda de Andy Munson. En esa situación no me quedaba otra más que quedarme sentado y preguntarme qué pasaba ahí dentro, en la cabeza de Andy. Lo conozco desde que tengo memoria. Había mucha gente en el pueblo a la que conocía desde que tengo memoria, y a algunos de ellos los conocía mejor que a Andy, pero supongo que conocía a Andy mejor que a la mayoría. Aunque siempre había algo acerca de Andy que no podías saber. Tal vez era un poco difícil comprender a Andy porque Andy no pasaba mucho tiempo intentando comprenderse a sí mismo.

El tribunal era frío, era una congeladora de mierda, casi hubiera preferido estar afuera en la nieve, solo con mi camisa de mangas largas. No me había vestido para testificar, solo me puse una camiseta con cuello y un par de jeans nuevos, porque no tenía ropa bonita. Estaba nevando mucho en la mañana cuando llegué al local de los tribunales, y me preguntaba si podría llegar a casa sin mis llantas para nieve, que había quitado la semana anterior. Era prácticamente abril. Así que sabía que afuera la nieve se iba acumulando, pero la espera se hacía larga y no podía salir para ir a ver el clima porque no me avisarían cuándo me iban a llamar para testificar. Cada cierto tiempo el juez enviaba al jurado a la sala de deliberación para poder definir algún asunto legal con los abogados, pero nunca dijo que la corte estaba en receso ni nos dijo si podíamos ir fuera por un cigarrillo, y yo de verdad que quería uno.

Honestamente, me estaba poniendo un poco nervioso. Las fiscales me dijeron lo que debía decir, o no específicamente lo que debía decir, sino cómo decirlo, algo así como "bueno, eso está bien, así está perfecto, Mike, dilo así, solo di la verdad como si la dijeras naturalmente". O si no les gustaba cómo estaba diciendo algo arrugaban la cara, ambas, la Fiscal del Condado y su ayudante (la última era lo bastante guapa como para enamorarme de ella; la primera, no) y dirían "¿Es posible que te estés olvidando de algo? ¿Podrías recordar eso con más detalle?", y saldrían con eso de tener confianza porque estás diciendo la verdad y hablar fuerte y claro y todo eso. Pero yo empezaba a pensar que era más fácil decirlo que hacerlo.

Tenían a Jessica, la novia de Andy, parada frente al tribunal, y entre ambas, la fiscal y la defensa, le habían sacado la mierda. La fiscal era una tipa bajita, creo que de apenas metro y medio, con un cuer-

po fibroso que ni siquiera mostraba pechos debajo de la casaca y la camisa, al menos eso me parecía, y caminaba como un hombrecito nervioso, alguien que estaba tenso todo el tiempo, y hablaba complicado y rápido y era más ruda que un tejón, aunque cuando habló conmigo fue bastante amable. ¿Por qué había sido amable conmigo? Porque yo me había convertido en testigo del Estado para evitar un cargo de homicidio calificado. Yo estaba del lado del Estado de Idaho.

Jessica también lo estaba, aunque eso no la había ayudado mucho. Había estado llorando desde que la mujer le hizo describir cómo Andy la había golpeado ocasionalmente, cómo le había roto los dientes delanteros con un vaso de cerveza, etcétera, y yo sabía que Jessica lloraba por las cosas que la fiscal no le daría la oportunidad de decir: lo dulce que era Andy cuando quería serlo, que le había comprado un collar y que se iban a casar cuando él obtuviera el resto de su herencia, la mierda que siempre decía cuando le mencionabas que debía alejarse de él, o al menos cuando no estaba diciendo que Andy era el imbécil más grande del mundo. Ahora el abogado defensor tenía su turno con ella y Jessica lloraba porque, a diferencia de la fiscal, él insistía en que Andy no era el imbécil más grande del mundo, y sugería que nada de lo que ella dijo había sucedido nunca o que había sido culpa de ella la mayoría de veces, lo cual, en cierto modo, podría haber sido cierto. Jessica siempre fue bien jodida, sin duda. Yo no habría salido con ella, y eso que mis estándares son bastante bajos. Y en ese tiempo ella era básicamente una puta adicta a la metanfetamina, flaca como la putamadre y toda desaliñada, así que si tuvo algún atractivo, debió haber sido hace mucho tiempo.

Yo pensaba que podía manejarme mejor que Jessica, pero parecía que no era nada divertido. Me repetía a mí mismo que no era yo quien estaba en peligro: solo había una cosa sobre la que pretendía mentir, en verdad, y era algo más que nada para mis adentros; y ya que Nolan no iba a testificar, el único que podía decir lo que yo no iba a decir era Andy. Y no era algo que le ayudaría.

Otra vez estaba mirando la espalda de Andy y sumergido en mis pensamientos, nervioso, como ya dije, cuando la fiscal rechazó la oportunidad de continuar interrogando a Jessica y el juez llamó al testigo siguiente y el fiscal dijo que el Estado llamaba a Michael Jerome Bond al frente. Ese era yo.

Pasé al frente y me pidieron que dijera mi nombre, que pusiera mi mano sobre la Biblia e hiciera un juramento y luego me dijeron que me sentara y lo hice; entonces, sucedió algo gracioso: me sentí completamente relajado. Estar ahí sentado en el podio de los testigos, más arriba que todos a excepción del juez, me hizo sentir que estaba en mi propia corte. Alfombra verde oscura, madera barnizada, luces bajas sobre nuestras cabezas; todo era mío. No había tenido esa sensación hacía mucho tiempo. Giré y miré a la derecha hacia el jurado. No me fastidiaban. La sala incluso ya no se sentía fría.

¿Podía decir cuál era mi relación con el acusado?

Claro que sí. Yo era su amigo.

¿Cuánto tiempo hacía que el acusado y yo éramos amigos?

No lo sabía. Quince años, unos años más o unos años menos. Recordaba haber jugado con él en el parque incluso cuando estábamos en primer grado.

¿Decirle mi edad a la corte?

Veintidós años.

¿Recordaba los hechos de la tarde del ocho de agosto de dos mil cinco?

Sí, los recordaba. Si se refiere al día en que murió Jeremy.

¿Dónde me encontraba el ocho de agosto?

Estaba en casa de Andy Munson.

Para que quede en registros, ¿la casa que posee Andrew Munson en 314 Lake Street?

Sí.

¿Había más personas?

Sí.

¿Sus nombres?

Jeremy y Nolan.

¿Se refiere a Jeremy Schiff y Nolan Taylor?

Sí.

¿Y esa fue la noche en que Jeremy Schiff fue asesinado?

Objeción. Explicación legal relacionada a la objeción, etcétera, etcétera. Ha lugar. Reformule la pregunta.

¿Fue la tarde en que murió Jeremy Schiff?

Sí.

Por primera vez desde que me puse al frente miré a Andy. No fue que estuviera evitando mirarlo. Solo no se me había ocurrido hasta ese momento. Me sentí bien de que él esperara muy poco de mí. Sin embargo, era sorprendente cómo se veía, y eso me descolocó por un minuto. Nunca

lo había visto así. Se le veía medio muerto. Se le veía hecho una mierda. Parecía que hubiera estado llorando mientras Jessica estaba en el estrado, algo que me impresionó un poco, porque no me había imaginado, para nada, a Andy Munson llorando por algo, nunca. Y ahí estaba él, medio desparramado en su silla y ni siquiera su costoso traje gris carbón podía borrar la impresión general de alguien que había perdido todo lo que hay que perder en este mundo. Sentí vergüenza por él. No era la manera como a uno le gustaría verse. Deseé que Nolan hubiera podido verlo así. Él podría haberse convertido en evidencia del Estado como yo hice. A la mierda Andy. Nolan tenía miedo de decirlo, todavía le tenía miedo a Andy, prefería enfrentar muchos años de cárcel antes que joder a Andy. ¿Yo? Yo estaba listo para mandar a Andy al lugar donde el sistema legal decía que él debía terminar. Si lo soltaban, probablemente me habría metido en un buen problema, pero, ¿qué iba a hacer él? ¿Matarme? Ya había hecho eso una vez, y ya ven lo que pasó.

¿Qué estaba haciendo yo en casa de Andrew Munson esa tarde?

Pasando el rato. Fumando.

¿Qué quiero decir con fumando?

Drogándonos. Le respondí encogiéndome de hombros.

¿Qué clase de drogas?

Met. Hierba.

¿Metanfetamina? ¿Marihuana?

Sí.

¿Qué más estaba haciendo?

Pasando el rato, ya le dije.

Esa fue la primera vez que vi su mirada, esa mirada que me decía que quizás había ido muy lejos en el acuerdo confidencial, que me pasaba de confiado a arrogante. Y que podía sentirlo, y no le gustaba.

¿Qué estaba haciendo Jeremy Schiff en ese momento?

Lo mismo.

¿Drogándose?

Sí.

¿Metanfetamina y marihuana?

Met. No fumó hierba ese día que yo sepa, al menos no cuando yo estaba con él.

¿A qué hora estuve con él?

Desde, más o menos, las tres en punto, quizás, hasta las siete, más o menos.

Según el informe del forense Jeremy Schiff falleció aproximadamente a las seis de la tarde.

Eso sonaba correcto.

¿A qué hora llegamos a la residencia ubicada en 314 Lake Street?

Yo diría que poco después de las cuatro.

¿Dónde estuvimos antes?

En los videojuegos.

Regresó a su mesa y su asistente hojeó unas páginas con anotaciones y se las entregó.

¿En Diversiones Buzzy en 203 First Street?

Sí.

Dejó las anotaciones y regresó hacia mí como un enano emocionado.

¿Qué hacíamos ahí?

Jugábamos videojuegos. Yo trabajaba ahí. Andy, Jeremy y Nolan pasaban el rato ahí todo el tiempo cuando yo estaba trabajando.

Se detuvo por un segundo y me miró como si dijera en silencio no digas mucho, no respondas más de lo que estoy preguntando. No me molestaba, pero era pesada la fiscal. En ese momento yo ya había decidido que me importaba un carajo lo que ella pensara. Miré a la asistente. Se llamaba Chris. Usaba el mismo tipo de blusa y chaqueta pero le quedaban mucho mejor. Le había echado el ojo desde septiembre, casi apenas me arrestaron por primera vez. Tenía el cabello muy rubio y ojos azul marino y una boca un poco carnosa con un poquito de lápiz labial y siempre lucía exactamente igual y hablaba exactamente con la misma voz, un poco suave y moderadamente alta. También usaba gafas con marcos negros delgados, a mi parecer, solo para que la hicieran lucir más seria. Durante todo el interrogatorio antes del juicio, ella había sido extremadamente encantadora conmigo y yo sabía que ella podía estar en la facultad de Derecho y lo que sea, pero no era mucho mayor que yo, en verdad, estaba casi seguro, y la fiscal le había dejado hacer la declaración de apertura aquella mañana al inicio del juicio, y se notaba que estaba muy asustada, que no tenía más experiencia en un juzgado que la que yo tenía. Y yo no tenía ninguna experiencia. Sentí que la estaba mirando para calmarla, para decirle que todo estaba bien, que estábamos en el mismo equipo, que me gustaba, que conmigo estaba segura.

Así que habíamos estado en los videojuegos hasta casi las cuatro en punto. ¿A esa hora salimos a la residencia de Lake Street?

Sí.

¿Y nos estábamos divirtiendo en los videojuegos? ¿No discutimos, nada por el estilo?

Sí. O sea, no. No hubo discusiones.

¿Nada que hubiera hecho que Andrew Munson se molestara con Jeremy Schiff?

No, nada que yo hubiera visto.

¿Podría contarles acerca de la relación entre Andrew y Jeremy?

Objeción. Bla bla bla. Denegada.

Eran amigos.

¿Acaso Andrew Munson no acosaba a Jeremy? ¿Era eso lo que yo llamaba ser amigos?

Objeción. Ha lugar.

¿Había visto alguna vez a Andrew Munson hacer daño a Jeremy?

Sí. Quiero decir, creo que todos lo fastidiábamos un poco.

¿Había visto a Andrew Munson atropellar a Jeremy con un auto cuando Jeremy estaba caminando por la calle?

Objeción. Irrelevante, etcétera. Denegada.

No exactamente.

¿No había visto a Andrew atropellar a Jeremy?

No lo atropelló.

¿Cómo lo llamaría, entonces?

Diría que lo golpeó.

Andrew Munson golpeó a Jeremy Schiff con un vehículo.

Sí.

¿Qué más? ¿Qué otras cosas le hacía Andrew a Jeremy?

Lo de costumbre. Torcerle el brazo tras la espalda, restregarle la cara en la alfombra, cosas así.

¿Todo solo para divertirse sanamente?

Más o menos.

Cruzó los brazos y movió la cabeza hacia el jurado.

Tendrían que haber conocido a Jeremy. No era que él lo buscara, sino que simplemente no podías evitarlo de ninguna manera, aunque yo siempre fui más amable con él que sus otros amigos, quizás porque yo lo conocía mejor. No era que fuera gordo o débil o estúpido o feo. No lo era. Simplemente era distinto en una manera que no era buena onda, por ejemplo, sus pasatiempos y esas cosas. Estaba nervioso todo el tiempo. El tipo se preocupaba de todo. Si tenía un día perfectamente bueno con quizás una pequeña cosa que no salió bien, se iba a dormir por la noche pensando que todo el día había sido un desastre y que su vida entera estaba arruinada. Esto lo sé porque yo viví con él. Viví con él cuando estábamos en secundaria y estaba viviendo otra vez con él, en estas habitaciones sobre el garage de sus padres, en el tiempo en que murió. Lo conocí por primera vez porque su papá y su mamá habían sido mis padres adoptivos luego de que mi mamá y mi papá se divorciaran cuando yo estaba en séptimo grado. Ninguno de mis padres quería quedarse conmigo y ninguno era "adecuado", así que me enviaron a vivir con Jeremy. E incluso en esa época Jeremy se iba a dormir por las noches hablando acerca de todo lo malo que tenía, al menos cuando no estaba hablando de aviones. Nunca he conocido a una persona que pudiera ver el vaso medio vacío de manera tan consistente. Todo el tiempo pensaba que tenía una enfermedad muy grave. Todo el tiempo estaba pensando que no le agradaba a nadie. Las pocas veces que tuvo novia, se convencía inmediatamente de que ella no lo quería realmente, y la volvía loca con sus preguntas e inseguridades, y al poco tiempo la chica dejaba de quererlo, y eso lo convencía de que había tenido razón todo el tiempo. Era increíblemente paranoico con los policías. Cada vez que íbamos a la casa de Andy, comenzaba a preocuparse de que la policía hiciera una redada en el lugar. Si salías por la puerta a fumar un pito, solo porque hacía un bonito día fuera, por ejemplo, y querías fumar un pito a la luz del sol, él insistía en que bajaras al sótano. De hecho, esa podría ser la manera en que empezó todo esa tarde: él insistiéndole a Andy que nos hiciera entrar.

¿Puedo contarle a la corte acerca de mi relación con Jeremy Schiff?

Éramos amigos.

¿De la misma manera en que Andy Munson y Jeremy eran amigos?

Más o menos.

La fiscal se detuvo en ese momento con los brazos cruzados, mirándome, luego se acercó de nuevo a su mesa y rebuscó entre algunos papeles. Yo no estaba siguiendo el guion y ese era un problema. Yo sabía lo que ella estaba haciendo: tratando de contrastar mi amistad con Jeremy con la de Andy, para poder hacer ver a Andy como malo. Pero por alguna razón, yo no se lo quería dejar fácil. Quería que me lo sacara, que me lo probara, algo así. Creo que la verdad es que yo estaba esperando el juicio todo este tiempo para entender

por mí mismo qué era lo que realmente había pasado ese día y por qué y quién tenía la culpa y en qué medida. Pensaba que el Estado de Idaho debía ser capaz de decidirlo, y yo no se lo quería dejar fácil a nadie, incluyéndome a mí mismo, ayudando a que la gente sacara sus conclusiones. Miré al jurado para ver cómo estaban tomando las cosas: trece personas mirándome, nada del otro mundo, ninguno de ellos destacaba por alguna razón, las caras anónimas de la justicia. Tuve la esperanza de que estuvieran haciendo las cosas correctamente, me alegré de que por lo menos un par de ellos estuviera tomando notas.

¿No era cierto que Jeremy y yo éramos como hermanos?

Ella había sacado eso de algo que le dije una vez durante un interrogatorio, pero en ese momento era básicamente algo para cuidar mi pellejo. Todavía pensaba a la defensiva en ese momento. El abogado de Andy se alistó a objetar, sentándose derecho en su silla, pero luego decidió dejarlo. Esta era una pregunta importante, una que no estaba seguro de poder responder. Me hizo ver por un segundo a la madre y al padre de Jeremy que estaban en su lado de la corte, e inmediatamente deseé no haberlo hecho. La mirada en sus rostros no me hizo sentir bien. Fue como si viera en sus rostros cada recelo que tuvieron hacia mí durante los últimos diez años.

Yo no lo sabía. Fuimos hermanos adoptivos durante un año en secundaria, si se puede decir, y después de eso seguimos siendo amigos. Éramos compañeros de habitación en el apartamento que había sobre el garage de sus padres antes de que él muriera. Yo no tenía hermanos ni hermanas y Jeremy solo tenía dos hermanas que eran bastante mayores así que supongo que de alguna manera éramos como hermanos el uno para el otro.

¿Jeremy me había dicho en al menos una ocasión que yo era como su hermano, como un hermano mayor?

Sí, lo hizo.

¿Por qué suponía que él lo había dicho?

No estaba seguro. No tenía sentido, porque para comenzar, éramos de la misma edad. Pero supongo que él me admiraba un poco.

¿No era verdad que Jeremy generalmente seguía su ejemplo?

Tal vez. No lo sabía. Él no tenía que hacerlo.

¿Pero no era cierto que cuando él no seguía mi ejemplo, cuando él no actuaba de la manera en que yo pensaba que el actuaría, la manera buena onda, la manera en que actuaba Andrew Munson, le hacían sufrir las consecuencias?

Objeción, objeción. Está guiando al testigo, etcétera. Ha lugar.

¿Por qué me habían retirado de la casa de los Schiff en octavo grado luego de vivir con ellos durante un año?

El señor y la señora Schiff pensaban que yo era una mala influencia.

¿Y eso por qué?

Jeremy y yo comenzamos a fumar hierba.

¿Y de quién fue esa idea?

Mía.

¿Podía contarle a la corte acerca de la ocasión en que Andrew Munson golpeó a Jeremy Schiff con el auto?

Objeción. Irrelevante. Objeción denegada.

Definitivamente, era bastante astuta. Las cosas no iban como yo las había esperado. Podía ver a dónde quería llegar: Jeremy era fácilmente manipulable y cuando no nos seguía la corriente, nos la agarrábamos con él, generalmente era mi culpa. Era una manera interesante de ver las cosas, y yo no estaba completamente preparado para aceptarlo.

Andy, Nolan, Jeremy y yo estábamos en el cine. Habíamos escondido dos botellas de vodka y las habíamos hecho entrar, estábamos mezclándolas con 7Up. Luego de la película, Jeremy pensó que no debíamos manejar porque los policías nos arrestarían por ser menores de edad y consumir alcohol y por manejar ebrios y…

¿Qué edad teníamos en ese tiempo?

Diecisiete, dieciocho.

Continúe.

Así que Jeremy no entró en el auto de Andy. Entonces, Andy me pidió que lo hiciera entrar, pero Jeremy no quiso. Comenzó a caminar por la playa de estacionamiento como si fuera a irse solo por su cuenta. Andy bajó las ventanas y comenzó a manejar a su lado. Comenzó a decir ¿Jeremy necesita que lo lleven? Y Jeremy le dijo que… empezó a insultarlo. Y Andy volvió a preguntarle si necesitaba que lo llevaran y Jeremy le volvió a decir lo mismo, y de repente la cosa se puso graciosa y Nolan y yo comenzamos a reírnos. Entonces Andy detuvo el auto y dejó que Jeremy se adelantara un poco frente a él. Y luego dijo Jeremy necesita que

lo lleven, y pisó el acelerador y golpeó a Jeremy por detrás, y Jeremy salió volando por encima de la capota.

¿Jeremy había resultado herido?

Sí.

¿Qué heridas tuvo?

Se le torció el tobillo y tuvo varios moretones feos.

¿Qué tan feos eran los moretones?

Bueno, los tenía en todo el trasero, así que no los vi exactamente, excepto los que tenía en la parte baja de su espalda. Pero él decía que los moretones le llegaban hasta los muslos.

¿Y qué pasó luego de eso? ¿Luego de que Andrew Munson atropellara a Jeremy?

Jeremy subió al auto.

Eché un vistazo a Andy otra vez justo en el momento en que dije eso, pero él estaba mirando sus manos sobre su regazo. La fiscal volvió a su mesa y ella y su asistente ordenaron algunos papeles. Yo miraba a la asistente. Podía ver sus pantorrillas debajo de la mesa. Ella no me miraba. La fiscal regresó hacia mí y bajó la cabeza como si se estuviera concentrando bastante, luego comenzó a hablar en una voz un poco más suave que la que usaba generalmente.

¿Podría contarle a la corte lo que sucedió en casa de Andrew Munson luego de que llegaran de los videojuegos?

Prendimos la tele y comenzamos a fumar cristal.

Describa cómo lo hicieron.

Lo inhalábamos. Nunca lo fumamos ni nos lo inyectamos, aunque yo pensaba que Andy quizás se la fumaba cuando ninguno de nosotros estaba por ahí.

Objeción. Acérquense al estrado, señores.

Los abogados se acercaron al estrado y hablaron durante un minuto y el abogado defensor agitó los brazos un par de veces. Yo realmente no me fijaba en nadie ni me enfocaba en nada. Me acordaba de nosotros fumando cristal ese día en la casa de Andy, y comenzaba a sentirme nervioso otra vez y un poco enfermo. Podía verlo todo bastante claro.

Ha lugar. La última declaración del testigo, desde "aunque yo pensaba", etcétera, será retirada del registro. Se ordena al jurado ignorar esa declaración. Testigo, por favor restrinja sus declaraciones a bla bla bla.

¿Por cuánto tiempo antes de ese día había venido consumiendo metanfetamina?

Aproximadamente desde la primavera. Tres meses más o menos.

¿Y cuándo comenzó Jeremy Schiff?

En la misma época que yo.

¿Qué tan seguido lo hacíamos?

Casi todos los días.

¿Cómo lo conseguíamos?

Andy lo conseguía de alguien que él conocía.

¿Quién lo pagaba?

Andy.

Ese era uno de los problemas con Andy. Podía ser un verdadero imbécil, pero también podía ser muy generoso. Tenía un montón de dinero que había heredado de su abuelo, un doctor famoso en el pueblo porque había inventado un dispositivo usado en el tratamiento de víctimas de parálisis. Andy había obtenido parte de su herencia cuando cumplió los dieciocho años, y se suponía que obtendría el resto cuando se graduara en la universidad, lo cual nunca hizo. En el momento en que Jeremy murió, estaba atravesando procesos legales con los que se suponía que obtendría el resto de su dinero por medio de un vacío legal. Hablaba de eso todo el tiempo, y parecía que habría sido más fácil terminar la maldita universidad. Pero él nunca se preocupaba del dinero, ni de hacer que alguien pagara algo, ni siquiera por hacerte sentir que tuvieras que devolverle algo. Podía ser una buena persona en ese aspecto, y podía ser muy gracioso también a veces, solo por la manera en que decía las cosas, y tenía buena apariencia y le gustaba a las chicas. Todo eso hacía que valiera la pena estar con él, a pesar de que él obviamente usaba todas esas cosas para controlarte.

Por favor, continúe describiendo los hechos del ocho de agosto.

Estábamos viendo televisión, algún partido de tenis con María Sharapova. Acabábamos de terminarnos el cristal. Nolan quería fumar, así que Andy fue y trajo una bolsita de hierba y se la entregó. Andy y Jeremy no querían fumar, así que Nolan y yo salimos por nuestra cuenta.

¿Nolan y yo salimos para fumar un pito?

Nolan tenía una pipa.

¿Y los dos dejamos a Andy y Jeremy solos?

Bueno, sí.

¿Eso era inusual?

No.

Pero justo entonces empecé a pensar lo poco usual que era. Siempre éramos los cuatro o por lo

menos tres de nosotros saliendo a fumar una pipa, o solo nos quedábamos en la casa. Pero pasó que ese día solo éramos Nolan y yo, y que queríamos salir porque era un bonito día. Pero yo no veía por qué la fiscal querría inferir algo a partir de eso. ¿Qué? ¿Que era seguro que Andy mataría a Jeremy si se les dejaba solos durante diez minutos? ¿Que era como dejar al gato dentro con un doberman? Estaba tratando de hacer trampa otra vez, así que me detuve en la respuesta que le di.

¿Luego qué paso?

Nada. Nolan y yo fumamos un par de pipas.

¿En qué estado estábamos en ese momento?

No puse objeciones a una pregunta como esa. Ahí estaba yo frente a todas esas personas —el jurado, el señor y la señora Schiff, los padres de Andy, que estaban detrás tomados de la mano, la asistente de la fiscal— y ella me pedía que dijera la mierda que soy. Una de las razones por las que creo que no me importaba era que había estado limpio por mucho tiempo desde entonces. Primero, estuve en la cárcel; además, con Andy en la cárcel yo no sabía donde conseguir met si hubiera querido, porque siempre era Andy el que conseguía, y además supongo que simplemente estaba poco dispuesto. Se sentía bien estar limpio después de tanto tiempo. Parte de la atracción del met es que no importa lo cagado que te ponga, siempre te da algo que esperar, y lo que esperas es esa sensación que te hace creer que algo está pasando, algo importante y excitante, incluso si solo estás sentado en una habitación con otra gente cagada que piensa lo mismo que tú mientras todo se va a la mierda. Pero luego de quedar en libertad siempre había algo que estaba pasando, algo que tomó el lugar del met, que era el hecho de que estaba involucrado en un juicio por asesinato. Y no puedo fingir que estaba consciente todo el tiempo de eso, pero sí sentí, incluso en la mitad de mi testimonio, esa especie de desilusión que llega cuando los efectos de la droga están por acabarse. ¿Qué estaría haciendo mañana? Y por eso tampoco me preocupaba por lo que le decía a la gente, porque en verdad no tenía familia y mis amigos estaban muertos o en la cárcel. ¿A quién le importaría?

Bueno, estábamos fumados, pero eso era bastante usual.

¿Usualmente estábamos fumados?

Claro. En ese entonces.

¿Diría que era capaz de pensar con claridad, de tomar decisiones racionales?

Eso me parecía en ese momento. Realmente, no podría estar seguro.

¿Pero sentía en ese momento que controlaba mis acciones?

Sí.

Este fue un punto importante para ella, uno sobre el que habíamos tratado largo y tendido, y yo le había dado la respuesta que ella quería con un poco de molestia, y casi pude verla sonriéndome, como si me acariciara con los ojos y me diera palmadas en la cabeza. Pero yo solo lo decía porque resultaba que era la verdad. Yo sí sentía que tenía control de mis acciones. Los cuatro actuábamos como si tuviéramos control de nuestras acciones todo el tiempo. Eran solo los resultados los que nos hacían dudar de esa sensación.

¿Incluso después de que fumé marihuana?

Sí.

¿Y solo Nolan y yo fumamos marihuana ese día?

Sí.

¿Andrew Munson no había fumado marihuana?

No. No que yo supiera.

Así que, en mi opinión, ¿diría entonces que Andrew Munson tenía control de sus acciones?

Objeción. Ha lugar. El testigo se abstendrá de responder esa pregunta.

¿Podría la fiscalía limitar su línea de interrogatorio bla bla bla? No importaba.

Ella ya había logrado su objetivo de todas maneras. Lo siento, su señoría, etcétera.

¿Qué pasó cuando estábamos fuera que nos hizo volver a entrar?

Escuchamos que el arma se disparó.

¿Y qué fue lo que encontramos cuando entramos?

Andy estaba sentado en la silla y Jeremy estaba en el sofá, tal como los habíamos dejado.

¿Cómo describiría a Jeremy en ese momento?

Parecía estar herido. Pensé que tal vez le habían disparado.

¿Pensé que Andrew Munson le había disparado?

Quizás.

¿Por qué pensaría eso?

Porque hubo un disparo.

¿Y nadie dijo nada?

Le pregunté a Jeremy qué había pasado.

¿Y qué dijo Jeremy?

Nada. Andy dijo que Jeremy se había golpeado la cabeza.

Me señaló con el dedo por un segundo y dejó la boca abierta. Luego antes de que yo pudiera siquiera imaginar qué se traía regresó a su mesa y tomó unos papeles.

¿Andrew Munson dijo que Jeremy se había golpeado la cabeza?

Sí. Eso creo.

Levantó el papel.

En una declaración entregada a la policía la mañana del nueve de agosto, reporté que Andrew Munson había dicho: "Se rompió la cabeza".

Yo no sabía qué decir. Parecía estar molesta. Yo solo me quedé sentado.

¿Negaba yo haber hecho esas afirmaciones?

No podía recordar la declaración y no podía recordar que alguien me hubiera preguntado alguna vez sobre eso. Yo estaba en la sala aquel día y luego Jeremy estaba muerto y luego llegó la policía y los paramédicos y todos los demás y luego tenía que responder un montón de preguntas y luego me dijeron que era libre de irme por ahora pero no tenía a dónde ir, porque sabía muy bien que no podría ir a la habitación en casa de Jeremy, así que dormí en el pasto cerca del lago y a la mañana siguiente los policías me recogieron mientras caminaba hacia el centro y me arrestaron y me llevaron para interrogarme. No podía recordar lo que había dicho en ese momento y tampoco podía recordar exactamente lo que había dicho Andy, pero justo entonces, sentado en el estrado de testigo, lo que pensé que le había escuchado decir fue "Se golpeó la cabeza".

No. Pero no es así como lo recuerdo ahora.

Acérquense al estrado, etcétera. El juez envió al jurado a la sala de deliberaciones.

Hasta donde pude entender, hubo una discusión sobre presentar mi declaración a la policía como evidencia. La defensa ganó la discusión, fuera cual fuera, y el juez llamó al jurado nuevamente. La fiscal regresó a su sitio de trabajo, y parecía un poco molesta.

Andrew Munson dijo que Jeremy se golpeó la cabeza.

En su puesto, la fiscal frunció el ceño y taconeó contra el piso, para mostrar al jurado que ella no creía en mi declaración ni por un momento, pero desafortunadamente, no había nada que ella pudiera hacer contra eso. Ella contaba con muchos recursos en caso de que sucedieran este tipo de cosas.

¿Qué estaba haciendo Jeremy?

Solo estaba sentado en el sofá como si sostuviera su cabeza.

¿Qué pasó con el disparo?

Andy dijo que Jeremy y él estaban jugando a las peleas con el arma y que esta se disparó.

¿Dónde estaba el arma?

Estaba tirada en el suelo.

¿Alguien tocó el arma antes de que llegara la policía?

No. No que yo lo viera.

¿Estaba ahí en el piso en la misma posición cuando llegó la policía?

Sí.

Regresó a su mesa y tomó el arma de una caja grande que estaba debajo y la acercó para mostrármela. Ya me la había mostrado antes. Había una pequeña etiqueta numerada sobre el arma.

¿Reconocía esta arma como la misma escopeta de calibre veinte que pertenecía a Andrew Munson, la que estaba tirada en el piso?

Sí.

¿Cómo estaba seguro de que era la misma arma?

Tenía los mismos agujeros y marcas de rasguños en la culata que había visto antes.

¿Dónde guardaba Andrew Munson el arma?

En un estante para armas en la pared de su habitación.

¿Lo había visto quitar el arma del estante anteriormente?

Sí.

¿Cuándo?

Solía hacerlo todo el tiempo como una broma.

¿Qué era lo que hacía como una broma?

La sacaba del estante y la traía para amenazar a la gente. Era casi una broma frecuente.

No sonaba muy gracioso.

Creo que usted tendría que haber estado ahí para decir si lo era.

¿Por qué otras razones Andy amenazaba a las personas?

Por no estar de acuerdo con él. No escucharle cuando estaba hablando. No respetar sus cosas. Siempre era solo una broma. Nos reíamos de él y lo mandábamos a la mierda, o sea, lo jodíamos.

¿Alguna vez el arma se había disparado antes?

No.

¿Pudimos ver ese día el lugar donde había impactado el disparo?

Sí. Dio en el techo. Andy lo miraba y se quejaba de que tendría que conseguir nuevas tejas.

Andrew Munson estaba preocupado por sus tejas.

Sí.

Se detuvo por unos segundos para dejar que esa idea surtiera efecto.

¿Y en qué momento dijo Andrew que Jeremy Schiff se había golpeado la cabeza?

No lo hizo.

¿No lo hizo?

Bueno, no al comienzo.

¿En qué momento entonces contó Andrew Munson cómo fue que Jeremy Schiff se golpeó la cabeza?

Luego de que Jeremy muriera.

Y, luego, cuando por fin tuvo la ocasión de mencionarlo, ¿dónde dijo que Jeremy se había golpeado la cabeza?

Objeción. Prejudicial y no sé que más. No ha lugar.

En la mesa de café.

¿Cómo dijo que había sucedido?

Estaban peleando con el arma, solo jugando, y Jeremy accidentalmente presionó el gatillo y el arma se disparó y eso asustó a Jeremy que se cayó sobre la parte trasera y se golpeó la cabeza.

¿Jeremy presionó accidentalmente el gatillo?

Sí.

¿Andrew Munson dijo que Jeremy presionó accidentalmente el gatillo?

Sí. Eso fue lo que dijo.

¿Y cómo explicaría yo el hecho de que cuando el arma fue recuperada el seguro estaba todavía colocado?

¡Objeción! El testigo no ha sido presentado a la corte como experto en armas de fuego.

Ha lugar.

Me sorprendió que ella nunca me hubiera mencionado esto antes, pero no me sorprendió lo que me estaba diciendo. Yo sabía que Andy había matado a Jeremy.

Yo lo sabía. Yo sabía que era un hecho que había quedado claro con el paso del tiempo, pero que había estado ahí desde el inicio. Y la información que ella me acababa de dar me ayudaba a explicar cómo había sucedido. Si el arma se disparó cuando el seguro estaba puesto, no fue porque Jeremy jalara del gatillo. Fue porque el arma se golpeó contra algo, y con fuerza.

Nolan y yo habíamos salido. Jeremy probablemente se había empezado a quejar: por qué Andy no nos hacía entrar en la casa, ¿y si los vecinos se quejaban?

Y Andy fue y tomó el arma y regresó con ella y le dijo a Jeremy que se callara. Pero no fue gracioso porque Nolan y yo no estábamos ahí. Así que Andy comenzó a molestarse de verdad y le dijo a Jeremy que era como una niña de ocho años o lo que sea. ¿Sabes cuál es tu maldito problema, Jeremy? Tu problema es que _____. Llenar el espacio en blanco. Y Jeremy diría lo mismo que siempre decía cuando Andy lo jodía tanto como para hacer que se defendiera, incluso sabiendo que eso significaba que terminaría con el brazo torcido tras la espalda o con la cara contra la alfombra, o recibiendo un fuerte golpe en el pecho. Vete a la mierda. Y como Nolan y yo no estábamos ahí para decirles que se calmaran, Andy pasó al segundo nivel, y apuntó el arma hacia Jeremy y dijo "¿Qué mierda me acabas de decir, imbécil?". Y Jeremy dijo, sin mirar a Andy desde el sofá donde estaba sentado, que te vayas a la mierda. Y así, Andy rodeó la mesa de café hasta llegar a Jeremy y le apuntó con el arma en la cara. ¿Qué dijiste, imbécil? Que te vayas a la mierda. Y Jeremy apartó el cañón del arma de un empujón. Y Andy la volvió a poner en la cara de Jeremy. Y Jeremy se paró y tomó el arma y trató de quitársela a Andy y luego pelearon por unos segundos antes de que Andy se la arrancara, porque era más fuerte y más grande, y luego, ya que Andy estaba molesto y porque nunca pensaba mucho acerca de las cosas que hacía o por qué las hacía, levantó el arma y usó la culata para golpear a Jeremy con fuerza al costado de su cabeza, y el arma se disparó debido al impacto e hizo un agujero en el techo de Andy, y Jeremy sufrió un hematoma epidural que lo hizo sentarse en el sofá por un rato sosteniendo su cabeza y luego se fue a la habitación para echarse, porque se estaba sintiendo muy mal, y poco a poco se desangró hasta morir. Eso yo lo sabía como sabía mi propio nombre.

Cuéntele a la corte lo que sucedió después de eso.

Las cosas volvieron a la normalidad más o menos.

¿Las cosas volvieron a la normalidad?

Más o menos. Jeremy se sentó en el sofá agarrándose la cabeza y el resto de nosotros conversábamos y mirábamos el partido de tenis.

¿Conversábamos y mirábamos el partido de tenis? ¿De qué conversábamos?

De Maria Sharapova. De cómo Andy y Jeremy habían hecho un agujero en el techo. Si debíamos esconder las drogas porque algún vecino podría haber llamado a la policía.

¿No hablamos acerca de la herida de Jeremy?

No.

¿No? ¿Cuándo hablamos finalmente del tema?

Después de su muerte, creo.

La fiscal siguió parada ahí con los brazos cruzados y bajó la cabeza y miró al suelo mientras permanecía callada por unos segundos. Miré a la asistente. Estaba revisando algunas notas. Miré por un instante al jurado y todos estaban mirándome, una mujer en un vestido azul marino, un viejo con anteojos, un tipo joven con una camiseta.

Cuéntele a la corte acerca de la muerte de Jeremy.

Me acomodé en la silla. Era una pregunta un poco abrupta, y por un segundo realmente me quedé en blanco, casi no podía recordarlo. Era una sensación extraña, ya que era algo sobre lo que pensaba todo el tiempo.

Dijo que quería descansar un momento porque no se estaba sintiendo bien. Sonó algo cansado y aturdido. Entró y se echó en la cama de Andy. Nolan, Andy y yo seguimos sentados ahí, conversando. Luego Andy fue a la habitación para esconder las drogas, pero pasó un rato y no regresaba. Luego volvió y dijo que Jeremy estaba muerto.

¿Cómo describiría la reacción de Andrew Munson en ese momento?

Objeción, bla bla bla. Denegada.

No sé. Andy no estaba, digamos, asustado ni nada. Diría que estaba triste, creo, al comienzo. Se veía triste.

Era difícil saber algo de Andy. Uno no podía saber nada con solo mirar su cara o sus ojos, nunca. Todo era un misterio en cuanto a Andy. Pero me sentí impelido a mirarlo justo en ese momento, justo en esa parte de mi testimonio, y lo que vi, creo, me asustó más que cualquier cosa que había sucedido, me asustó incluso más que la muerte de Jeremy, más que haber sido arrestado, más que ir a la cárcel. Andy estaba inclinado hacia adelante en su asiento, balanceándose un poco de atrás hacia delante, y estaba sollozando. Se le podía escuchar. No entendí cómo fue que no lo había escuchado antes. Era lo más ruidoso de la corte. Y, para mí, fue como que todo se hubiera destrozado, como que el mundo se hubiera deshecho. Si Andrew Munson podía sentarse y llorar de esa manera entonces todo lo que yo había conocido estaba mal, todo era una forma de impostura, y todos, todos los que estábamos en esa corte, estábamos colgando de un hilo muy, muy delgado. Y ni siquiera sabíamos el tipo de peligro en el que estábamos.

¿Y qué pasó cuando Andrew Munson nos dijo que Jeremy estaba muerto?

Llamamos a la policía.

¿Inmediatamente?

No, creo que no, no inmediatamente.

¿Qué habíamos hecho primero?

Andy nos dijo que Jeremy se había golpeado la cabeza en la mesa de café. Y escondió las drogas en el sótano.

¿No habíamos entrado a ver el cuerpo?

Habíamos entrado a ver el cuerpo. Habíamos entrado a ver a Jeremy. En verdad, fue lo primero que hicimos. Yo tenía la esperanza de que ella se olvidara de mencionarlo. Andy y Nolan se pararon al pie de la cama, yo me paré al lado, junto a Jeremy. No se veía nada malo en él salvo un poco de sangre que salía de su nariz. Me acerqué a él y puse mi mano sobre su corazón y no sentí nada. Era extraño. No te das cuenta de lo acostumbrado que estás a sentir un latido hasta que dejas de sentirlo. Moví el hombro de Jeremy y dije su nombre un par de veces. Pensé que se despertaría sobresaltado como siempre. Sus ojos siguieron cerrados. No se movió. Estaba sucediendo algo jodido y extraño, y pensé que tenía algo que ver con las drogas. Si solo hubiera podido tener mi cerebro limpio de drogas, habría estado sucediendo algo distinto. Hacía varios meses que había empezado a meterme met todos los días y cuando lo hacía había llegado a sentir que en realidad no me estaba drogando y cuando no estaba drogado, sentía que sí lo estaba, pero no de buena manera. De algún modo, las cosas se habían retorcido, lo que era real no era real y viceversa, y si hubiera podido limpiar mi cerebro no habría estado ahí parado junto al cuerpo muerto de Jeremy Schiff. Habría estado haciendo algo distinto, algo que sería lo real. Habría estado haciendo lo que estaba haciendo un par de horas antes, que era jugar Pac-Man con Jeremy en los videojuegos. A Jeremy y a mí nos gustaban los juegos retro. No tenías que esperar que las máquinas estuvieran libres porque nadie más las jugaba, y había algo especial en su simplicidad,

en su inocencia, la manera en que no trataban de empujarte a una escena de sangre y vísceras. Nos hacían sentir niños otra vez. Nos reíamos de la misma manera que lo hacíamos en la secundaria y no nos importaba nada. No teníamos que prestarles atención a Andy y Nolan. Yo era el rey del Pac-Man, y le estaba enseñando a Jeremy. Yo conocía los patrones hasta la decimotercera llave, pero Jeremy nunca podía llegar hasta las llaves, siempre se quedaba en los dragones. Ese día, finalmente, había logrado pasar los dragones, pero se había emocionado tanto que perdió su último Pac-Man casi inmediatamente después de haber conseguido la primera llave. Aun así, yo estaba orgulloso de él. No muchos logran llegar hasta las llaves, y seguro que lo haría mejor la próxima vez. Pero todavía seguía echado en la cama y no se movía. La cosa era sacarlo de la cama y llevarlo de nuevo a los videojuegos. Empujé mis manos contra su pecho un par de veces. Le cerré la nariz y levanté su mentón y traté de echar aire a sus pulmones. Y lo mismo seguía sucediendo. Él seguía echado ahí.

Después de un minuto noté que Andy y Nolan se habían ido. Los podía escuchar en el otro cuarto. Yo seguí mirando a Jeremy. Se le veía en paz.

Usualmente Jeremy se veía agitado, con el rostro tenso y los ojos nerviosos, siempre moviendo las manos. Estaba más tranquilo que nunca, incluso más tranquilo que cuando dormía, cuando solía dar vueltas en la cama y a veces hacía rechinar sus dientes. Parecía que estuviera durmiendo profundamente por primera vez en su vida. Lo dejé así.

Sí, vimos el cuerpo.

¿Los tres juntos?

Sí.

¿Y Andrew Munson dijo algo en ese momento?

No. Solo estuvo ahí parado.

¿En qué momento contó Andy cómo se había golpeado la cabeza Jeremy?

Cuando me reuní con él y Nolan en la sala de estar.

¿Estuve solo en la habitación en algún momento?

Sí.

¿Por cuánto tiempo?

Solo un minuto.

¿Y qué estaba haciendo?

Solo me quedé parado ahí. Luego traté de reanimarlo. Después le hice respiración boca a boca.

¿Tenía entrenamiento en alguno de esos procedimientos?

No.

Caminó hacia atrás y adelante por unos pocos segundos.

¿Quién decidió llamar al 911?

Andy.

¿Cuánto le había tomado decidirse?

Unos pocos minutos.

¿Le había tomado unos pocos minutos decirles cómo habían sucedido las cosas?

Sí.

¿Cómo Jeremy se había golpeado la cabeza en la mesa de café?

Sí.

¿Había escuchado el testimonio del patólogo forense esa mañana?

Sí.

¿Había escuchado su testimonio acerca de las fracturas con hundimiento de cráneo del tipo que sufrió Jeremy?

Sí.

¿Le escuché decir que una fractura de ese tipo era el resultado de una fuerza considerable?

Sí.

¿Sabía de qué estaba hecha la mesa de café de Andrew Munson?

Pensé que estaba hecha de algún material barato.

¿Y tenía esquinas filudas?

No lo recuerdo.

De repente, la fiscal se alejó por un segundo y yo miré a Andy. Él seguía llorando, pero más despacio ahora. Me alegró que se hubiera callado un poco. Parecía que no quería mirarme ni mirar a nadie. Me sentí mal por él, porque tuviera que estar así frente a todas esas personas. Era como que lo hubieran destajado y le hubieran dado la vuelta, y eso me incomodaba y me daba miedo.

¿Era esta la habitación de Andrew Munson?

Me mostraba una fotografía. La recordaba de la preparación de testigos.

Sí.

¿Su mesa de café?

Sí.

¿Cómo describiría yo las esquinas y los bordes?

Sin filo. Algo redondeados.

Se fue y dejó la foto.

¿Quién le contó a la policía sobre el arma?

Andy.

¿Y les había contado lo mismo que le contó a Nolan y a mí? ¿Que Jeremy había disparado el arma accidentalmente?

Sí.

¿Cuándo se lo dijo a la policía?

Apenas llegaron.

¿Apenas llegaron? ¿Diría yo que Andrew Munson estaba más apurado por contar su historia a la policía antes que llamar al 911 en primer lugar?

¡Objeción! La fiscalía sigue con su no sé qué, su señoría. Ha lugar.

La fiscal cruzó los brazos y puso una mano en su mentón y cerró los ojos como si hiciera mucho esfuerzo en pensar.

¿Había escuchado al patólogo forense decir que solo apenas el veinte por cierto de hematomas epidurales acaba en muerte?

Sí.

¿Y le había escuchado decir cuál era el factor más importante en el tratamiento de los hematomas epidurales?

Sí.

¿Cuál era ese factor?

Atención médica inmediata.

Movió la cabeza de arriba abajo hacia el jurado y repitió las palabras —atención médica inmediata— moviendo la cabeza de arriba abajo con cada palabra.

Entre el momento en que Nolan y yo escuchamos el disparo y el momento en que Andrew Munson nos dijo que Jeremy Schiff estaba muerto, ¿alguno de nosotros había sugerido llevar a Jeremy al hospital?

No.

¿Andrew Munson lo sugirió?

No.

¿Yo lo había sugerido?

No.

¿Se me ocurrió que podía ser una buena idea llevar a Jeremy Schiff al hospital?

No, creo que no.

¿Ni cuando Andrew Munson dijo que Jeremy se había golpeado la cabeza, ni cuando Jeremy dijo que le dolía la cabeza, ni cuando dijo que necesitaba ir a echarse porque no se sentía muy bien?

No.

La fiscal había dejado de ser amable conmigo, eso era obvio, y me estaba haciendo preguntas que no me había hecho antes, y nos estábamos acercando al área a la que yo no quería acercarme, y no sabía cómo explicar mi reacción aquel día. Lo único que se me ocurrió en ese momento, en verdad, fue que no deberíamos haber ido donde Andy. Recuerdo que pensaba mucho en eso. Sabía que Jeremy no estaba contento conmigo por llevarlo allá.

Casi una semana antes, los dos habíamos pedido prestado el bote del tío de Jeremy para ir a hacer esquí acuático. Era algo que solíamos hacer en la secundaria, y Jeremy quería ir un día porque decía que necesitábamos hacer ejercicio y respirar aire fresco. Condujimos el bote fuera del lago y nos dirigimos al río, donde el agua era tranquila como un espejo. Pero después de haber hecho todo el camino, nos dimos cuenta de que habíamos dejado el esquí en el garage del tío de Jeremy.

El sol estaba muy brillante y lanzaba rayos amarillos sobre el agua que reventaban en mis ojos y me daban dolor de cabeza. No teníamos drogas ni alcohol. Jeremy detuvo el motor y flotamos cerca de una ensenada donde había muchos juncos y una tortuga sobre un madero y un nido de águila pescadora en lo alto de un viejo pilote. Me puse a pensar cuánto demoraría yo en sugerir que regresáramos el bote, y luego, después de que nos hubieran dado un aventón y que estuviéramos de vuelta en el pueblo, cuánto nos tomaría llegar a casa de Andy. Me puse a pensar cómo podría pedirle a Andy que nos dejara fumar un poco. Yo sabía que él fumaba cuando nosotros no estábamos ahí, pero él siempre fingía que no, diciéndonos que no debíamos fumar met porque eso era lo que nos hacía adictos. Yo ya era adicto de todas maneras así que esa lógica no me engañaba. Solo era otro truco de Andy para darnos órdenes.

Jeremy estaba determinado a hacer un poco de ejercicio, así que se quitó la camiseta y se sumergió para nadar. Lo miré chapotear en el agua clara y juguetear con un chaleco salvavidas, ajustando las correas sin ningún motivo, solo por hacerlo. Al poco rato Jeremy regresó nadando al bote y se agarró de la escalera.

"Entonces, ¿vamos a ir a casa de Andy otra vez hoy?", preguntó.

"Claro", contesté. "¿Por qué no?"

Extendió la mano sobre el agua y estiró los dedos, movió el brazo haciendo pequeñas ondas, sintiendo la superficie. "Te podría dar varias razones", respondió.

"¿Cuáles?"

"Que es un imbécil, por ejemplo. Que no tenemos ninguna razón para pasar el tiempo con

él. Y cuál es exactamente el objetivo que esperamos alcanzar."

"¿Tenemos que lograr un objetivo?", dije yo. "No sabía que teníamos que lograr un objetivo hoy."

Comenzó a golpear el agua con la palma de la mano, pequeños golpes que hacían un tintineo, lo único que se podía escuchar aparte de los autos que pasaban zumbando por la carretera al otro lado del río. "Tenemos que alcanzar algún objetivo alguna vez, ¿no?", dijo. "Carajo, eres el único de los cuatro que al menos tiene un maldito trabajo."

"Andy tiene dinero. Está comprando."

"Sí", respondió él, y sumergió su boca en el agua y salió escupiéndola entre sus dientes. "Gran cosa."

"Todavía estás molesto con él por lo de ayer", dije.

El día anterior habíamos estado en casa de Andy sentados alrededor de la mesa de la cocina. Jeremy tomaba una cerveza y la ponía justo detrás de su codo en la mesa. Andy le dijo que iba a botar la botella de la mesa con el codo. Jeremy le dijo que no, que no lo iba a hacer, y no lo hizo. Siguió poniendo la botella en el mismo sitio mientras bebía de ella y Andy siguió mirando lo que él hacía. Cuando la cerveza estaba casi a la mitad, Andy se estiró sobre la mesa muy rápidamente y rozó el brazo de Jeremy haciendo que su codo golpeara la botella y la derribara. La botella no se rompió pero la cerveza se derramó por todo el piso. "Te lo dije", dijo Andy, e hizo que Jeremy limpiara todo.

Jeremy subió por la escalera y se metió al bote. Se veía más flaco que la putamadre. Yo también me veía flaco, lo sabía. No me gustaba mirarme a mí mismo, lo cual podría haber sido la razón por la que no me quité la camiseta ni me metí a nadar. Me preocupaba eso un poco, el no comer ni dormir, y solía revisar mis dientes en el espejo para ver si se estaban estropeando, pero no, aún estaban bien.

"Es que… ¿por qué tengo que soportar toda esa mierda?", dijo Jeremy.

"No tienes que hacerlo", dije yo. "Mándalo a la mierda." En realidad, esa era una manera de provocarlo. Jeremy no podía mandar a Andy a la mierda.

Puso su mano sobre su pecho por un segundo, para sentir sus latidos luego de haber nadado. Siempre pensaba que tenía arritmia cardíaca. Por un momento luego de que muriera incluso yo pensé que tal vez tenía razón, que esa había sido la causa. Pero luego dieron el informe del forense.

"¿Cuántos años tiene el imbécil de Andy?", preguntó Jeremy. "O sea, ¿tiene doce años el idiota?"

En verdad, Andy a veces actuaba como si tuviera doce años. Las personas solían considerarlo como algo atractivo, pero yo me daba cuenta de que eso no duraba mucho rato. No le quedaban muchos años para actuar así antes de empezar a parecer un idiota.

"¿Sabes qué, Mike? Siento que ya he superado toda esta mierda." Estaba temblando, usando su camiseta para secarse, porque además nos habíamos olvidado de llevar toallas. Lanzó su camiseta sobre el asiento contrario y siguió temblando. "Ya basta de tanta mierda. Tal vez tú y yo deberíamos mudarnos a Spokane. Podríamos encontrar un departamento y conseguir empleos y ahorrar dinero para la universidad estatal."

"Sí, podríamos hacer eso", respondí. "Eso suena como un plan." Me miró con una expresión algo optimista. Yo sabía que no era una mala idea. A los dos nos habría venido bien un cambio. Pero yo no estaba listo para cambiar en ese momento, y si yo no estaba listo para cambiar, entonces Jeremy no iba a cambiar, aunque yo nunca entendí realmente por qué era así.

"Es que, ya sabes, eres como un hermano mayor para mí, Mike", dijo, como si respondiera la pregunta que yo tenía en mi mente. Fue entonces que dijo, justo en ese momento, lo que les dije a los fiscales más adelante. "Tenemos que ayudarnos a salir de esto", dijo Jeremy.

Yo asentí, jalando la correa del chaleco salvavidas. Era de color amarillo y negro, y el flotador de espuma se sentía tibio en mis manos. "Tienes razón", le dije. "Y lo haremos."

Él seguía mirándome con esa expresión optimista, y yo no sé cómo me veía yo o qué vio él en mi rostro, pero inmediatamente frunció el ceño y entornó los ojos y miró hacia donde estaban los juncos, donde la tortuga aún estaba sentada bajo el sol, sin haberse movido ni una pulgada. "Bueno", dijo. "Pero hoy iremos donde Andy." Luego no dijo nada más y avanzó hasta la parte delantera del bote y presionó el interruptor de encendido y yo fui y me senté frente a él y regresamos con el bote al pueblo y fuimos a casa de Andy. Y seguimos yendo hasta el día en que Jeremy murió.

¿No hubo algún indicio de que Jeremy Schiff estaba seriamente herido?

Yo no lo creí. No estaba seguro. Él parecía estar bien.

¿A mí me pareció que él estaba bien?

Más o menos. Quiero decir, creo que sí.

¿No dije yo que se veía herido? ¿No había dicho yo que se agarraba la cabeza? ¿No había dicho que se le veía "cansado y aturdido"?

Sí.

¿Esa era la manera en que Jeremy actuaba normalmente luego de usar metanfetamina?

No.

¿Normalmente quería ir a echarse porque no se sentía bien?

No.

A mi juicio, ¿eso no parecía suficiente razón para alarmarse?

No. Quiero decir, me pareció que no. O sea, yo no me alarmé en ese momento.

¿Cómo respondimos cuando Jeremy Schiff dijo que no se sentía bien y que necesitaba ir a recostarse?

Miré a Andy. Había dejado de llorar por un minuto pero respiraba fuertemente, como si no tuviera aire, como si alguien lo hubiera golpeado. Él me estaba mirando, y yo traté una vez más de ver si podía hacer que sus ojos me dijeran algo sobre él, pero lo único que pensaba que podía ver en sus ojos era que estaba muy cansado, y que quería que todo se acabara. Incluso parecía que tal vez se estaba sintiendo como yo me sentía al inicio, que solo quería que alguien llegara al fondo del asunto, para que todos pudieran dejar las cosas en paz, dejar a Jeremy en paz. No se le veía asustado de lo que yo iba a decir. Pero yo sí tenía miedo de lo que estaba a punto de decir. Podía sentir a todos mirándome. Me sentía como si estuviera siendo cazado, como si necesitara escapar hacia algún rincón en alguna parte. Si de alguna manera me hubiera podido esconder en un rincón, en algún lugar donde nadie pudiera alcanzarme, habría podido decir la verdad. Había intentado mentir, pero en ese momento supe que no lo haría. Todo parecía llamar a la verdad. No solo eran los ojos de todo el mundo, no solo eran los ojos de Andy, era como si incluso el aire en la corte estuviera buscando la verdad, como si la imagen de Jeremy que tenía yo en mi mente estuviera llamando a la verdad, como si la verdad fuera algo inevitable. Yo solo tenía que meterme en ese rincón escondido para decir la verdad. Así que cerré los ojos, y funcionó: encontré mi rincón.

Nos reímos.

Mis ojos estaban cerrados y había silencio. Luego escuché que Andy empezaba a llorar de nuevo. Mantuve los ojos cerrados. La voz de la fiscal vino por el aire y envolvió mi cabeza.

¿Nos reímos?

Sí.

¿Había algo de qué reírse?

Mis ojos estaban cerrados y yo estaba recordando y hablando al mismo tiempo y no podía diferenciar el recuerdo de la conversación.

Jeremy dijo que no se sentía bien y que quería ir a recostarse. Le preguntó a Andy si podía echarse en su cama. Su voz parecía la de un borracho y arrastraba las palabras. Andy dijo que claro que sí, lo cual me sorprendió. Hasta lo dijo con una voz suave. No le hizo ningún problema. Jeremy se levantó del sofá con una mano agarrando un lado de su cabeza y dio un paso y se golpeó con la mesa y luego casi se tambaleó hasta la habitación. Era como si la tierra se estuviera moviendo bajo sus pies, siguió tambaleándose de un lado a otro a cada paso como si estuviera tratando de rodear algo, como si fuera un niño que acaba de dar vueltas en un carrusel. Se veía gracioso. Nos reímos, los tres, aunque recordé entonces que Andy no se había reído como nos reímos Nolan y yo. Se rió a medias, como si se estuviera riendo solo porque Nolan y yo lo hacíamos. Y quizás Nolan no estaba realmente riéndose mucho, tampoco. Tal vez yo era el único que se estaba riendo realmente. Quizás yo era el único que pensaba de verdad que era algo gracioso. No sé por qué. Era como aquella vez con el auto, solo parecía gracioso. El sol entraba por las cortinas y atravesaba el piso y el arma estaba tirada ahí y yo estaba riéndome de Jeremy mientras la sangre se amontonaba bajo su cráneo golpeado y presionaba su cerebro, perturbando su equilibrio y haciendo que no pudiera caminar derecho.

Abrí los ojos. No podía diferenciar entre lo que había estado diciendo y lo que había estado recordando. Miré alrededor para ver la mirada de los ojos que me observaban, y todas las miradas se veían igual, el jurado, la fiscal, la asistente de la fiscal, los padres de Andy, los padres de Jeremy, incluso Andy. Todos los ojos en el lugar eran los mismos, fijos, de piedra, muertos, incluso los que tenían lágrimas saliendo de ellos, como los de Andy. Todos los ojos decían que se había terminado, al fin, que el libro se había cerrado en algún punto. Para los ojos, todo había terminado.

No más preguntas, su señoría.

¿La defensa desea interrogar al testigo?

Los abogados defensores bajaron las cabezas y susurraron mientras Andy seguía sentado ahí con las lágrimas saliéndole de los ojos, ya sin mirarme. Ya nadie me miraba. El abogado defensor se puso de pie.

No, su señoría.

El testigo puede retirarse.

Consiguieron lo que querían de mí, y supongo que yo conseguí lo que quería de ellos. Pero todavía no quería irme. No sentía que las cosas hubieran terminado. Pero no me dieron alternativa.

Salí de la corte y atravesé el pasillo que me llevaba fuera del tribunal. Estaba anocheciendo, y todavía seguía nevando. Caminé hasta mi auto y limpié mis ventanas y me metí dentro, pero cuando giré la llave el motor no encendía. No había nadie en el estacionamiento que me pudiera dar un empujón, y no tenía ganas de esperar. Caminé por la calle hasta un bar y pedí una cerveza y le di al barman un poco de dinero y miré mi billetera para ver cuánto me quedaba. Era un bar oscuro, sombrío, y no había nadie salvo unos pocos borrachos empedernidos sentados en la barra y no hablaban mucho y se quedaban viendo la tele. Pero había una chimenea con un fuego lento, y cerca había una pequeña mesa donde podía sentarme y calentarme. Me senté en ella y miré por la ventana hasta que se acabó mi cerveza y luego pedí otra y otra más, y luego se me acabó el dinero. Me quedé sentado con mi última cerveza y miré cómo oscurecía tras la ventana, veía la nieve caer. La puerta se abrió, y entró la asistente de la fiscal. Estaba sola, y verla encendió una chispa dentro de mí, pero la chispa se fue poniendo densa y no traté de sonreír, solo levanté mi mano para saludar. Ella me devolvió el saludo levantando un dedo, sin cambiar la expresión de su rostro, que mostraba aún el frío de fuera. La vi sentarse en la barra, dejar su bolso y pedir un trago, dándome la espalda. Nunca me volvería a hablar, lo sabía, y sentí como que estuviera en un pequeño rincón de mi mente en algún lugar, atrapado en un pequeño espacio y escondido incluso del resto de mí mismo, encerrado de manera que nunca pudiera desmoronarme como lo hizo Andy, llorando por lo que había perdido. Y sabía que por el resto de mi vida me sentiría siempre igual, estaría por siempre en el mismo sitio. Pero mientras la miraba, sentada en el taburete con las piernas cruzadas, bebiendo su trago, con asientos vacíos a su alrededor, supe cuál era el testimonio que yo había querido terminar, y que no me sentaría junto a ella para decírselo.

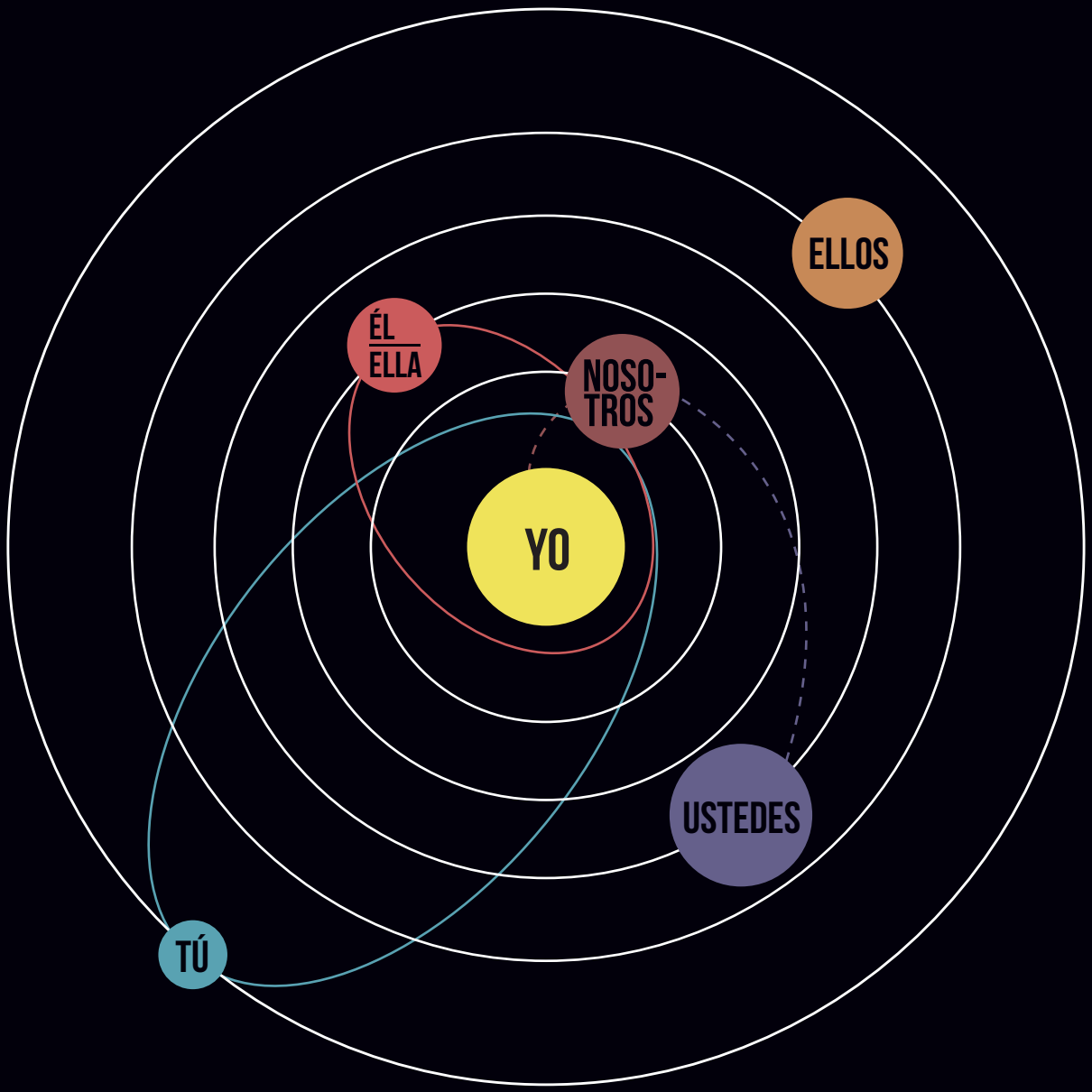
Era una historia acerca de cómo Jeremy y yo a veces nos quedábamos despiertos en la oscuridad y él me contaba lo que de verdad quería, que era volverse piloto. Comenzó a contarme esa historia en la oscuridad cuando teníamos trece años, y en realidad nunca la terminó; la historia continuó durante años. Cuando teníamos trece años, la historia era siempre sobre cómo se sentiría volar los aviones, y por la manera en que Jeremy lo describía, yo también podía sentirme, echado al otro lado de la habitación, flotando entre las nubes. Luego, cuando crecimos, la historia era acerca de los pasos que uno tenía que dar para prepararse, sobre cómo obtener una licencia, cómo entrar en una escuela de aviación comercial, y cómo Jeremy intentaría lograr todo ello, y yo me quedaría dormido escuchando su historia porque la había escuchado tantas veces que ya no me quedaba ningún ánimo que darle, y porque Jeremy habría sido un piloto terrible, siempre preocupado, nervioso y asustado. Y entonces yo me quedaría callado y esperaría a que él se callara, cosa que sucedía pronto, y una vez que se callaba, yo sabía que él estaba volando los aviones como él se imaginaba a sí mismo, firme y seguro en los controles a miles de pies de la tierra, y entonces, mientras yo me dormía, podía sentirme feliz de que Jeremy quisiera ser un piloto, porque yo realmente nunca había querido ser nada. Y luego lo escucharía moverse en la oscuridad, sabiendo lo que él estaba haciendo, incluso mucho tiempo después, cuando ya ni me preocupaba por mirar: estaba echado a la luz de la luna, poniendo su mano sobre su corazón, asegurándose de que todavía estuviera latiendo. ◣

**Keith Lee Morris** (Carolina del Sur, 1960). Novelista y narrador norteamericano. Ha publicado dos novelas y dos libros de relatos. El cuento "Testimony" pertenece a su libro *Call it What You Want*. Esta es la primera vez que una obra suya se traduce al español.

Traducción:
**Julio Durán**

Ilustraciones:
**Matías Tolsà**

# TEORÍA EGOCÉNTRICA




*Él/Ella puede cambiar de órbita blanca a órbita roja cuando Él/Ella resulte atractivo/a para Yo.*

*Tú puede cambiar de órbita blanca a órbita azul cuando Yo necesite un favor suyo.*

*Nosotros puede transmutar en Yo cuando Nosotros haya obtenido un logro.*

*Nosotros puede transmutar en Ustedes cuando Nosotros haya cometido un error.*

# EL GRAN SURUBÍ

## Capítulo I

quizá quería morirme no matarme
dormir un año entero de corrido
quizá quería no estar no haber nacido
soñaba que llegaban a buscarme
dos tipitos de azul tocaban timbre
esperaban pacientes que me vista
yo decía soy poeta soy artista
me bajaban en un cajón de mimbre
en ascensor riéndose tranquilos
hablándome del juicio y sus ribetes
sabían los detalles los aprietes
protestaban por mis ochenta kilos
despertaba de golpe transpirado
largando un grito horrible estrangulado

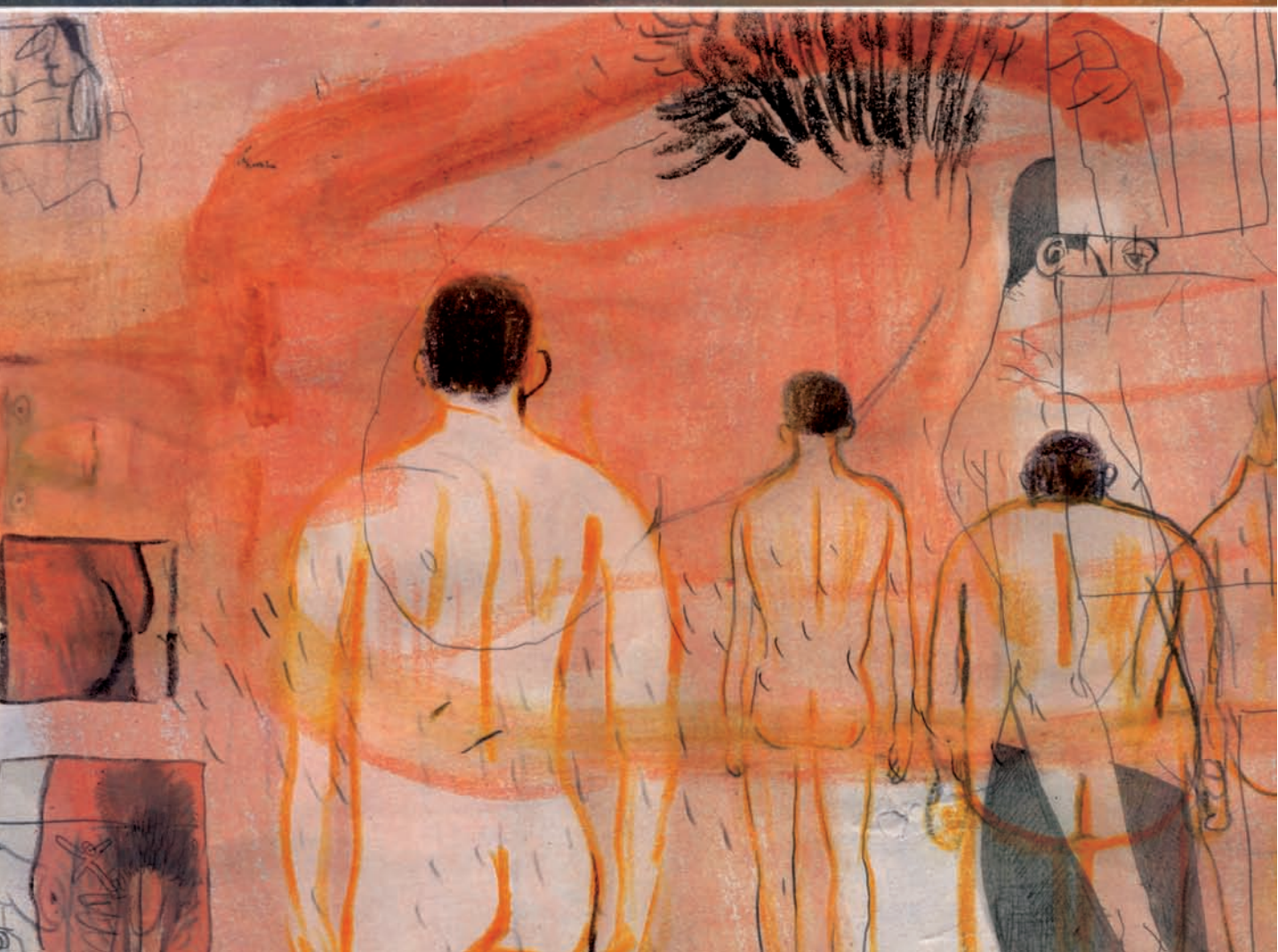
el divorcio me hervía me aplastaba
la monstrua quería sangre quería plata
y yo con tres laburos la muy gata
lloraba en cada audiencia destrozaba
mi entusiasmo debajo de sus tacos
metiéndome demandas y litigios
y a mí no me quedaban ni vestigios
del hambre de vivir mis perros flacos
mis plantas del balcón medio resecas
mi alegría hecha un bollo en el canasto
cuántas camisas sucias qué nefasto
el odio convertido en hipotecas
el juez los abogados tribunales
yo deseaba mi muerte entre sauzales

el único momento de esos días
que la pasaba bien era en la cancha
jugando un picadito una revancha
esas broncas al menos eran mías
porque jugaba mal un pata dura
y a veces me amargaban los amagues
pero eran divertidos los divagues
la risa los amigos la bravura
ir corriendo invocando la pelota
el corazón en alto la patada
el alma emputecida y trastornada
el gol que no sucede que no explota
jugaba mal es cierto pero acaso
era un juego mi triunfo y mi fracaso

en gallo entre sarmiento y no me acuerdo
estaban las canchitas fútbol cinco
un ajedrez redondo puro brinco
de pasecitos cortos y pie izquierdo
un fútbol cerebral para jovatos
sin faltarle el respeto a mis amigos
un fútbol sin espacio sin testigos
fulbito de maderas de chicatos
periodistas poetas narradores
que no perdieron filo en el amague
pero corren apenas sin embrague
dramaturgos solteros editores
escritores amigos contrincantes
una banda de luzzers importantes

estábamos en eso en la manía
del pelotazo al arco y la pelea
estábamos jugando como sea
y una noche cayó gendarmería
eran las diez y media nos quedaba
media horita de toques y empujones
y nos interrumpieron los leones
en el instante justo en que clavaba
el único gol mío y que no fue
tremendo patadón al travesaño
y picó para abajo desde el caño
y entró pero yo solo lo grité
los demás congelados en sus karmas
milicos apuntándonos con armas

se quedan todos quietos maricones
yo quedé con los brazos levantados
festejando mi gol todos cagados
deseando estar haciendo papelones
de una cámara oculta de tinelli
o alguna boludez por el estilo
pero esta broma se mantuvo en vilo
no era joda ni cámara ni peli
duró casi seis meses el asunto
por una nueva ley con decretazo
con más de veinte y antes del viejazo
podían levantarte listo y punto
nos hicieron formar en la tribuna
parados en el frío hasta la una



no entendíamos nada nos mirábamos
con un fondo de risa descreídos
daban ganas de hacernos forajidos
trepando el alambrado pero estábamos
vigilados por cuatro metralletas
dispuestas a borrarnos de este mundo
mejor era aguantarse el rato inmundo
haciéndonos los buenos y los tetas
ser teta era ser blando en ese entonces
lo explico por si alguno no lo entiende
mi relato es sencillo y no pretende
llegar hasta la fábula y los bronces
solo quiero contar eso que vi
el río dios la muerte el surubí

nos llevaron en fila hasta el vestuario
y llenaron de a poco una planilla
nos dejaron tomar de la canilla
después de contestar un cuestionario
grupo sanguíneo edad nombre de pila
profesión estatura enfermedades
estudios y demás formalidades
nos vieron con linterna la pupila
nos hicieron quedarnos en pelotas
nos palparon la verga y el prepucio
era un médico trucho medio sucio
de anteojos y gomina y mangas rotas
nos miraron el culo los sobacos
y el médico gritó vístanse flacos

un poronga sin gorra y de bigote
nos dijo un discursito alentador
que ahora se venía lo mejor
un trabajo bien pago sobre un bote
alguno se quejó yo ya trabajo
doy clases y también soy periodista
y el poronga sin aires de humanista
lo silenció de un cállese carajo
sorete maricón negro deforme
recalcado cagón de una mil puta
ahora usted es soldado y es recluta
respeta al superior y al uniforme
el gran guionista se frotó las manos
a ver como se portan los paisanos

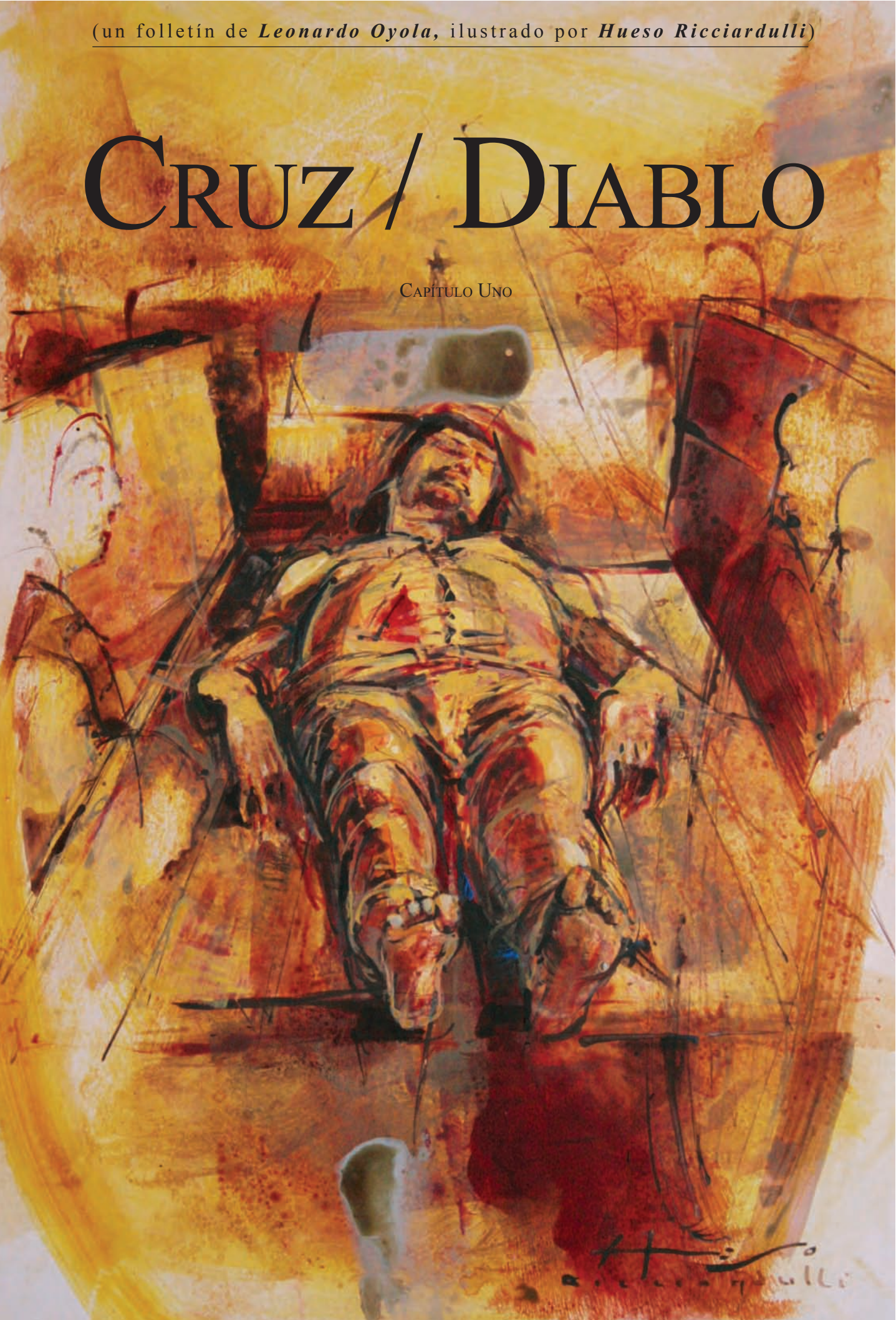
nos sacaron afuera hasta un camión
y mientras nos subían nos miraban
los mozos del barcito y los que estaban
y la chica de abajo en recepción
miren todos ahora a esta hermosura
nos dijo el de bigote miren bien
es la última mujer que ustedes ven
ahora empieza el torneo de clausura
no sé cómo explicar que yo en secreto
me sentí como raro como anfibio
una parte de mí sintió un alivio
y otra parte de mí me dijo quieto
están quedando atrás tus padeceres
estás entrando a un mundo sin mujeres

*Continuará en el próximo número.*

(un folletín de ***Leonardo Oyola,*** ilustrado por ***Hueso Ricciardulli***)

# Cruz / Diablo

## Capítulo Uno



*Si Dios tuviera un nombre cristiano,*
*¿cómo se llamaría el hijo de puta?*

Todavía te faltan unos veintinueve años para que vengues al Papá. Y casi cincuenta para volver a estar, por última vez, en presencia del Viejo que bajó del monte. Ahora, María, aunque afuera todavía es de noche, los ha despertado a los llantos a vos y a tus cuatro hermanos varones. Es que el Papá ha vuelto recostado sobre su yegua. Parece machado. O dormido. No tiene aliento a alcohol. No tanto. Por eso el torso de la Estrella, lapeado en sangre, les advierte que el Papá no está ni vivo ni muerto. Y que de lo que ustedes hagan depende que él siga respirando.

El Antonito, tu hermano más grande, lo ha descolgado del lomo del animal. La yegua, nerviosa, no deja de resoplar por la nariz. Entre el Antonito y María recuestan al Papá en el suelo mientras el resto de los changuitos, contagiados por las lágrimas de la mujer, también se han puesto a llorar. Todos. Todos menos el Antonito y vos.

Hay que llevarlo al Papá urgente al pueblo. Antonito y el Edu preparan la carreta. Mientras Cachito y Justo, los dos más chicos, no dejan de moquear y de darle besos al Papá. Lo mismo que María, que le sostiene ambas manos con fuerza cuando no lo está peinando con sus dedos.

El Papá pregunta por vos. No te querés acercar. Te llama por tu apodo. No puede ver dónde estás. Te vuelve a llamar por tu apodo y ahora agrega un ¡Carajo! que asusta al resto. A vos no. Que al final le das con el gusto. Cuando te ve, te lo cuenta especialmente aunque lo escuchen todos. Te lo cuenta a vos porque el Papá sabe muy bien quién sos y lo que vas a hacer por él cuando tengas la edad suficiente. O cuando el destino así lo disponga.

Te da un nombre.

Para que hagas lo que tengas que hacer.

Aunque él llegue a tiempo al hospital en Los Pereyra.

Lo van a curar.

Pero ya nunca va a volver.

No como ustedes lo conocían.

Como que hubiera sido mejor que lo dejaran morir ahí. Y de hecho, como hombre con todas las letras y todas las de la ley, el Papá murió esa madrugada. Porque lo que volvió de Los Pereyra no sirvió para una mierda el resto de lo que le quedó de vida.

Te acercás al Papá. Y él solo pronuncia, primero, un apellido.

"Zelaya".

Después, con la respiración entrecortada, un apodo… y *tu* apodo.

"El Moncho, Ratita. El Moncho."

No hace falta más.

El Moncho Zelaya se la tenía jurada por apuestas ganadas en mala fe. Porque sí, para qué mentir, el Papá siempre había sido un tramposo. Y por eso la iba a pagar de una vez por todas ahicito nomás, al fondo de la estación Aráoz, mientras clareaba. El Papá va a contar que lo vio al Moncho de a pie, parado en el medio del camino. Como esperándolo. Y que cuando llegó hasta él, desensilló de la Estrella sin pronunciar palabra alguna. Y que Zelaya no le dio tiempo de cuadrarse, que lo dobló de una única trompada en la panza.

El Papá, sonriendo con los dientes veteados de sangre, les dirá a María y a todos sus changos que llegó a pensar que no entendía el porqué se había quebrado al medio con un golpe propio de una chinita. Casi casi un amague. Que no lo hacía tan blandito al Moncho. Él; tan machote en el baile, tan gallito en las cuadreras. Hasta que se avivó de que Zelaya lo que le había entrado no era un gancho al estómago sino una cuchilla; que después de sacársela la limpió pasándola vuelta y vuelta en el hombro de la camisa más mejorcita del Papá.

El Edu sostiene los caballos que van a tirar de la carreta; carreta aún echada sobre su cola. Parada. El Papá con las manos se tapa la herida para que por ahí no se le salgan las tripas. Mientras, María y el Antonito lo ayudan a ponerse de pie. Caminan despacio y hacen toda una ceremonia para que el Papá se suba. Lo hacen ponerse de espalda y que dé un paso atrás hasta apoyarse en el piso de la carreta.

Parece estar en un ataúd.

Un ataúd parado.

Antes de que Antonito y el Edu bajen la

carreta y enganchen los caballos, el Papá te guiña un ojo. Antonito ha agarrado el látigo del Papá. El mismo que usa para hacerlos cagar a vos y a tus otros hermanos. Antonito ha agarrado el látigo y la escopeta del Papá; que desde donde va acostado reprende a su hijo mayor preguntándole ¿en qué está pensando?

"El Ratita se queda. La escopeta también."

Va a ir toda la familia al hospital con el Papá. Todos menos vos. Aunque se esté muriendo, él teme que en su ausencia le roben lo poco que tiene en el rancho. O que venga un animal y le coma sus gallinas o al chancho que está engordando para las fiestas. Lo que ustedes no saben es por qué si el Antonito es el mayor no se queda él a cuidar la casa. ¿Por qué el Papá cree que tiene más oportunidad con su hijo de catorce, que ya es un hombre, manejando la carreta? ¿O por qué él ya ve en vos madera para ser pistolero aunque apenas tengas doce años?

Se van por donde está saliendo el sol. Ves cómo María, desde arriba de la carreta, cuando pasan a tu lado hace la señal de la cruz en el aire. Te está dando una bendición. Agarrás tu sombrero y te lo llevás con las dos manos al pecho. Agachás la cabeza. Sin mirarla a los ojos, le agradecés a tu mamá en silencio. Te regocija que, en su ausencia, quiera que te cuiden. No sabés bien quién. Pero lo intuís. Para cuando el gallo cante por tercera vez, ellos, tu familia, habrán desaparecido del camino y de tu vista.

Amanece y el tiempo se queda detenido. No importa que vos caminés ida y vuelta una y otra vez por delante de la casa. Tanto, que terminás marcando una huella. A veces ese trayecto lo hacés con la escopeta sostenida con tus dos manos. Otras, sobre los hombros. La mayoría, arrastrándola. Mirás al norte. Mirás al sur. Al este y al oeste. Y nada. Solo el sol. Un poco más arriba en el cielo. Solo el sol. Y el calor.

Las aves se han levantado para caer desmayadas en la porción de sombra que encuentren. Más que cacarear, roncan. Y bronca tendrías si no fuera porque lo que más tenés es hambre. Pero no te animás a entrar al rancho, encarar para la cocina y abrirle los cajones a María para buscar algo que puedas picar. Así que seguís de guardia sabiendo que ya es mediodía. Y que el próximo enemigo con el que te las vas a tener que enfrentar dentro de un rato es la siesta. Y decí que no comiste nada. Porque si te pesan así los párpados, imagináte cómo estarías de tener algo en la panza.

Dejás la escopeta apoyada en la pared, o acostada en el suelo, para pellizcarte las manos cada vez que cabeceás. Tus uñas negras están a punto de hacerte sangrar la piel de tanto que te las hincás. Cabeceás fulero una, dos, tres veces; y medio como que te vas un poquito para adelante y el cogote te queda doliendo. No se te dispara el

arma de casualidad. Te frotás la palma bien abierta por la cara para despabilarte. Cerrás los ojos un segundo y cuando los volvés a abrir ahí está él.

Lo ves.

Por primera vez en tu vida.

Viniendo hacia vos.

Un relámpago viborea en el cielo.

En un cielo ausente de nubes de tormenta.

En un cielo que duele ver de lo celeste.

Sí… es él…

Es el Viejo que bajó del monte.

¿El que llamó en rezos María para que venga a cuidarte?

¿El Supay del sur de Tucumán?

¿El del norte de Santiago?

¿O solo un primo que le viene a hurtar lo que es del Papá en su ausencia?

En honor a la verdad, todavía no lo sabés. Y todavía no lo distinguís bien. Mejor dicho: no la distinguís bien. A su figura. Por ahora solo es algo que se viene acercando a vos… ¿a doscientos? ¡¿Cien metros ya?!

Achinás la mirada.

Pensás que es un hombre.

Te equivocás.

Salvo el sobretodo, que es del color del vino como le gusta al Papá, está vestido de negro. Pantalón, camisa, botas, sombrero y pañuelo anudado al cuello. Todo de negro. Se le nota aunque venga cubierto del polvo del camino.

Pensás: anda de a pie, ¿y cómo llegó hasta acá sin un caballo? ¿Y no tiene calor vestido así?

Te sorprende darte cuenta de que en una mano lleva un poncho.

Mientras decidís si apuntarle o no ni bien entre al terreno de tu familia, las gallinas desesperadas empiezan a correr en círculos buscando dónde esconderse. No del Viejo que bajó del monte. De otra cosa. Ves la sombra volando en el suelo… y te avivás sin la necesidad de mirar arriba, de mirar al cielo.

Lo que te faltaba.

Un halcón.

Justo cuando el Viejo que bajó del monte ha llegado a la entrada del rancho.

La escopeta es una doble caño. Tenés dos tiros. Después, sí o sí, recargar. Abrís para asegurarte de que esté con munición. Ves los dos cartuchos. La volvés a cerrar. La amartillás. Y, de corazón, esperás que la suerte no te sea esquiva y que con los primeros disparos los hagas cagar de una a los dos.

Al halcón.

Y al Viejo que bajó del monte.

Ya sea un primo que le viene a hurtar lo que es del Papá en su ausencia. El Supay del norte de Santiago del Estero. El del sur de Tucumán. O aquel que llamó en rezos María para que venga a cuidarte.

*Continuará en el próximo número.*

2009
República Argentina

(un folletín de ***Carolina Aguirre,*** ilustrado por ***Gusti***)

# La laguna

## Capítulo uno

Despegó la cara empastada de la almohada, no escuchó el despertador sonando histérico, y supo que se había quedado dormido. Buscó el celular entre la ropa tirada al lado de la cama mientras el corazón le latía de miedo. El cuerpo sabe si se despertó tarde; aunque la persiana no deje pasar ni un rayo de luz, el cuerpo siempre sabe. A lo lejos, vio la hora en el equipo de música y lo confirmó. Eran las once y media de la mañana, estaba llegando tarde al trabajo de nuevo.

Se levantó de un salto y salió corriendo por el pasillo, rebotando con torpeza entre las paredes. Al doblar, un zócalo suelto le reventó un dedo, y se tuvo que arrastrar hasta el baño rengueando por el dolor. Cuando se lavó la cara vio que también tenía una herida debajo del ojo, un corte largo y fino como un sablazo, unido por un pedazo de sangre seca. Se lo tocó y trató de acordarse dónde se lo había hecho, pero no tenía idea. Ni de eso, ni del dolor punzante que tenía en el hombro derecho. Vio las botellas de champán tiradas y el vómito pegoteado sobre la tabla del inodoro y de repente sintió el mareo, el dolor de cabeza, la resaca, todo junto. Sabía que había salido con Pablo, que habían tomado, que habían estado —creía— en algún lugar con música tropical, pero lo demás era un rollo de película velada, una laguna. No se acordaba de nada, ni siquiera cómo había llegado a su casa y se había metido en la cama, sin poner la alarma ni el despertador.

# La laguna

Esta vez —un poco por el horario, otro poco por la pinta— no le iba a alcanzar un paro de subte ni un percance hogareño. Tenía que ponerse creativo para que no pudieran retrucarle ninguno de sus argumentos. Hacía dos semanas su jefe, Ratazzi, le había gritado en la cara que si volvía a llegar tarde se diera por despedido. Así de simple, con esa tonadita porteña de empresario cagador que usa trucha asalmonada en vez de salmón y cambia los langostinos jumbo por langostinos comunes empanados varias veces. "Un minuto después de las siete, un minuto nada más, y te vas para siempre." A esa hora (unos trescientos sesenta minutos después de las siete) probablemente ya tuviera su liquidación y el cheque listo en la mano. Lo iba a echar. Y lo iba a echar con una sonrisa, porque podía quedarse con el prestigio de sus recetas pero pagando el sueldo del segundo de cocina, un petiso demasiado musculoso para ser tan petiso al que le decían Tachuela. A diferencia de él, Tachuela era joven y estaba ansioso por trabajar. Nunca llegaba tarde, no tomaba en horas de trabajo, evitaba discutir con los clientes, y lo más importante: todavía no se había peleado a las trompadas con el dueño del restaurante.

—Enano de mierda, nunca descansa —murmuró, irritado.

La vibración del celular desde su propio bolsillo lo asustó. Abrió la tapa y vio las once llamadas perdidas, todas con el mismo número: el de la cocina del hotel. Estuvo a punto de atender y suplicar, decir que era la última vez que faltaba, pero vio su billetera flaca tirada en el piso y se arrepintió inmediatamente. No podía perder el trabajo. No ahora, no con la cuenta del banco en rojo, no con el juicio por alimentos de su exmujer, no con el estado de su tarjeta de crédito.

Mientras pensaba, limpió el vómito con un diario de la semana pasada que nunca había leído. Pensó —como cada vez que limpiaba algo con esos diarios— que tenía que cancelar la suscripción. Había empezado a comprarlo para intentar una nueva rutina: despertarse temprano, desayunar, quizás hacer ejercicio, informarse, quizás pasar a buscar a su hijo y llevarlo al colegio. Pero el entusiasmo le había durado dos días y ahora, como la mayoría de las veces, estaba usando un diario nuevo para limpiar. Ese día, en la tapa había dos policías llevando a un hombre con la cabeza tapada con una campera. Pensó en esas caras anónimas, siempre agachadas, que nadie conoce y que podrían ser de cualquiera: del vecino, de un padre del colegio de su hijo, del chico que lo atendía en el mercado central. Los miró hasta que el vómito deshizo el papel y los transformó en un manchón de tinta negra.

Unos minutos después se puso un pantalón y salió de su casa sin siquiera peinarse, con el baño a medio limpiar. Al pisar el estacionamiento, casi atropelló al portero, que en vez de saludarlo le preguntó si necesitaba el comprobante de las expensas, una forma poco sutil de recordarle que tampoco las había pagado este mes. Julio bajó la ventanilla sin contestarle nada.

—¿Nombre?

—Julio Kaminski

—¿Edad?

—Uf… Ya dije todo esto. Treinta y un años. Soy chef, en un hotel. Vivo solo. Divorciado. Un hijo.

Julio buscó con la mirada al policía que le había preguntado todo antes de darle un número, pero no lo encontró. Ese día no lo volvió a ver**.**

—Ok. ¿Qué llevaba usted puesto? —insistió el cabo.

Julio señaló su camisa y su pantalón. El policía lo miró de arriba abajo y empezó a tipear sesudamente, mientras murmuraba.

—Ajá, pntlón vquero, remera clor azul cla ro, capital federal del barrio de chcrit ocrre n des hora más secus treinta chef —repitió el policía, sin dejar de escribir—. ¿Entonces?

—Lo que ya dije, oficial. Todavía estaba oscuro, no serían más de las seis de la mañana, siempre salgo a esa hora para el trabajo. Iba caminando al garage en donde guardo el auto y sentí que alguien caminaba atrás mío. Asustado, apuré el paso y sentí que la otra persona se apuraba también. Me di vuelta para mirar y sentí un dolor terrible en la cabeza. Después fue todo oscuro, húmedo, y por los golpes intuí que me metían en un auto. Y después lo único que recuerdo es despertarme, de una patada, tirado a unas cuadras del estacionamiento.

—¿Y qué más?

—Nada más.

—Le dijeron algo...

—Lo que le dije ya... —se fija el nombre en

el uniforme—, inspector Galarza, cuando me desperté me dieron agua y me dijeron que se habían equivocado…

—¿Y le mostraron las caras?

Julio se arrepintió de no haber pensado mejor las cosas. El policía siguió haciendo preguntas y él le dio dos descripciones estándar y repitió todo varias veces como un maniático para que su relato pareciera más sólido: dos hombres jóvenes, morochos, treinta años. Uno alto, metro noventa, zapatillas blancas, jean oscuro, remera azul. Otro de metro setenta, pantalón deportivo negro. Del garage de su casa, cuando salía para el trabajo, bien temprano, a las seis. No se acordaba bien cómo eran las caras, estaba demasiado atontado. Tampoco sabía nada de la voz.

—Le sustrajeron un celular marca Samsung color azul eléctrico, un paquete de cigarrillos, una billetera con DNI número 23.401.466, una tarjeta de débito Banco Nación y doscientos cincuenta pesos en efectivo —completó el policía.

Julio asintió.

—¿Y por qué no se llevaron el auto? —preguntó el policía, intrigado. Julio se mordió el labio.

—No sé, porque tenían el suyo, supongo… —dijo, fingiendo indignación.

—¿Qué modelo?

—Un Fiat Uno…

—¿De qué color?

Julio titubeó con la mirada perdida en el banderín de Independiente clavado en el machimbre de la oficina.

—Del rojo. Rojo, digo.

—¿Patente?

Julio transpiró, nervioso.

—¿Cómo voy a anotar la patente? Eso lo deberían averiguar ustedes. ¿No?

El policía lo miró y sonrió. El comentario le había molestado.

—No se preocupe, que lo vamos a hacer.

Julio salió de la comisaría con la denuncia en la mano, como si llevara un escudo de hierro. Lo peor ya había pasado. Cruzó la calle y tiró su billetera y el celular en un volquete, entre varias bolsas de basura. Desde un teléfono público llamó a su jefe, que primero lo atendió a los gritos pero luego fue bajando la voz para dar paso a un tono culposo, casi paternal. De pronto, sentía que esa mentira era la mejor idea que había tenido en toda su vida. Después de semejante tragedia, no solo no se iban a animar a echarlo, sino que lo iban a tratar con guante de seda.

—Estoy bien, estoy bien. Me rompieron un dedo, tengo el hombro lastimado, me cortaron la cara un poco… Nada grave. Puedo ir igual —tanteó.

—¿Cómo vas a venir? No, no. Tomáte el día. Uno o dos, hasta que estés bien. No podés trabajar en ese estado de nervios —le dijo Ratazzi, asustado por el relato.

Julio insistió sin ganas hasta que fingió aceptar. Desde atrás, podía escuchar a Tachuela murmurando y preguntándole si le habían hecho algo en las manos.

—Si necesitan algo, llámenme —aclaró.

—No te preocupes, ahora lo importante es que vos te recuperes y que encuentren a los ladrones.

Julio escuchó cómo su jefe callaba a Tachuela entre dientes y cortó, satisfecho. Compró cigarrillos, prendió uno y se subió al auto. Cuando encendió la radio pensó que tendría que haber tirado también el estéreo, pero le pareció demasiado caro para reponer. Volvió a su casa a toda velocidad, cantando, con la esperanza de llegar antes de que se le fuera el sueño. Por el apuro, estacionó torcido en el garage sabiendo que sus vecinos se iban a quejar y subió corriendo a su departamento. Apenas abrió la puerta, fue al cuarto, bajó la persiana y revolvió las sábanas mal puestas hasta encontrar la punta para taparse el cuerpo. Se estremeció de alegría y gritó. No podía creer que tuviera tanta suerte: dos días de descanso, sin hacer nada, y cobrando el sueldo.

Se durmió y no se despertó hasta las siete de la tarde, cuando sonó el teléfono. Abrió los ojos y se quedó mirando la pared como un pescado muerto, con el cuerpo pegado al colchón. El teléfono sonaba y sonaba, pero su cabeza no terminaba de entender qué día era y en dónde estaba. Se tocó la espalda y sintió la mano empapada de transpiración. Pegajosa. Chorreada. Estaba agobiado, pero postergó el momento de moverse hasta que sintió que no podía más, que el timbre del teléfono le estaba perforando el cerebro. Ahí sí, se arrastró hasta el living como pudo y atendió, aunque ya habían cortado. Solo encontró varios mensajes titilando en color rojo en la base del inalámbrico.

# La laguna

Aunque tenía sueño, se acordó de la promesa que le había hecho a su jefe y decidió revisarlos. Por un lado no quería que nadie lo molestara, pero, por el otro, necesitaba que no supieran todas las recetas, que tuvieran que hacerle preguntas, que lo convencieran de ir una o dos horas solo para supervisar. Pero la fantasía se le pinchó cuando presionó play y escuchó la voz colérica de Silvia, su exmujer, exigiendo una respuesta inmediata. Recién ahí se despabiló. Los gritos lo devolvieron a la realidad como un sopapo.

—Es la última vez que te llamo para decirte que tu hijo necesita zapatillas. Ya no me importa si lo visitás, hijo de puta…

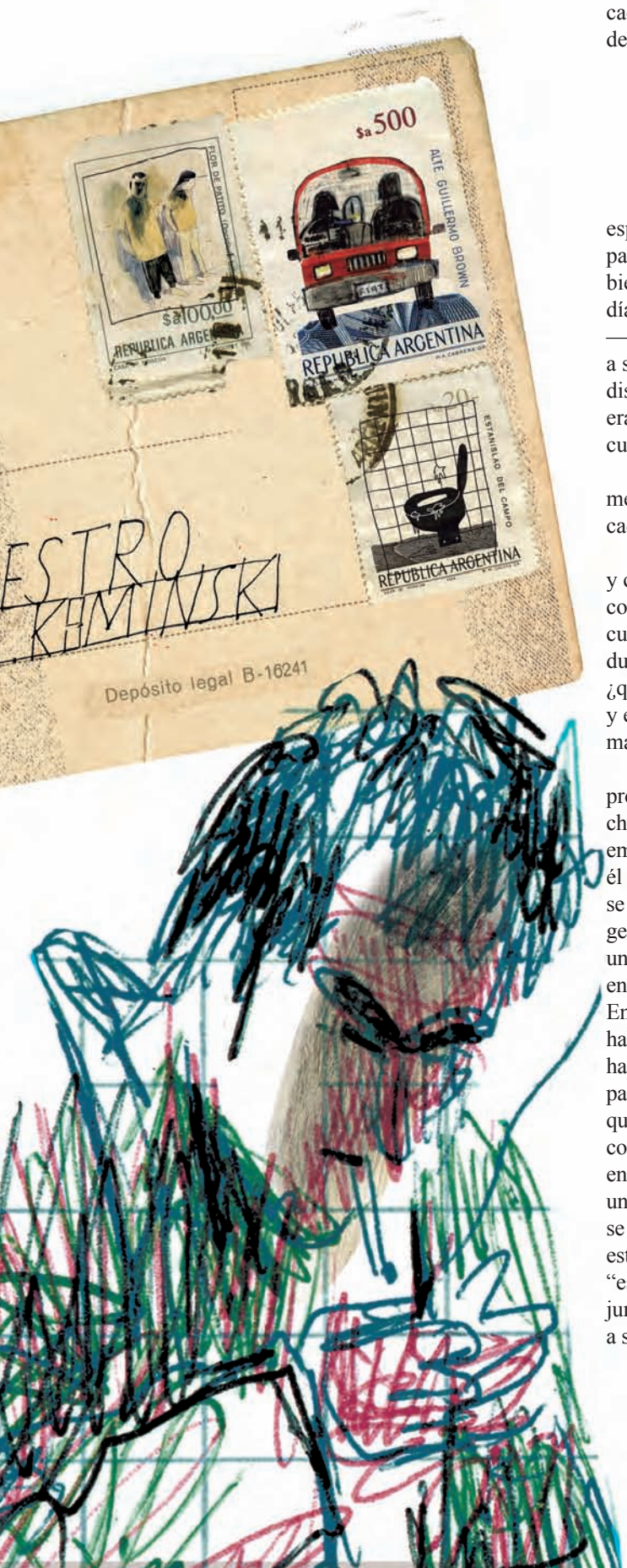
Julio escuchó la "t" y pasó al siguiente mensaje. Se había divorciado de Silvia por la cantidad de veces que peleaban durante el día. Si hubiera sabido todo lo que iban a pelear después de la separación y la plata que iba a gastar manteniendo dos departamentos, nunca hubiera aceptado irse de la casa. El segundo mensaje también lo había dejado ella. Y el tercero. Y el cuarto. Y el quinto también. No era nuevo: Silvia, además de pelear, siempre había hablado demasiado.

—… vos te pensás que tu hijo vive del aire…, sabés lo que le voy a decir a tu mamá…, el problema que vos tenés en la vida… un borracho de mierda, un impotente con delirios de grandeza…

Julio agarró el cable de la base del inalámbrico y le dio un tirón seco, como si arrancara un yuyo de raíz. La ficha quedó adentro de la pared y vio el plumerito de cobre desflecado brillando en la punta del cable. Las luces del teléfono se apagaron y de repente no hubo más mensajes, ni llamados, ni ruidos, ni gritos. Si su mujer quería insultarlo, que lo hiciese en terapia. Y si tenían dudas en la cocina del hotel, que improvisaran. Él tenía que dormir, estaba cansado.

Volvió a la cama, de malhumor, repasando todo lo que podían olvidarse de sus recetas. Tenía miedo de que su jefe usara a Tachuela para hacer esas modificaciones baratas con las que venía insistiendo desde hacía tanto tiempo. Lo obsesionaban los detalles. El nombre de las cosas. Los ingredientes. La letra con la que escribían el nombre de los platos. Que le tocaran los cuchillos o le mezclaran las tablas de picar. Después pensó en Silvia y tuvo miedo de que llamara y preguntara por él en el trabajo. Su exmujer lo odiaba con tanta premeditación y esmero que si escuchaba sobre el secuestro enseguida se iba a poner a husmear y a sacar conclusiones. Por suerte para ella, él era demasiado vago para dedicarse tan apasionadamente a hacerle la vida imposible a alguien. Incluso a ella, que era la persona que más odiaba en el mundo.

A pesar de la bronca, Julio se volvió a quedar dormido en pocos minutos, pero en vez de entrar en un sueño manso, la bronca lo hundió en una pesadilla espantosa. En el sueño, su jefe no lo echaba, pero él trataba de salvar una receta, y sin querer se prendía fuego el cuerpo. Corría por la cocina, enloquecido, tratando de apagar las llamas pero nadie lo ayudaba: el dueño, los ayudantes, y hasta el bachero lo miraban mientras les suplicaba un poco de agua a los gritos. No se acordaba, pero creía que también estaba ella, su exmujer, riéndose como una bruja mientras revolvía una salsa en una




cacerola. Quizás era otra mujer, pero la risa era de ella. Una risa mala. Una risa de odio.

Cuando volvió a la cocina, su jefe estaba especialmente amable. Por primera vez lo palmeó en la espalda y le preguntó si andaba bien, si necesitaba algo, si quería tomarse unos días más de descanso. Antes del secuestro —cuando se divorció o cuando internaron a su hijo por primera vez— jamás le había dispensado ninguna clase de cortesía. Pero ahora era diferente porque, según decía, esto no era su culpa y era algo que nos podía pasar a todos.

—¿El hombro? Si necesitás un traumatólogo me avisás que con eso no se jode —aclaraba a cada rato con generosidad alevosa.

Tachuela, en cambio, se encerró en sí mismo y casi no volvió a hablar, solo asentía y ejecutaba como un robot. Ni siquiera decía "sí" o "no" cuando Julio le pedía algo, solo lo hacía. Si tenía dudas (¿cuántas cebollas? ¿qué tipo de corte? ¿qué tamaño de papa?) arrancaba como él quería y esperaba que alguien lo corrigiera sobre la marcha. Si nadie lo corregía, mejor.

Al principio, Julio creyó que tenía un problema personal, pero más tarde lo encontró charlando y riéndose con los bacheros antes de empezar el turno. Confirmó que el problema era él cuando pasó por al lado y la sonrisa del enano se cerró como una cremallera. Con los días, al gesto neutro, encerrado, algo hosco, se sumó una intensidad exagerada al tirar sartenes sucias en la bacha o al bajar el cuchillo sobre la mesa. En vez de apoyar las cosas con la delicadeza habitual, Tachuela dejaba caer las cosas con hastío, haciendo un ruido premeditado e incómodo para todos. La situación se hizo tan intolerable que el domingo a la noche, en pleno servicio y con el salón lleno de comensales esperando sus entradas, cuando Julio le pidió más alcaparras en un pescado, el enano bajó el cuchillo de un golpe, se sacó el delantal y dijo que él no iba a seguir con esto. Julio lo miró, sin entender qué significaba "esto", hasta que lo vio salir por la puerta trasera junto con dos bolsas con cáscara de papa y patear a su paso dos tachos de basura. Lo esperó hasta la

medianoche, sin mencionar el tema frente al resto del personal, pero jamás volvió a su puesto.

Los lunes, su único día franco, Julio aprovechaba para dormir. El hotel tenía menos movimiento y se manejaban con un menú ejecutivo que quedaba preparado desde el domingo a la noche. Lo demás, las minutas y el servicio del bar, no tenía mayor complicación y podía seguir adelante sin su presencia. Antes Tachuela se quedaba los lunes y se tomaba martes o miércoles, pero ahora que no estaba, la cocina estaba acéfala, a merced de ayudantes que apenas podían cubrir su puesto. Aunque sabía que lo correcto era no desenchufar el teléfono por las dudas que lo necesitaran, esa tarde, antes de irse a dormir, Julio volvió a tirar del cable. Estaba demasiado cansado, se había tomado dos calmantes para el dolor de hombro, y no quería que nadie lo molestara en el medio de la siesta. Pero a pesar de tantas precauciones, no tuvo suerte. Porque si bien el teléfono no sonó, sí lo hizo el timbre, varias veces, hasta sacarlo del sueño.

Todavía dormido, caminó hasta el portero eléctrico y lo levantó sin decir nada, esperando que el otro hablara primero. Sospechaba que su exmujer había estado juntando bronca durante la semana para venir a arruinarle su único día libre. Era capaz, muy típico de ella. Los primeros instantes, silenciosos, se hicieron interminables. Se oía el ruido de la calle, unas voces lejanas y algunas bocinas, pero nada demasiado concreto. Por momentos, Julio creía escuchar una respiración fuerte, aserruchada y masculina. Por otros, creía que era el motor de los autos. Recién dos minutos después una voz recortó la espera. Julio sintió alivio, no era su exmujer ni nadie que conociera.

—¿El señor Julio Kaminski?

Lo primero que se imaginó era que venían a cortarle el gas de nuevo. Pensó en decirles que volvieran más tarde mientras iba a pagar la factura, o en sobornarlos con cincuenta pesos. No estaba seguro de tener cincuenta pesos, pero quizás les pudiera dar veinte, o una tarjeta para ir a comer gratis al hotel.

—¿Quién es?

—Venimos de la comisaría veintiuno, lo estuvimos llamando toda la tarde.

De repente, le pareció que se le aflojaban los pies y perdía el equilibrio. Trató de responder algo, de parecer normal, pero no le salió nada. No tenía fuerzas para hablar, sentía que el cuerpo se derretía como un plástico sobre la hornalla. Enseguida relacionó la partida de Tachuela con la visita de la policía. Era obvio que sospechaba de su mentira, algo habría dicho en el trabajo, sin darse cuenta. ¿Pero qué sabía? ¿Qué podía suponer, sin pruebas, sin datos, sin nada más que su bronca de segundón?

—¿Su celular es un Samsung azul, con un sticker de dos cuchillos cruzados? —insistió el policía y lo hizo dudar. Volvió a pensar. Quería adelantarse al policía, pero nada de lo que se le ocurría tenía sentido.

—Sí.

—¿Podemos pasar? —preguntó el cabo.

Julio quiso llorar. Se tapó la boca para que no oyeran sus quejidos. No sabía cómo, pero lo habían descubierto: lo iban a echar del trabajo y posiblemente lo metieran preso. Su mujer le iba a sacar el departamento y no iba a volver a ver a su hijo por muchos años. En la cárcel no tenía un solo amigo. A su abogado le debía mil doscientos pesos. Y su jefe iba a dar las peores referencias cuando quisiera salir y volver a trabajar. Este era el fin de su vida. Así. En calzoncillos, frente a un portero eléctrico mugriento.

—Tenemos buenas noticias para usted —dijo el cabo, para animarlo.

La frase lo tomó por sorpresa.

—¿Buenas como qué? —preguntó desorientado.

—Encontramos a los secuestradores. Solo necesitaríamos que se acerque a la dependencia para hacer un reconocimiento. Le aseguro que no le va a llevar más de una hora.

Julio no podía creer lo que estaba escuchando. Supuso de inmediato que era un error y se lo sugirió al cabo, tratando de no delatarse demasiado.

—No puede ser…

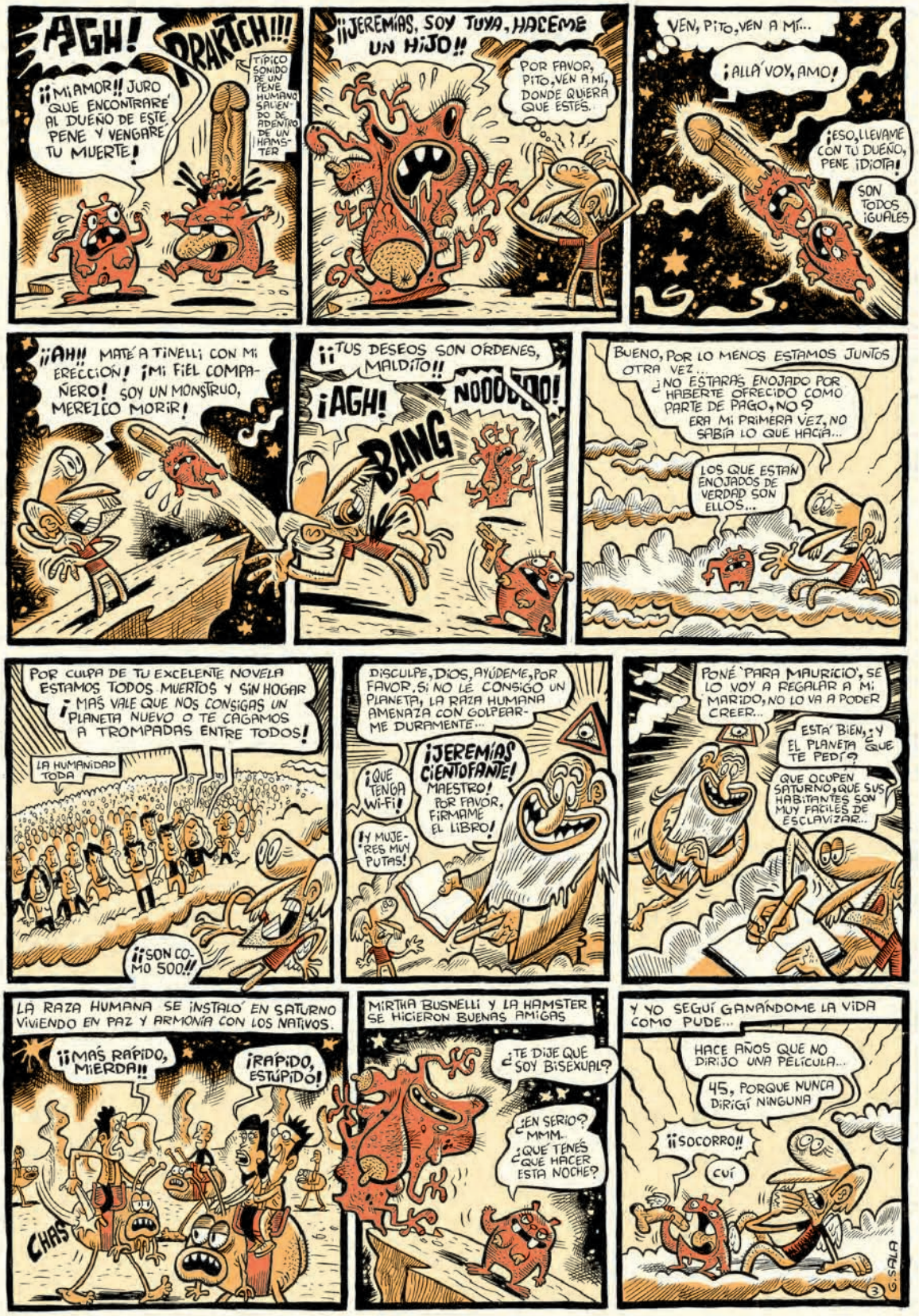
La contundencia del policía, sin embargo, lo desorientó de nuevo.

—Créame que es, señor. Son exactamente como usted los describió. La ropa, el auto, todo es idéntico. Además —se rió, antes de rematar— estos dos boludos tenían su celular en las manos.

*Continuará en el próximo número.*

LAS AVENTURAS DE
JEREMÍAS CIENTOFANTE
EL NOVELISTA SIN VERGÜENZA
CAPÍTULO UNO:
"AÑOS"
POR: GUSTAVO SALA
PUTA MADRE, TINELLI, HACE AÑOS QUE NO ESCRIBO UNA NOVELA
45, PORQUE NUNCA ESCRIBÍ NINGUNA...
CUÍ
PODRÍA ESCRIBIR UNA, GANAR MILLONES, SALIR DE LA POBREZA, COMPRARME PIES
PERO... ¿CÓMO SE HACE?
¡YA SÉ! VOY A UNO DE ESOS LUGARES DONDE LAS VENDEN Y LO AVERIGUO
CUÍ
POESÍA - PODOLOGÍA
CRÍA DE CHANCHOS
INFANTIL - ZOOFILIA
ENSAYO -
UNA NOVELA, POR FAVOR
¿CUÁL?
¿QUÉ, HAY VARIAS?
SÍ, MÁS DE CIEN
INCREÍBLE
1000 TRAVESTIS QUE HAY CONSUMIR ANTES DE MORIR
FRAY MACHO LIBROS
ASÍ QUE DE ESTO SE TRATABA: PONER MUCHAS PALABRAS, ALGUNAS CORTAS Y OTRAS MÁS LARGAS, SEPARADAS CADA TANTO POR UN ESPACIO EN BLANCO...
HASTA UN VIEJO CIEGO Y FACHO PODRÍA HACERLO...
EL ALEPH
"EL ALEPH" NO ES UNA NOVELA. EL DE LA LIBRERÍA ES UN IGNORANTE
VEAMOS... UPS! SÓLO FUNCIONA LA TECLA "A"
MEJOR: MENOS LETRAS, MÁS FÁCIL PARA LEER...
CUÍ
AAAA AAAA AAAAAA AAA AA AAAAAA
TAP TAP TAP
TÍPICO SONIDO DE TIPEO
15 MINUTOS DESPUÉS...
BUENAS, PARA PUBLICAR ESTA NOVELA, POR FAVOR...
ES ACÁ AL LADO, ESTÚPIDO
VERDULERÍA EL MALEDUCADO
¿PAGAR? NO, PLATA NO TENGO PUEDO DARLE MI CASA, MI HAMSTER Y MI PITO...
¿CUÁNTOS AMBIENTES TIENE SU PITO?
GARCA EDICIONES
LA NOVELA LLEGÓ A LOS LUGARES ESOS DONDE LAS VENDEN.
NEGRO VERSERO EN TÚNICA
PSICOPAJA
JODOROWSKY
ISABEL ALLENDE
EPAK CHOPRA
LOS HOMBRES QUE NO AMAMANTABAN A LAS MUJERES
NUEVA!
A
JEREMÍAS CIENTOFANTE
"APRENDER A ESTAR SIEMPRE CON CARA DE IDIOTA"
OSHO
STIEG LARSSON
HARRY POTTER
STEVE JOBS
"PELADO, MUERTO MILLONARIO"
LADRÓN ESPIRITUAL
Y EL ÉXITO FUE INMEDIATO
¡GENIAL! HACÍA AÑOS QUE NO LEÍA UNA NOVELA ASÍ...
47, PORQUE NUNCA LEÍ NINGUNA
AAAAA AAA AA AAAAA AAAA A AAAAAA A
AAA AAA AA AA AAA AAA AAA AAA AAA AAA AAA AAA
Y EMPEZARON A APARECER EXCELENTES CRÍTICAS EN DIARIOS, REVISTAS, SÁNGUCHES Y HELADOS.
"A" ES UNA NOVELA GENIAL, NO COMO ESTE HELADO, QUE ES UNA MIERDA
MUCHOS, DESPUÉS DE LEER EL LIBRO, SE CONVIRTIERON EN MEJORES PERSONAS.
IBA A VIOLARTE, PERO GRACIAS A ESTE LIBRO, SÓLO VOY A CHUPARTE LO QUE YA SABÉS
¿LA REGLA DE TRES SIMPLE?
1

Y LA GENTE EMPEZÓ A HABLAR DE ELLA EN TODO MOMENTO Y LUGAR
¡AAAAAAA!
AY, ESA ES LA MEJOR PARTE, A MÍ ME HIZO LLORAR...
CADA LECTOR INTERPRETABA LA NOVELA SEGÚN SUS PROPIOS INTERESES
...Y EL CAMIONERO LA COLA UNTÓ CREMA CON DEL MUSCULOSO MUY POLICÍA
¡DIOS, QUÉ BIEN ESCRITO ESTÁ!
VILLAGE PEOPLE
...Y EL SIDA NO TIENE NADA DE MALO. ES MÁS, LOS MÉDICOS LO RECOMIENDAN
QUÉ AFORTUNADO SOY...
AQUÍ TIENE SU DINERO: 50.000 MILLONES DE EJEMPLARES VENDIDOS, AL 10% POR EJEMPLAR, SON... 200 PESOS
¡GUAU, NO PENSÉ QUE IBA A SER TANTO!
¿Y MI PITO?
SE LO COMIÓ EL HAMSTER
$TOD...
CUÍ
MUY GARCA EDICIONES
HASTA DIOS LA COMPRÓ
LA NOVELA "A", POR FAVOR
SÍRVASE
¿HACEN DESCUENTO PARA DIOS?
¿TIENE EL COMPROBANTE?
NO, ME LO OLVIDÉ
LO SIENTO, ¿YO CÓMO SÉ QUE USTED ES DIOS?
ESTEREOTIPOS DE LA IMAGEN DE DIOS
Y SE ENGANCHÓ A FULL
MI AMOR, NO TE VAS A OLVIDAR DE DETENER AL METEORITO RICARDO QUE ESTÁ POR IMPACTAR CONTRA LA TIERRA, EH?
SÍ, YA SÉ, MAURICIO, SOY DIOS...
PESADO...
¡¡SOCORRO!! UN METEORITO GIGANTE SE DIRIGE HACIA NOSOTROS
JA, JA, LOS VOY A HACER MIERDA
NO SE PREOCUPEN, HERMANOS, DIOS LO VA A DETENER CON SU AMOR INFINITO Y SUS BRAZOS SEXYS Y FUERTES
¡BROOOOM!
¡JA, JA! QUÉ CAGO DE RISA
¡OH, NO! QUEDÉ SOLO EN EL ESPACIO INFINITO...
¿SOLO?
¿Y YO QUÉ? ¿NO EXISTO?
MIRTHA BUSNELLI COSMETÓLOGA, PLANETA JÚPITER, BUENAS NOCHES
JEREMÍAS CIENTOFANTE NOVELISTA, PLANETA TIERRA, UN GUSTO
DIOS, QUÉ FUERTE QUE ESTÁ...
¡NO LO PUEDO CREER! SOY TU FAN NÚMERO UNO DEL UNIVERSO! ¡TU NOVELA ME CAMBIÓ LA VIDA!
OH, ESTOY A PUNTO DE TENER UNA ERECCIÓN...
...Y YO EN LA TIERRA CONDUCÍA EL PROGRAMA DE TV MÁS IMPORTANTE DE TODOS...
LO AMO...
OH, SIENTO COMO SI ALGO SE ESTUVIERA PONIENDO DURO ADENTRO MÍO...
2


¡AGH!
¡¡MI AMOR!! JURO QUE ENCONTRARÉ AL DUEÑO DE ESTE PENE Y VENGARÉ TU MUERTE!
TÍPICO SONIDO DE UN PENE HUMANO SALIENDO DE ADENTRO DE UN HÁMSTER
¡¡JEREMÍAS, SOY TUYA, HACEME UN HIJO!!
POR FAVOR, PITO, VEN A MÍ, DONDE QUIERA QUE ESTÉS.
VEN, PITO, VEN A MÍ...
¡ALLÁ VOY, AMO!
¡ESO, LLEVAME CON TU DUEÑO, PENE IDIOTA!
SON TODOS IGUALES
¡¡AH!! MATÉ A TINELLI CON MI ERECCIÓN! ¡MI FIEL COMPAÑERO! SOY UN MONSTRUO, MEREZCO MORIR!
¡¡TUS DESEOS SON ÓRDENES, MALDITO!!
¡AGH!
BANG
BUENO, POR LO MENOS ESTAMOS JUNTOS OTRA VEZ...
¿NO ESTARÁS ENOJADO POR HABERTE OFRECIDO COMO PARTE DE PAGO, NO? ERA MI PRIMERA VEZ, NO SABÍA LO QUE HACÍA...
LOS QUE ESTÁN ENOJADOS DE VERDAD SON ELLOS...
POR CULPA DE TU EXCELENTE NOVELA ESTAMOS TODOS MUERTOS Y SIN HOGAR ¡MÁS VALE QUE NOS CONSIGAS UN PLANETA NUEVO O TE CAGAMOS A TROMPADAS ENTRE TODOS!
LA HUMANIDAD TODA
¡¡SON COMO 500!!
DISCULPE, DIOS, AYÚDEME, POR FAVOR. SI NO LE CONSIGO UN PLANETA, LA RAZA HUMANA AMENAZA CON GOLPEARME DURAMENTE...
¡JEREMÍAS CIENTOFANTE! MAESTRO! POR FAVOR, FIRMAME EL LIBRO!
¡QUE TENGA WI-FI!
¡Y MUJERES MUY PUTAS!
PONÉ 'PARA MAURICIO', SE LO VOY A REGALAR A MI MARIDO, NO LO VA A PODER CREER...
ESTÁ BIEN, ¿Y EL PLANETA QUE TE PEDÍ?
QUE OCUPEN SATURNO, QUE SUS HABITANTES SON MUY FÁCILES DE ESCLAVIZAR...
LA RAZA HUMANA SE INSTALÓ EN SATURNO VIVIENDO EN PAZ Y ARMONÍA CON LOS NATIVOS.
¡¡MÁS RÁPIDO, MIERDA!!
¡RÁPIDO, ESTÚPIDO!
CHAS
MIRTHA BUSNELLI Y LA HAMSTER SE HICIERON BUENAS AMIGAS
¿TE DIJE QUE SOY BISEXUAL?
¿EN SERIO? MMM. ¿QUÉ TENÉS QUE HACER ESTA NOCHE?
Y YO SEGUÍ GANÁNDOME LA VIDA COMO PUDE...
HACE AÑOS QUE NO DIRIJO UNA PELÍCULA...
45, PORQUE NUNCA DIRIGÍ NINGUNA
¡¡SOCORRO!!
CUÍ
G. SALA
3

## Incontables apodos

Sr. Director:
Me molesta que utilice incontables nombres y apodos. Eso provoca desconcierto e inseguridad en sus lectores. Hernán, Casciari, Jorge, Cayota, Cepillo y los derivados de su característica física más sobresaliente: gordo fumeta, lechón, gordito marketinero, y alguno que ni siquiera imagino reservado para sus momentos de intimidad. Le solicito que se remita a elegir uno, a lo sumo dos. Atentamente,

**Karina Ocampo**
Suscriptora Orsai Nº 00439

R. — Tengo muchos más apodos que los que enumerás. De hecho, la correctora de Orsai me puso uno muy humillante cuando comenzábamos la escuela secundaria: "La Bola Boluda". Un antiguo compañero de la primaria me bautizó "Campeona de la Ubre" haciendo referencia a mis tetas juveniles. Chiri me llamó, durante todo el año ochenta y siete, "Gordo Catastra". Mi propio padre, en paz descanse, solía referirse a mí con el apodo de "Qué hombre imbécil". Pero de todos esos apodos, el peor es el que —sin maldad— ha elegido mi hija catalana. Me dice "papa". Es decir, tubérculo. (La vida es una mierda.)

---

## Jeroglífico

Sr. Director:
He estado recordando, no admitiendo nimiedades. Cada aniversario solemos caer indefectiblemente ante recursos inadmisibles. Gobernados o regidos desde opuestas actitudes. Todavía oníricos, reímos rabiosos aunque no tengamos escrúpulos significativos. Incluso nos obligamos —furiosos, ubicuamente estériles, remotamente ansiosos, parcamente olvidadizos, rocambolescos, guerreros— a salir a la luna ardiente. Sin entender guiños urgentes rompemos ordenanzas. ¿Qué universo especial tendremos en rigor minando inescrupulosamente nuestras antípodas? Basta; ahora solo comienzo oportunamente mi otra esperanza. Debo insistir; todos, o razonablemente algunos de entre ustedes, no aceptan ribetes en vuestras inteligencias. Solo tenemos algunas diferencias estructurales; morigeremos o depongamos antes las olvidadas sutiles querellas. Una idea estúpida ronda estos últimos, nostálgicos, lamentables episodios. Cambiemos todos o rajemos. Atentamente,

**Eugenio Piraino**
Suscriptor Orsai Nº 01354

R. — Estimado Eugenio, estuve a punto de tirar tu carta a la papelera, porque el texto no tiene pies ni cabeza. No se entiende un carajo nada de lo que decís. Usás palabras raras y construcciones sin sentido. Da la impresión de que hubieras tirado veinte adjetivos sobre la mesa y los hubieras dispuesto al azar. Te imagino despeinado y con los ojos afuera de los cuencos. ¿Sos escritor, querés ser escritor? Así no se escribe, parecés un abogado o un escribano loco. Todo eso pensé mientras leía. Pero después me acordé de viejas novelas detectivescas leídas en la primera juventud, donde los mensajes cifrados también parecían (a primera vista) párrafos engorrosos sin ton ni son. Tuve entonces una ráfaga de lucidez. Releí la primera frase de tu carta: "He estado recordando, no admitiendo nimiedades". Había algo ahí, algo familiar... Lo descubrí afiebrado, en medio de la noche. Pegué un grito y corrí a la computadora. Y entonces descubrí la clave. Si solo leo la primera letra de cada palabra, aparece mi nombre. ¡Ah, sotreta! ¿Pensabas que iba a publicar tu carta sin darme cuenta, para que después pudieras burlarte de mí en las sobremesas con amigos, o incluso seducir a rubias tetonas con la jugarreta? Nada de eso. Leí todo el texto juntando las primeras letras y descubrí el mensaje real. Te lo respondo sin acróstico ninguno: andá a mandarle cartas en clave a la sobrina nieta de Agatha Christie. ¡Pelandrún!

---

## Argentinitat al pal

Sr. Director:
Ya soy suscriptor, pero me ha entrado un cierto miedo de si la revista no se estará convirtiendo en algo terriblemente argentino, de y para argentinos, y si los foráneos (ejem, de Barcelona, tú ya sabes) no acabaremos sintiéndonos desplazados y sin pillar no ya dobles sentidos, si no primeros sentidos. En fin, no es una crítica ni una invitación al adocenamiento en busca de un castellano plano e inocuo. No es lo que pretendo, para nada, soy bilingüe y no me gusta que todo se decante en función de los millones de parlantes, pero creo que hay que valorar que nadie se sienta excluido. Atentamente,

**Francesc Bon**
Suscriptor Orsai Nº 02844

R. — Estimat Francesc, ya habrás visto que en la página die-

ciséis está Andreu Buenafuente hablando sobre el cementerio de Montjuic y la Ronda del Litoral; y también está Manel Fontdevila, cómo no, que en la página sesenta y ocho hace un par de chistes que solamente entienden los nacidos en Santa Coloma de Gramenet. Y el admirado José A. Pérez (vasco hermoso y divertido) y Nacho Vigalondo, y un montón de otros que, como yo, vivimos en tu tierra desde hace mucho. Pero a lo que voy: no creo que argentinos, ni mexicanos, ni uruguayos, desprecien las referencias catalanas o ibéricas que hay en Orsai. Lo más probable es que busquen la palabreja o la idea en Google hasta que descubran cuál es el chiste o la argumentación. Orsai es, desde hace años, un poco eso: compartir la riqueza de lo que somos. Y somos un montón de gente que comparte lo mismo.

---

## ¡Sea hijo de puta!

Sr. Director:
Le escribo desde la más profunda indignación, odio y desprecio. Usted y su éxito de escritor que se caga en todo, son una carga molesta en mi rutina de escritor de ficción frustrada (tanto la ficción como mi rutina de escritor). Le recuerdo: intercambiamos simpáticos mails en 2010 en los que le pedía ayuda con mi novela, la que prometió leer en su iPad apenas terminara la depresión posmundial. Luego le envié una graciosa epístola virtual a la que respondió con gracejo y sugiriendo un comienzo de cuento que se escondía entre esas líneas. Escribí tal cuento, se lo envié y luego... el silencio. Usted empezó su proyecto de revista y mató la germinación de un vínculo que trabajosamente había establecido entre yo, un ficcionalizador interruptus, y usted, un exitoso del 2.0 avant la lettre. Para peor descubrí que habíamos ganado el mismo concurso de cuentos en 1991... ¿Cuándo fue que me descuidé y usted me sacó tanta ventaja? Y no me venga a hablar de talento, eh, porque se me salta la cadena. Pero todo eso, no sin esfuerzo, lo puedo llegar a entender pese a la envidia supurante: su nuevo y genial proyecto, de esos que usted hace, le sacaron el tiempo. Pero lo que sí no le puedo perdonar, lo que realmente me hinchó las pelotas, fue encontrármelo en el bar Orsai, luego de que una manada de groupies simpáticos le hicieran firmar un ejemplar de la revista. Yo, último, dubitativo, me senté con usted a charlar sobre mis frustraciones y usted me escuchó con paciencia, sin asomo de estar hinchado las pelotas. Así que le pido por favor: al menos sea un poco hijo de puta, un poco despreciativo por los que no llegan a publicar sus cosas, así uno se queda tranquilo pensando que para llegar hay que ser, en el fondo, mal tipo. Repito: ¡Sea un poco hijo de puta! Espero ansioso una respuesta que me dé algo de paz espiritual. Atentamente,

**Esteban Magnani**
Suscriptor Orsai Nº 04457

R. — Querido y recordado Esteban, justamente mi intención en estas páginas de correo fue la de poder ser un poco hijo de puta. De hecho, esperaba epístolas que chorreasen inquina, pero solamente he recibido algunas que mezclan la falsa indignación con la simpatía. Para cumplir con tu voluntad, sin embargo, diré que todavía no empecé esa novela que me mandaste en .pdf. No porque empezara mal, sino porque tiene tipografía Palatino. Y no soporto la Palatino. No puedo leer con esa letrita tan puta. Y sobre nuestro encuentro en el bar, para que veas lo hijo de puta que puedo ser, ni me acuerdo. ¿Vos eras uno pelado que me quiso convidar merca en el baño, o el pelirrojo que estaba enamorado de Comequechu? Aquellas de octubre fueron noches muy difusas.

---

## Emoción por Casero

Sr. Director:
Cuando supe que Alfredo Casero estaría en la revista, lloré. No mucho, no hice ruido, pero le di permiso a una gota para que salga a fumarse un pucho. No entiendo cómo es posible que alguien como Casero caiga en un proyecto como este. No comprendo cómo funcionan entre ustedes, por dónde se hablan. Viví mis primeros dieciocho años en la Isla de Tierra del Fuego, en Río Grande. Todo lo grande en mi vida ha sido exterior, lejano, hasta porteño. Viví en Orsai. Ahora estudio en La Plata. En noviembre fui a las charlas TEDx Río de la Plata, chapeando mi incipiente estudio en Comunicación Social, e intuitivamente creí que tu charla me interesaría. No te conocía. Sinceramente, en la foto parecés un escritor de humor barato, que habla de cómo su mujer lo trae cagando y cuenta sus desventuras con sus hijas que no le respetan su autoridad. Y entonces te oí. Te aplaudí. Fui el primero en pararme (no puedo probarlo), lo sé porque estaba sentado al fondo. Consideré todo esto, que yo llamo “Proyecto Orsai”, sin pedirte permiso, como algo que estaba dentro de “mi” Orsai. Dentro de ese mundo que no sale en el noticiero. Ese mundo que siento cerca. Francamente, estaba totalmente seguro que el mundo Orsai y el de la vida que se ve por Twitter o por televisión nunca se cruzarían. Y ahí apareció Alfredo. Te odio. Mi vida era más sencilla cuando no tenía envidia, cuando las emociones no me llevaban a llorar. Cuando los ídolos vivían en una caja de mierda. Cuando Casero era

"Cha cha cha" y yo no podía explicar qué me hacía reír. Cuando lo veía y lo escuchaba allí donde aparecía. Ahora está acá. Mezclaste mis vidas. Y yo aún sin ser el escritor que me gustaría ser. Aún sin un tema por tratar. Aún con mis expectativas en lo más lejano. Y ustedes dándose el festín en mi mundo alcanzable. Se pueden ir a la mierda. Voy a participar en Orsai como pueda, voy a comer pizzas de Comequechu con ustedes. Voy a soportar mi cholulaje para hablarles como me gusta hablar. Me los voy a encontrar en el Bar y voy a ser lo que quiero ser, rodeado de la gente que, sin decirme nada, me dijo cómo lograrlo. Atentamente.

**Bruno Daniel Martínez**
Suscriptor Orsai Nº 00250

R. — Querido Bruno, al momento de responder esta carta no crucé jamás una línea por mail con Alfredo Casero. No nos conocemos personalmente ni hemos hablado nunca por teléfono. Sabemos que el otro existe, claro (yo sé de él desde los años noventa, él sabe de mí desde hace tres meses) pero nunca nos vimos ni hablamos. Te cuento esto para que puedas entender que yo también estoy en una especie de Tierra del Fuego, y para que bajes el nivel de envidia. No conozco a casi nadie de todos los artistas maravillosos que forman el staff de Orsai. Si internet me sirvió para algo, es para no tener que salir a la calle. Escribo esto en piyama, durante el último día de corrección antes de entrar a imprenta. Todo el mundo está trabajando en otro lado. Chiri y María en Luján, Karina en Costa Rica, Paco y Matías en Lérida, Florencia y Guillermo en Mercedes. Esa es la gente que conozco bien: son mis amigos desde hace mucho. A los autores, a los dibujantes, los admiro. Pero no los conozco casi. ¡Un abrazo!

---

## ¿Un bar en México?

Sr. Director:
A mi me gusta todo esto de la hermosa revista, quejosa distribución, ferviente idealismo y la liberación del calzón en cartas. Lo que no me gusta es que no existan planes de hacer un bar en México, y tampoco me gusta no contar con el dinero ni los bríos para organizar uno. Y no porque no se pueda uno organizar para tomar cerveza y leer Orsai al mismo tiempo, sino porque veo difícil poder conocerlos a usted y a Chiri en persona, sobre todo porque mi presupuesto anual de viajes es muy limitado. Enhorabuena por todo lo que hacen por la cultura libre. Atentamente,

**Mahomedalid I.**
**Pacheco Morelos**
Suscriptor de Orsai Nº 04834

R. — Querido Mahomedalid, primero que nada me encanta tu nombre. Espero que, de entrecasa, no te llamen "Majo", porque sería terrible que compartas sobrenombre con las María José. Por mi parte, nunca pensé que alguna vez me tocara escribir "querido Mahomedalid" y te agradezco la oportunidad. Voy al tema: este año tenemos planes de armar dos bares: uno en Barcelona y otro en San José de Costa Rica. Pero México es una idea fija y no nos detendremos hasta recalar allí alguna vez, porque los bares mexicanos son los mejores del mundo. La última vez que estuve en uno, un señor en la puerta me palpó de armas antes de dejarme entrar, y eso es algo que no tiene precio. Me sentí importante. Por lo demás, estoy seguro que un día estaremos sentados en la misma mesa vos, Chiri y yo. Y entonces verás la cosa más graciosa del mundo: la cantidad de veces que Chiri va al baño por hora cuando toma cerveza. ¡Un abrazo!

---

## Poema perdido

Sr. Director:
He buscado incansablemente un poema que Ernesto Sabato escribió en los últimos meses de su vida, y que Ud. reprodujo en su blog Orsai, hacia el año 2005. Sería importante para mí poder reencontrame con ese texto. Atentamente,

**Lucas Falcioni**
Suscriptor Orsai Nº 06530

R. — Estimado Lucas, en realidad no se trataba de una obra real del escritor Ernesto Sabato, sino de un puñado de versos apócrifos que algún sujeto malintencionado y sin escrúpulos subió a internet para que se generase la confusión. Sin embargo, y a mi juicio, el poema es casi tan bueno como "Instantes", de Jorge Luis Borges. Si la memoria no me falla, sus versos son los siguientes:

«Si pudiera»
por Ernesto Sábato

Si pudiera empezar todo de nuevo
comería muy pocos carbohidratos,
por ejemplo salame y flan de huevo.

Me cambiaría el nombre por 'Batato'
y correría riesgos tan salvajes
como dejarme arañar por un gato.

Si pudiera volver atrás el viaje
iría en tren desde Estación Pompeya
hasta Santos Lugares, sin pasaje,
con un disfraz de la Rubia Mireya.

Pero ya ven, tengo 87 años
y uso anteojos con culo de botella.

---

## Viva el intermediario

Sr. Director:
Leí que quiere que los propios lectores decidan qué se publica. Déjeme decirle que no es necesario que vuelva a inventar la rueda, porque eso es lo que vienen ha-

ciendo desde que el mercado cultural funciona profesionalmente: van a las librerías, compran libros y esto valida que los libros valen lo que se pide por ellos. En cambio, si se acumulan en los estantes de las librerías, pasarán a la mesa de saldos, o directamente al depósito, o los regalarán, pero siempre reflejando en el precio las preferencias de los lectores. Y déjeme decirle una cosa más: a mi juicio, los intermediarios son los verdaderos creativos, porque son quienes tienen la difícil tarea de discernir entre los muchos escritores de poca monta que pululan por ahí. Deben aguzar la vista e interpretar qué va a funcionar, lo que el mercado pide, distinguir lo repetido de lo novedoso… Son los que soportan el riesgo y financian la edición. Son una pieza fundamental del mercado cultural. Y, ¿cómo se les retribuye? Exactamente: ¡en la tapa del libro va solo el nombre del escritor! Espero que no me censure porque lo desenmascaré, y lo reto a que intente responder mis argumentos sin volver a apelar al "Nuevo Mundo", porque ello no es otra cosa que una fantasía, que orbita alrededor de su ego, con eje en su ombligo. Y esa es la única novedad.
A su disposición para ampliar lo anteriormente expuesto.
Atentamente,

**Diego Haimovich**
Suscriptor Orsai Nº 05801

R. — Es imado Diego, imagino por su iracundia que debe ser usted un intermediario, un editor o algo así, o quizá uno de esos que leen manuscritos y decide quién sí y quién no. La expresión "espero que no me censure" lo delata. Lo imagino con su corbatita, escribiendo frases en defensa del mundo viejo y excitándose con la posibilidad de que su carta no sea publicada. Lo cagué, señor. Carta publicada. Pero no voy a debatir el contenido. Usted tiene razón en todo. Circule.

---

## Discriminación

Sr. Director:
Descubrí Orsai por cosas del destino, pero para esta investigadora, estudiante pobre que no tiene ni tarjeta de crédito ni cuenta en Paypal, es muy difícil obtener la revista en papel. Sé que hemos avanzado en los métodos de pago, pero para muchos todavía el sistema no permite tener estos lujos económicos. Tendré que esperar, como todos los demás que están en mi círculo, que suban la revista en .pdf para descargarla y leerla después de que todos ya lo hayan hecho en sus ejemplares en papel. Escribo porque detrás de mí debe haber muchos que admiramos esta revista, pero el sistema nos discrimina. Solo me queda esperar que suban el .pdf y, meses después, leerla.
Atentamente,

**Imarú Lameda Camacaro.**
Venezolana.
DNI. 94.312.930

R. — Querida Imarú, hay por lo menos un error de concepto en tu carta, que trataré de aclarar. Los lectores que optan por la versión en .pdf no reciben la revista "meses después", sino al mismo tiempo que los suscriptores en papel. Y, a diferencia de ellos, la reciben gratis. Absolutamente todo el enorme quilombo del sistema tiene un propósito concreto: que los lectores que no pueden pagar por contenidos culturales de calidad, puedan disfrutarlos en forma gratuita y al mismo tiempo que los lectores que acceden a la versión en papel. Recibimos muchísimas quejas durante enero (en el blog) de lectores que se sienten "fuera del sistema". A mí, personalmente, me resulta dolorosísimo este planteo. Te pongo una metáfora simple y —por supuesto— exagerada. Imagináte un pueblo de cien habitantes en donde el litro de leche viene en sachet y es caro. Treinta vecinos lo pueden comprar, y setenta no. Entonces aparece un sistema que propone lo siguiente: vender leche muy cara en tetrabrik con tapa antigoteo, para que veinte sibaritas la puedan comprar y (con ese dinero) se puedan producir ochenta litros de leche gratis para el resto. ¿Te imaginás, en ese escenario, que los que nunca tuvieron leche se quejen porque, en lugar de leche, lo que quieren es el tetrabrik con tapa antigoteo? ¿Te imaginás que esos ochenta desprecien su litro de leche y manifiesten en las calles que "el sistema nos discrimina"? Un beso grande. Y ojalá disfrutes del .pdf gratuito de Orsai. Desde hoy mismo.

---

Mandá tu "Carta al Señor Director" para la Orsai N6. Se recomienda contundencia, brevedad y un dejo de neoliberalismo. Se publicarán las mejores y serán respondidas con saña (si son en contra) y con adulaciones exageradas (si son a favor). En caso de adjuntar fotos que pretenden ser publicadas junto a la epístola, que sean en alta calidad.

Cartas a:
orsai.cartas@gmail.com

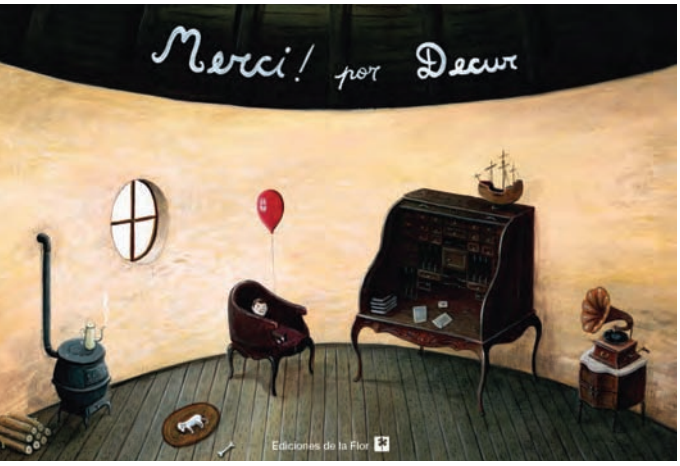
LAS RAZONES POR LAS CUALES LOS HOMBRES PELEAN
MI DIOS ES MUCHO MENOS INVENTADO QUE EL TUYO.
A MÍ ME PARECE QUE ESTA PIEDRA ESTÁ EN MI TERRITORIO
GRUMPF BROKG KRUMP TROG GRUMPK GROMPF GOPF.

YO LA VI PRIMERO.
ESTÁS MUY EQUIVOCADO. EL MÍO ES, POR LO MENOS, DOS MILÍMETROS MÁS GRANDE QUE EL TUYO.
ES OBVIO QUE BATMAN VENCERÍA A SUPERMAN.
ES OBVIO QUE NO.
MONTT

# PRÓXIMO **NÚMERO**

Supongo que ya lo saben, porque tuvieron que pagar el año por adelantado. Pero siempre hay algún despistado que no se entera de nada, así que lo repito: **este año, señores, somos bimestrales**. Por lo tanto, la *Revista Orsai número 6* estará en la calle entre marzo y abril, según en qué parte del mundo estés, lector. Los argentinos y uruguayos recibirán las Orsai antes que los mexicanos; pero los mexicanos tendrán más suerte que los españoles. A su vez los españoles leerán estas páginas antes que los habitantes de Burkina Faso. Etcétera. Ojalá que les haya gustado este número y estos cambios que hicimos. Nosotros estamos contentísimos con la nueva Orsai. Pero somos los padres, y ya se sabe: siempre se ven lindos los hijos propios. Hasta el número que viene.

# LA **PORTADA**




La portada de Orsai N5 (y el sumario) son obra del extraordinario **Guillermo Decur**, un artista plástico rosarino muy bestia que parece veterano pero es querube (nació en 1981). Ya había colaborado en Orsai N2, ilustrando un cuento de Abelardo Castillo. Decur acaba de publicar *Merci!* (Ediciones de la Flor) con recopilaciones de pinturas que publicó en *decur.blogspot.com*. No se pierdan ese libro: es impresionante.

# **FRASES** Y **AFICHES**

Todas las frases al pie de esta edición de Orsai nacieron en el cerebro de **Santiago Vallesi** (*@mic_y_mouse* en Twitter) que también ya tiene libro propio. Se trata de *Los ingeniosos tweets de Mic y Mouse*, de editorial Vergara, que fue presentado a finales del año pasado en el Bar Orsai.

Las anti-publicidades que recorren toda la revista son obras maestras del diseñador mexicano **Eduardo Salles**, un genio de veinticinco años del que nadie debería perderse su blog, *www.cinismoilustrado.com*. Nos gusta tanto lo que hace que Editorial Orsai editará su primer libro en 2012.

**Aviso.** Los lectores que deseen presentar cargos legales contra Editorial Orsai SL. a causa de los perjuicios causados por el nuevo sistema de suscripción anual, deben atenerse a estos horarios y turnos: *Daño psicológico*, martes y viernes de 6 a 11 horas. *Presunción de estafa o cohecho*, jueves durante todo el día. *Vejación moral por exclusión*, lunes y miércoles por la tarde. Los querellantes serán atendidos, de a uno, por los doctores Comequechu & Tonga, que entregarán una porción de pizza gratis a cada damnificado en el «Bar Orsai» de Humberto Primo 471, Buenos Aires. **Concurso**: el primer suscriptor que encuentre diez errores ortográficos y/o de tipeo en esta edición, recibirá un premio de quinientos dólares que cederá gentilmente, de su salario, la correctora de Orsai. Hay tiempo hasta la aparición de la revista número 6. **Legal**. Queda prohibido descargar, hacer copias, reproducciones o reimpresiones de cualquier libro de Lucía Etxebarria. **Postdata.** La revista ORSAI, NADIE EN EL MEDIO es un medio gráfico de Editorial Orsai SL. Su editor responsable es Hernán Casciari. Se imprimieron 6.000 ejemplares del número 5 (enero y febrero de 2012) en la imprenta Mundial, de calle Cortejarena 1862 de Buenos Aires, Argentina, en el mes de enero de 2012. El ISSN de esta edición es el 9772014015004-05. La marca ORSAI, NADIE EN EL MEDIO está registrada.



Orsai
NADIE EN EL MEDIO

**Editor responsable**
Hernán Casciari

**Jefe de redacción**
Christian Basilis

**Dirección gráfica**
Horacio Altuna

**Diseño integral**
María Monjardín

**Autores**
Andreu Buenafuente
Ana Prieto
Gabriela Wiener
Melania Stucchi
Nacho Vigalondo
Alfredo Casero
Héctor Llanos
José A. Pérez
Franco Pastura
Gonzalo Garcés
Keith Lee Morris
Pedro Mairal
Leonardo Oyola
Carolina Aguirre
Santiago Vallesi

**Ilustradores**
Ermengol Tolsà
Matías Tolsà
Bernardo Erlich
Guillermo Decur
Miguel Rep
Liniers
Carlos Nine
Alejandra Lunik
Eduardo Salles
Juan Sáenz Valiente
Larrion Nascimento
Manel Fontdevila
Jorge González
Hueso Ricciardulli
Gusti Rosemffet
Gustavo Sala
Alberto Montt

**Edición**
Diego Salazar
Karina Salguero-Moya

**Corrección**
Florencia Iglesias

**Programación**
Guillermo Harosteguy

**Audiovisual**
Andrés Locatelli

**Administración**
Cristina Badia

**Agradecimientos**
El Civismo, Luján, B.A.
Agencia Télam
Agencia EFE

Consciente de su pequeña parcela de poder, pero poder al fin, **Terencio** es un servidor público que atiende bien a la gente, personas angustiadas que acuden a su ventanilla tras hacer una larga fila, y que esperan con resignación más y más maltrato a medida que sus trámites se complican. Pero no, Terencio los recibe con su encendida sonrisa, y mirando a cada uno a los ojos, les simplifica las cosas a quienes seguramente pagan impuestos para que él esté ahí.

Sabrina Mur nunca ganó a nadie. Pero cuando decimos nadie significa <u>nadie</u>. Ni a un hermano/a ni a sus padres ni a ningún pariente, ni a compañeros, ni a amigos, ni a supuestos contrincantes, ni al Estado, ni a sí misma. Ni a un animalito, ni a quien piensa distinto a ella. Ni siquiera a quien quiso cagarla, o lo haya logrado. Sabrina se recupera de eso, y sigue con su conducta.

Aunque sea difícil de creer, Octavia es una artista cero narcisismo. Anda por ahí viendo como su don puede ser útil a los demás, y cuando decimos útil quiere decir: darles esperanza a los desahuciados, alegría a los desesperados y claridad a los oscurecidos. Su arte particulariza e integra. Ama también a su quintita, de la que comen ella y su familia.

El cura Caneloni sabe que nació para eso. Se consagró a eso. Sabe que, quizás, su creencia sea una superstición colectiva que se le hizo personal. Pero cree que puede ayudar, sin por ello aspirar a afiliar creyentes. Nunca se acostó con mujer ni varón, nunca aceptó dineros estatales ni limosnas. Come de lo que trabaja. A los niños los ve como niños.

Caneloni es un angel incorruptible revoloteando por los barrios bajos.

Solamente ahí lo conocen.

Amancio Stum, el pediatra, no cobra por curar a sus pequeños pacientes. Se sienta con los niños, los escucha y juega y los sana. Y, como pago, solo acepta un té. Un tecito, dice él. Y Amancio siempre anda buscando un baño donde descargar tanto té.

Éllos son los inéditos.

(y quizás ahora se enojen con nosotros, porque acabamos de transformarlos en Éditos)

AJP

9 772014 015004 05

LA VIDA ES SENCILLA